



# EL EXILIADO

**LUIS SORUCO BARBA**



# EL EXILIADO

Luis Soruco Barba

Novela

Santa Cruz, 2018

## Prólogo

Estamos viviendo una época histórica muy interesante, en la que nos estamos cuestionado muchos de nuestros presupuestos históricos y políticos, en la última década han entrado en juego categorías de análisis social que hasta fines del siglo no habían sido tomadas en cuenta o habían sido ignoradas por el dogmatismo o el pragmatismo. Muchas certezas se cayeron al igual que muro de Berlín y de la difunta URSS solamente quedan algunos suvenires o piezas de museos; sin embargo –como afirma Antonio Gramsci– lo viejo se resiste a morir y lo nuevo tarda en nacer. Y en este proceso la literatura juega un importante rol pues debe ficcionalizar la realidad y reinterpretarla o simplemente interpretarla.

La fundación de Bolivia no estuvo acompañada de una literatura que cante sus glorias cívicas y honre a sus héroes, no tuvo los argumentos románticos que los escritores aportan a la definición de las naciones recién fundadas. Nuestra incipiente identidad nacional no tuvo los elementos literarios que plantea el conocimiento de la escritura de una realidad histórica y social en formación.

Sabemos que todo país para consolidarse como tal necesita de poesías y novelas que sustenten su identidad nacional y mucha de la literatura republicana de nuestros países vecinos sirvió a tales propósitos. En Bolivia apareció tardíamente, casi un siglo después, una sola novela de nombre “Juan de la Rosa”, después de ella no se publicó ninguna otra que valga la pena tener en cuenta como base epistemológica del conocimiento histórico. Podríamos decir que no hubo en Bolivia un culto al pasado, un culto que canonicé a los héroes de la independencia, quizá porque nuestra clase intelectual no le dio importancia o porque creyó que con los libros y manuales de historia oficiales era suficiente para llenar ese vacío.

Sin embargo desde hace algunos años existe en el país un afán manifiesto por reescribir, revisar o simplemente escribir nuestra historia. Este afán se da como



parte de un momento histórico en el que Bolivia interpela su pasado y proyecta construir un nuevo pacto social en el que participemos todos.

En esta tendencia se inscriben novelas como la de Adolfo Cáceres Romero, “La saga del esclavo” que busca desentrañar el dramático paso de los Ejércitos Auxiliares de la Argentina por las ciudades de Sucre y Potosí; también la novela “Manuela, mi amable loca” de Carlos Hugo Molina que pretende ser una mirada generosa sobre la vida de Manuelita Sáenz en la ciudad de Sucre (Charcas) y sus amores con Simón Bolívar que llevan al autor a afirmar que Bolivia es el fruto de ese amor, la hija que nunca tuvieron. Recientemente se publicó “Que solos se quedan los muertos” la biografía novelada de Antonio José de Sucre escrita por Ramón Rocha Monroy que cuestiona muchos supuestos históricos tenidos como verdades. En esta línea de revisión histórica también podríamos citar el “Manual de Historia de Bolivia” de Ruber Carvalho que aunque no es narración se presenta como una visión irreverente de nuestra historia, una visión desde la llanura, desde el oriente. Así como también mis novelas *El tesoro de la Guerras*, sobre la primera mitad del siglo diecinueve y *La ciudad de los inmortales*, acerca del proceso de recuperación de la democracia.

Ahora bien, la relación entre el presente y el pasado siempre ha sido algo que me ha llamado la atención al punto de afirmar que el futuro de nuestra literatura está en nuestro pasado, desentrañándolo podremos entender algunas claves todavía secretas en nuestra historia. La escritura de una novela histórica implica la construcción de una memoria colectiva del pasado y nos brinda la posibilidad de descubrir algunos de los sustentos de nuestra identidad nacional, tarea irresuelta todavía en el imaginario nacional.

Ana María Peppino Barale, crítica de literatura, afirma: “Para que una novela sea creíble debe instaurar su propia realidad, así sea una escrita con la simple imaginación del autor o una basada en hechos históricos. En esta última no son suficientes las fechas, los nombres, los lugares reales y los documentos históricos para establecer esa atmósfera de verosimilitud, es necesario que el lector crea a fe ciega lo que está leyendo, aun sabiendo que el autor ha recreado

literariamente todos los hechos. El lector debe quedar atrapado entre la historia real y la historia inventada, sin saber cuál es cuál. La historia reconstruye hechos reales, la novela los imagina siguiendo la lógica de su autor. En este proceso es que el narrador puede perderse en la simple reinterpretación o brindarle un carácter literario, recreando diálogos y situaciones que se apoyan en la trama de su obra”,

Eso es lo que hace Luis Soruco Barba, periodista de profesión y de vocación en esta novela en la que él mismo es el protagonista; es decir es una novela testimonial; sin embargo, está escrita en tercera persona para distanciarse de sí mismo y asumir su nombre de guerra, como lo hicieron muchos de los exiliados. Y justamente *El exiliado*, se llama la novela de Soruco Barba, en la que recorre su vida en el exilio en la Argentina, narrando los feroces años setentas, las dictaduras militares, la recuperación de la democracia y el proceso democrático hasta ahora. Soruco es amable y cariñoso con sus compañeros de exilio, la novela está plena de nombres conocidos en la política boliviana, pero también es objetivo con los hechos que narra: secuestros, asesinatos, traiciones, reuniones, conspiraciones...en fin, todo lo que hizo de los años anteriores a la recuperación de la democracia un proceso muy difícil y sanguinario. Esta obra servirá para aclarar y entender muchas cosas.

Ahora bien, en su lectura al mismo tiempo vamos conociendo sus años de formación periodística y su posición política pasada y contemporánea. Es la novela de un periodista y eso le da un plus de crónica a la narración.

Homero Carvalho Oliva

*Dedico esta obra a Gabriela, Luis Mauricio. Luis  
Fernando y Silvana, compañeros de mi vida y  
herederos de mi historia. A Melania que seguirá  
siendo mi compañera eterna.*

Cuando Juan –ese era su nombre de guerra en Buenos Aires de los años 70– manejaba, cuarenta años después, su vagoneta por una de las avenidas más anchas de su ciudad natal, recordó aquella vez que sin permiso de su jefe se subió a la pequeña camioneta Fiat y se metió raudamente a la famosa avenida “9 de Julio”, de la capital porteña, en medio de un mar de autos públicos y privados y la recorrió de punta a punta, sin accidentarse, siendo la segunda vez que manejaba en su vida. Fue una acción audaz, tenía veintiún años, era trabajador eventual, no tenía licencia de conducir y, además, era asilado político. Pero tenía ganas de desafiar a esa inmensa ciudad llena de edificios, gente y letreros, en la cual su única familia eran cinco bolivianos como él, con los que convivía en una humilde pensión–residencial de un gallego de lentes, serio y tacaño que no perdonaba un día de atraso en la renta. Ese era uno de los barrios antiguos de Buenos Aires, casi histórico, frente a la Plaza Loria a pocas cuadras del Congreso, hacia la derecha y otras tantas de la Casa Rosada hacia el lado izquierdo por la famosa avenida de Mayo.

¡Vaya recuerdos!, algunos gratos y otros no tanto pensó Juan antes de doblar a la derecha y enderezar hacia su vivienda a pocas cuadras de la avenida más conocida como segundo anillo por la estructura urbanística de la ciudad. Claro que había cambiado todo en 40 años. Cuando se fue en calidad de exiliado a Buenos Aires en vuelo de Aerolíneas Argentinas custodiado por policías y acompañado por el secretario de la embajada de ese país en La Paz hasta el

aeropuerto más alto del mundo. Su ciudad, Santa Cruz, era un pueblo grande. Solo cinco años antes habían empezado a poner losetas de cemento para terminar con los charcos, barriales y hasta pequeños ríos –, como el “Telchi” en la calle Arenales y 24 de septiembre– que se formaban en las vías públicas cuando llovía copiosamente en verano.

Trató de hilvanar algunos recuerdos inconexos de su exilio y no pudo evitar volver a la avenida “9 de Julio” que era ensanchada en sus extremos por la empresa “Gavial”, en la que trabajaba, para unir a las estaciones de tren de Retiro por un lado y Constitución por el otro. Juan pudo ingresar a la empresa gracias a su amigo Tito que también era de Santa Cruz y había venido hacía casi 15 años antes a la urbe bonaerense y vivía en un barrio obrero, atrás del turístico barrio La Boca, donde nació entre los hijos de inmigrantes italianos el famoso equipo Boca Juniors. Apadrinado por Tito, Juan ingresó a trabajar para contar las volquetas que sacaban la tierra y le dieron un horario jodido: era de ocho de la noche a ocho de la mañana y el frío invierno porteño traspasaba su saco de “corderoi” marrón que escondía una chompa que le protegía los pulmones. Pero así y todo era una bendición porque con el salario semanal podía comer tallarines al tuco y, eventualmente un sándwich de chorizo con pan francés delicioso sobre todo con una salsa llamada chimichurri.

Pero diablos ¡qué desgracia! ...hasta allí llegó una mañana un auto de la Policía Federal con tres “canas” (policías) armados con metralletas en un Ford Falcón de



seis cilindros color plomizo. Traían con ellos a la compañera de Juan, Dalcy, que había sido apresada minutos antes en el hotelito donde se alojaban en Avenida de Mayo, cerca de allí y a la cual liberaron media hora después siendo enviada por Juan para que avise a sus compañeros y al profesor Silvio Frondizi que había sido detenido. Dalcy de manera intermitente, pues vivía en Bolivia, acompañaba a Juan en las peripecias de su exilio.

Dos de los policías se bajaron del auto, caminaron unos cuarenta metros y se asomaron al carromato donde Juan revisaba las planillas de registro de camiones que traían tierra, en una pequeña mesa tipo escritorio donde ya también registraba al personal de turno porque lo habían ascendido de cargo. Uno de los policías asomó la cabeza por la pequeña puerta y preguntó: ¿Quién es Juan Saucedo? Juan, un tanto sorprendido, respondió: soy yo. Entonces el policía, de civil igual que los demás, le dijo ¡Tenés que acompañarnos! Juan se levantó de su asiento con prudencia, encargó sus papeles a un chofer que estaba en el lugar y salió del carromato. Uno de los conductores de camión que junto a dos más ya se habían dado cuenta que era un arresto típico y habitual en esa época de represión política le dijo a Juan: “lleváte fasos – “cigarros“– e intentó alcanzarle un atado de “Viceroy”, pero el policía se le cruzó e irónicamente le dijo “para qué fasos si va por cien años”.

La historia del exilio de Juan comenzó casi un año antes. Estaba recostado en una cama del hospital Viedma de Cochabamba esperando el día y la hora que el

famoso cirujano cruceño pero afincado en la capital del valle hacía ya muchos años, doctor Ciro Zabala, había fijado para operarlo de la rodilla derecha de una lesión de menisco de su época de futbolista, de la cual hablaremos más adelante.

Ingresó Zulema, enfermera muy amable, y le dijo: “Joven ha llegado el momento de su operación. Ya llegó el doctor y se está preparando el quirófano” y añadió cariñosamente: “usted se queda tranquilo que esta es una operación de rutina. Aquí hemos operado de rodilla muchas veces, sobre todo a los futbolistas de Oriente Petrolero”.

Efectivamente, Zabala era reconocido como el mejor traumatólogo de la época y era quien operaba a los futbolistas no solo del equipo emblemático popular de Santa Cruz, sino de otros equipos de toda Bolivia. Rápidamente intimaron con Juan por ser ambos oriundos de Santa Cruz y por empatía natural.

El doctor Ciro era casado con una digna dama cochabambina con la que tuvo varios hijos de ambos sexos. Una de sus hijas tocaba el piano con bastante calidad y Juan disfrutó junto a la familia del médico, luego de una exquisita cena, de una agradable velada musical.

“Tranquilo Juan, no vas a sentir nada y todo saldrá bien”, dijo el cirujano pero Juan apenas lo escuchó, un sedante había hecho su efecto y entre nubes que se agrandaban aparecieron las imágenes de su madre, sus hermanos y finalmente de

su padre que se alejaban lentamente mientras él estiraba sus brazos en afán de retenerlos. Sin saberlo se quedó dormido.

Despertó y estaba solo en la habitación sobria pero cómoda del hospital. Sintió un pequeño dolor en la pierna derecha, quiso moverla pero no pudo y entonces llamó a la enfermera.

“Todo salió bien joven pero debe quedarse acostado y quieto hasta que pase el efecto de la anestesia. Entonces podrá comer algo, mientras tanto nada...”, dijo Zulema. ¿Cuánto tiempo duró la operación? Como dos horas pero dijo el doctor que todo bien y que él va pasar mañana por la mañana a verlo. Ya me dejó todas las instrucciones de medicamentos”.

Pero toda la noche persistió el dolor en la rodilla, casi igual que antes de la operación. Juan tuvo que tomar calmantes y esperaba ansioso que lleguen a ser las ocho de la mañana para conversar con el doctor Ciro. Este finalmente llegó y ordenó nuevas radiografías. En esa época no había tomografías computarizadas ni resonancias magnéticas. Por lo menos no había en Bolivia y menos aún en un hospital público.

Mmmm....aquí se observa algo raro. Esto parece un tumor óseo, dijo el médico. Son calcificaciones que se forman con el tiempo luego de un golpe y puede estar tensando un tendón y por eso produce tanto dolor. “Tenemos que operar de

nuevo”.

La rodilla fue abierta de nuevo por el lado externo, se extirpó el tumor óseo y acabó el dolor. Pero el menisco ya había sido extirpado –antes era esa la metodología, hoy se recorta la parte dañada y se mantiene el resto en la perspectiva de que se restaure con medicamentos– y Juan habría de conocer años más tarde las consecuencias que derivan en casos de artrosis sino se tratan a tiempo.

En medio del estado febril primero y luego del adormecimiento producido por los calmantes, Juan se recordó cuando con sus vecinos y parientes de la plazuela “6 de Agosto”, los Seoane y los Saldías, iban en las tardes tórridas de diciembre y enero de paseo a las playas del río Pirai, a escasos cinco kilómetros de la capital cruceña.

Allí luego de jugar fútbol en las extensas playas color canela suave, matizadas con arena blanca en islas paradisíacas mezcladas con plantas y arbustos que nacen en tierras húmedas de las orillas, los muchachos de entonces cruzaban dos brazos del río, uno seco y arenoso y otro con dos brazos de agua que llegaba hasta las rodillas, y subían unas escarpadas alturas de tierra roja y reseca por el sol hasta lo más alto posible: unos diez o quince metros y de allí se lanzaban a las partes bajas hasta caer al agua estrepitosamente.

Por cierto eran las rodillas las que sufrían el principal impacto de las caídas de estos delgados jóvenes que por entonces no sospechaban que decenas de años más tarde, el tiempo les cobraría sus impulsos donde además de, en los partidos de fútbol de la Primera “B” donde llegó su equipo de Palermo, gastaron generosamente y sin medida sus cartílagos y meniscos.

Pero esos paseos eran maravillosos. Con suerte, lograban unos pesos de sus padres o de sus trabajos ocasionales, y compraban unos kilos de carne de lomito para asar unos pacumutos a orillas del río y comerlos con yuca.

Otras veces una gallina gorda andariega de algún vecino descuidado, iba más allá de donde debía y terminaba en la alforja del más audaz y permitía comer un rico locro de gallina.

Lindos recuerdos de excursiones al único río cercano al pueblo donde también acudía Juan con sus compañeros de colegio secundario en los famosos “paseos” de vacaciones.

Allí por el puerto de la avenida Busch o por el kilómetro “Quince” por donde también se ingresaba a la hermosa población de Porongo, de la mano de los profesores más amistosos del Colegio “Nacional Florida”, llegaban en un ómnibus entre veinte a treinta estudiantes a pasar un día entero a orillas del río.

Los “profes” y los amantes de la cocina que no faltaban hacían la comida para todos. Inolvidables esos paseos con “El Chino” Kuajara, Roque Peña, “Pimpo” Barba, “Chomo” Ruíz, Hernán Zankys, Lucho López, Carlos Quintela, Bismarck Leños, Alberto Toyama, Osvaldo Peña, Juan Carlos Serrano, “Pajarito” Balcázar, Carlos Weber, Mario Moreno, Arturo Melgar, Ignacio Bejarano y tantos más que escapaban a la memoria en ese estado febril en que se encontraba Juan.

“Tiene visitas...”, dijo la enfermera y abrió la puerta. Era Melania, la madre de Juan que corrió a abrazarlo y darle un beso. Juan se sintió acompañado y tranquilo. Su progenitora, de gran sutileza y ternura, mientras conversaba con él y le contaba las novedades del pueblo, extendió disimuladamente su mano como para acariciarle la pierna operada. En realidad quería comprobar si era verdad lo que algunos vecinos le habían dicho antes de partir de Santa Cruz a manera de pregunta: ¿Verdad que le cortaron una pierna a Juan?

Semanas más tarde, Juan comprendería que esas preguntas ya formaban parte del plan de infundir temor de sus enemigos políticos que se aprestaban a dar el Golpe de Estado que finalmente se concretó en agosto de 1971.

La noticia llegó al hospital. Juan estaba aún en silla de ruedas y un compañero le dijo que debía salir de ahí lo más pronto posible porque era inminente que



vengan por él y que estaban buscando un lugar seguro donde refugiarlo.

Hicieron los arreglos para que su primo Félix que lo cuidaba retorne a Santa Cruz. Juan le contó al médico porqué lo perseguían, su actividad como dirigente universitario y sindical de prensa y radio y este buen amigo cirujano fue quien lo sacó del hospital y lo llevó a su primer escondite en Cochabamba en gran actitud solidaria con el joven dirigente y a la sazón su paciente recién operado.

Ese día empezó el largo peregrinaje del exilio de Juan Saucedo Fernández.

----- 0 -----

“Oye Felipe... ¿me escuchas...?” dijo el hombre medio en un susurro. Sí, te escucho porqué, preguntó Felipe a don Ramiro, el más antiguo del albergue de ciegos –ahora llamados no videntes–. ”Te cuento que han traído a un tipo al albergue pero no es de los nuestros...”Queeeeé...no te entiendo, como que no es de los nuestros...”.

“Sabes, creo que es uno que está huyendo del nuevo gobierno, un comunista que ha caído con el general Torres...”

Los que han perdido la visión, desarrollan al máximo los demás sentidos, tales como el del oído y escuchan hasta los menores ruidos de su entorno,

La noticia corrió como reguero de pólvora entre los albergados no videntes y, al cabo de 48 horas, todos sabían que en ese centro había un perseguido político del nuevo régimen.

Iván, el compañero y amigo de Juan que lo llevó hasta allí en acuerdo con el director del centro, llegó apresuradamente al quinto día y le dijo: “hermano tenemos que salir de aquí, es posible que hayan denunciado que estás aquí y el Director no quiere correr riesgo ninguno. Tiene miedo que lo metan preso porque la situación está que arde...”.

Al anochecer paró un taxi en la puerta del albergue y Juan salió envuelto en un abrigo hasta el cuello y con un sombrero de paño al estilo paceño. El conductor era un compañero que fungía de taxista. ¡Hola Juan!, hola Mario ¿sin novedad? Todo tranquilo, vámonos. Y el auto tan antiguo como casi todas las taxis de servicio público de Cochabamba en esa época, partió raudamente con rumbo al centro de la capital valluna de Bolivia.

Era una casa de dos plantas, que tenía el encanto del estilo colonial del centro de esta ciudad de calles angostas y balcones a ambos costados. Muy señorial y distinguida, igual que la de sus moradores y propietarios, la casa tenía un patio central con una fuente al medio en la planta baja y hermosas flores, acomodadas en macetas dispuestas en los cuatro rincones del espacio tipo paseo.

En el extremo izquierdo nacía una escalera de hierro con figuras también coloniales que llevaba a la planta alta, donde habían muy bien dispuestas cuatro grandes habitaciones dormitorios. En uno de ellos fue albergado Juan donde bien acomodada en el centro había una mullida cama, una cómoda con su respectivo espejo y un baño o sanitario que hacía juego con el resto de las instalaciones.

Era la casa de una familia de clase alta de Cochabamba, de padre militar y madre ama de casa, habían nacido tres hijos, dos hombres y una mujer que, paulatinamente, al influjo del movimiento estudiantil de la época e influenciados por los curas de avanzada que manejaban la Juventud Universitaria Cristiana, se volvieron militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario. La hermana terminó en el Partido Comunista de Bolivia, casó más tarde con un ex guerrillero de la época del Che y se volvió fanática de sus ideas.

Conversaron toda la noche Juan y su anfitrión protector ocasional Roberto, sobre la situación política del país concluyendo que era insostenible para ellos por la persecución desatada por el régimen.

Yo estoy más o menos protegido por mi padre que es militar aunque ya jubilado, dijo Roberto, pero tu Juan ya estás prácticamente proscrito, añadió. Yo creo que deberías asilarte cuanto antes.

Para asilarse Juan debía llegar a La Paz donde están las embajadas de los países que tenían relaciones diplomáticas con Bolivia. Había que recorrer 500 kilómetros para llegar a la sede de gobierno y todos los caminos y aeropuertos estaban controlados

A todo esto llegaban noticias de Santa Cruz demasiado alarmantes. Los informes decían que luego de la explosión de un artefacto explosivo en la Prefectura –hoy Gobernación– durante un mitin del oficialismo en el que hubo heridos, un grupo de partidarios del régimen organizó un grupo de paramilitares para “vengarse” del hecho con un grupo de universitarios y líderes sindicales que estaban aprehendidos en el aula magna de la Universidad “Gabriel René Moreno” luego del Golpe de Estado del 19 de Agosto de 1971, que encumbró en el poder al entonces coronel de Ejército Hugo Banzer.

Más tarde se supo que, evidentemente, el grupo acudió al último piso del edificio central de esa casa de estudios superiores y ametralló a mansalva a los detenidos. Estos, sin embargo, no habían tenido que ver con el atentado terrorista que evidentemente existió y cuya autoría se adjudicó el grupo guerrillero denominado Ejército de Liberación Nacional (ELN) de filiación castrista.

Allí cayeron heridos varios jóvenes universitarios y dirigentes sindicales que fueron luego enviados al hospital San Juan de Dios. Todos sobrevivieron. En el otro bando, murieron dos policías y hubo varios heridos.

El propósito del grupo terrorista se cumplió al generar más sangre y enfrentamiento entrecruceños.

Durante el Golpe de Estado también varios presos fueron sacados de sus celdas y ejecutados a orillas del río Piraí. Entre ellos, según se denunció entonces estaba un hermano de Luis Sandoval Morón, líder populista de izquierda, quien en su época de gobernante del Movimiento Nacionalista Revolucionario había creado un centro de detención y torturas tristemente famoso llamado “El Ñanderoga”, cuyas víctimas fueron los miembros de la Falange Socialista Boliviana, principal partido opositor de los años 50 y 60 del siglo anterior.

Esto pareció más una vendetta entre viejos enemigos que un hecho originado por el proceso político de los años 70 y del golpe mismo. También el único hombre identificado como miembro del ELN, un chileno que fungía como preparador físico en un equipo local, que circulaba constantemente por los predios universitarios habría sido ejecutado por estas organizaciones.

Supuestamente a Juan, que estaba desde Junio de ese año en Cochabamba, primero en el hospital y luego oculto, por lo tanto ausente de estas trifulcas y enfrentamientos, lo habrían hecho buscar los empresarios de la radiodifusión para hacerle pagar caro la huelga que encabezó en 1970 de los trabajadores de ese sector en procura de mejores sueldos y condiciones laborales.

Eran días de efervescencia, los sectores y partidos políticos en general estaban plenos de actividad. El gobierno del general Juan José Torres irritaba a la derecha por su acercamiento visible con los sectores de izquierda. El movimiento obrero con su Central de Trabajadores auspiciaba la formación de una Asamblea Popular, en reemplazo del viejo parlamento “burgués”.

Como siempre insaciables de conflicto, los sectores más radicales como los miembros de movimientos trotskistas o seguidores de León Trotsky tanto en el sector laboral cuanto en las universidades públicas, alentaban los enfrentamientos buscando “acelerar las contradicciones”...

Pero no eran los únicos, a un líder del Partido Comunista Marxista Leninista, pro chino y disidente del Partido Comunista Boliviano que seguía la línea de Moscú, se le ocurrió la peregrina idea de formar una organización campesina denominada UCAPO o Unión de Campesinos Pobres... ¡Como si entonces hubieran existido campesinos ricos! ¡Vaya ingenuidad!

Campesinos ricos hubieron solo treinta años después en base al comercio de la hoja de coca y la cocaína. Solo entonces y con mayor razón en los últimos años, pueden verse vehículos de lujo muy costosos al lado de viviendas relativamente rústicas en los campos. Productores campesinos empezaron a comprar muchas hectáreas de tierras en el oriente boliviano y a poseer estancias ganaderas. Sus



hijos fueron y van a estudiar a las universidades públicas y privadas de todo el país. Los más audaces tienen empresas de transporte con camiones importados y manejan casi todo el comercio minoristas de todos los pueblos de los departamentos de Santa Cruz, Beni, Pando y las fronteras con Brasil, Perú y Chile.

Familias enteras visitan ahora normalmente restaurantes muy caros de distintas ciudades y es normal observarlos como clientes habituales de hoteles como Los Tajibos, Casablanca y el Radisson, además de otros. Sin duda se creó una nueva burguesía chola o mestiza e incluso se crearon estilos arquitectónicos denominados “los cholets” a construcciones vistosas de colores diversos y formas ostentosas en las ciudades de El Alto de La Paz, en Cochabamba y también en Santa Cruz.

Esto es bueno y malo dependiendo del cristal con que se lo mire. Para los sectores campesinos y populares que habitan en las orillas de las ciudades – técnica e ideológicamente se los llamaba lumpen proletarios antes– ha sido un fenómeno positivo porque les abrió la posibilidad de crecer económicamente y salir del atraso y olvido secular en que vivieron.

Para ellos el gobierno de Evo Morales y su partido, el MAS, les abrieron las puertas de un mundo que desconocían o que miraban como espectadores y del que disfrutaban solo “los oligarcas, los burgueses, los privilegiados” y que sus

líderes han bautizado por siempre como los neoliberales, sin sustento ideológico sostenible.

Para los sectores de clase alta y evidentemente para los sectores burgueses y para buena parte de la clase media, esta democratización del dinero y del modus vivendi o forma de vivir, sobre todo por su origen en la producción y en el tráfico de cocaína, no solo es negativo políticamente porque alienta el fenómeno del Populismo de malos resultados en buena parte de América Latina, sino que arrastra consigo corrupción, clientelismo político y derrumbe institucional.

Pero volvamos a los años 70. La UCAPO más tardó en nacer que en morir. La llamada Unión de Campesinos Pobres era una aventura creada por mentes afebradas. Desde la hilarante historia de que su líder o comandante “Rolando” apareció dentro de un cajón de madera transportado desde un camión desde el sur del país al norte cruceño para dar inicio a la toma de propiedades rurales, hasta su final quedó como anécdota política.

Su creador fue Oscar Zamora Medinaceli, conocido como “Motete”, que luego fue senador y hasta candidato vicepresidencial. Buscaba notoriedad y lo logró, salió del anonimato pero su partido, que era una fracción del Partido Comunista Boliviano, quedó en el olvido.

Existió en algunas universidades con pequeños grupos sin mayor trascendencia y

sería recordado como el partido o fracción que quiso crear una guerrilla campesina en pleno gobierno pro izquierdista de Juan José Torres, tomando una hacienda en el norte cruceño. Lo demás fue panfletario.

-----o-----

De pelo crespo y mirada vivaz, el hombre era dueño de una radioemisora que había formado con esfuerzo luego de trabajar en la famosa radio llamada “Grigotá”, en homenaje a un cacique indígena de las tierras que luego serían cruceñas, es decir, donde ahora existe la ciudad de Santa Cruz.

“Pero no sea “fregau” hombre, usted es inteligente y usted hasta puede llegar a ser –dijo premonitoriamente a Juan– dueño de una radio más adelante. Nosotros lo vamos a ayudar. No le vamos a cobrar por los espacios para que haga sus programas, pero deje a esos tipos y levante la huelga.”.

Juan era el Secretario Ejecutivo del Sindicato de Trabajadores en Radio –en esa época no había nacido la televisión, salvo la del Estado que fue creada con un canal que paulatinamente fue nacional, por el presidente René Barrientos Ortuño. La privada recién existió desde 1973 en adelante.

En tal condición Juan lideró la primera huelga de trabajadores en radio en Santa Cruz en procura de mejores sueldos y condiciones laborales. Un trabajador ganaba entonces bolivianos 250 al mes. Algo así como cuarenta y siete dólares,

al tipo de cambio de entonces, sin ningún otro beneficio.

El empresario de radio “Centenario” que había sido comisionado por sus colegas dueños de emisoras para que converse con Juan salió decepcionado y molesto de la reunión. “No quiere ceder, hay que buscar otra forma de torcerle el brazo...” informó a sus pares.

Finalmente se firmó el convenio de mejoramiento salarial y social y volvió la calma y las radios volvieron a funcionar después de siete días de huelga. Pero Juan quedó marcado por los empresarios de radio que ya lo consideraban un peligro y la amenaza de “torcerle el brazo” habría de convertirse un año más adelante en la primera persecución política que sufriría Juan por sus ideas y por defender a los trabajadores de su sector. Los empresarios habrían de aprovechar el golpe de Estado que en agosto de 1971 encumbró a Hugo Banzer en el poder para perseguirlo y “vengarse” por la huelga de un año anterior.

La radio como medio de comunicación había sido creada en 1938, con la emisora “Oriente” y luego vendrían otras como “Electra” de grandes pioneros como Luis Canedo Reyes, Gustavo Urioste y otros empresarios con visión y espíritu de comunicadores.

A Juan le tocó vivir la radio en su esplendor periodístico. Corría el año 1967 y el joven bachiller del año anterior en el colegio Nacional Florida se matriculó en la

carrera de Derecho, luego de debatir el tema con los compañeros del Frente de Unión Democrática Estudiantil, más conocido como FUDE.

“Si te vas a Oruro a estudiar Geología se desintegra el grupo...”, le dijo Adalberto. Y agregó: “No te olvides que las primeras tareas están aquí donde tenemos que formar el gran movimiento en alianza con los sectores populares”.

Finalmente, la mayoría de los integrantes del grupo ingresó a la carrera de Derecho y algunos a Economía. Solo uno se registró en el Instituto Tecnológico Santa Cruz para una carrera técnica. Se llamaba Haroldo Cirbián. Los restantes eran el “flaco” Méndez, “Yulo” Gómez, Bismarck Kreidler, Adalberto Kuajara, Luis Soruco, Hormando Vaca Díez, y luego otra camada menor con Alberto Menacho, Dardo y Freddy Suárez y muchos más que constituyeron una brillante generación que mereció mejor suerte política.

Y estaban claro los líderes iniciales y mayores como Luis Lairana Franco, Hugo Teodovich Ortíz, Miguel y Guillermo Capobianco y otros jóvenes dirigentes que mezclaban la teoría humanista del social cristianismo con las primeras ideologías progresistas que se asomaban entre la Social Democracia y el Socialismo y que dominaron los países europeos durante los últimos 60 años, aunque ahora se derrumban ante una derecha renaciente y el Socialismo del Siglo Veintiuno.

En la Facultad de Derecho Juan estrechó lazos de formación y compañerismo desde el primer curso con algunos de los ya nombrados pero, además con algunos jóvenes que ya demostraban sus dotes para el periodismo y la política como Limberg Gutiérrez Carreño, quien junto a Willman Durán Ribera sacaron el primer periódico estudiantil de la época para expresar las inquietudes de los universitarios.

Durán Ribera, ya abogado y doctor en Derecho llegó a ser presidente del Tribunal Constitucional de la República.. Gutiérrez Carreño fue vocal de la Sala Social y Administrativa de la Corte Departamental de Justicia de Santa Cruz donde tuvo un excelente desempeño , además de su importante labor como catedrático de “Introducción al Derecho Romano”.

Ese fue el grupo originario de lo que cinco años más tarde sería el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, pasando primero por ser Juventud Demócrata Cristiana y Democracia Cristiana Revolucionaria en una metamorfosis ideológica ascendente hacia posiciones de izquierda, con gran influencia de los curas tercermundistas que poblaban la orden de los Jesuitas. Orden religiosa que hoy, 45 años más tarde, ostenta un Papa como máxima autoridad de la Iglesia Católica y símbolo inocultable de sus luchas dentro de la iglesia, para superar el conservadorismo eclesiástico y sus errores y pecados históricos que pasaron por la discriminación, la sodomía y el apego a los poderosos del mundo terrenal.



El año de 1967 empezaría una larga carrera periodística de 51 años para Juan, que luego de matricularse en la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad “Gabriel René Moreno” solicitó y obtuvo mediante amigos, un trabajo de reportero para el noticiero de las 13 horas en radio “Amboró”.

Salir con grabadora en mano a las calles de la ciudad a buscar noticias y luego correr al mediodía para redactarlas y entregarlas a los locutores del noticiero de mediodía era su rutina diaria para luego por la tarde asistir a clases a la facultad de Derecho. Autodidacta, Juan pronto aprendió a redactar y, paulatinamente, a leer las noticias en la radio. Al fin y al cabo sus iniciales estudios se complementaban perfectamente con su primer trabajo periodístico.

Un selecto grupo de locutores formaba parte del staff de radio “Amboró” entre los que se contaba a Bernardo Silva Serrano –uno de los pocos hombres de radio que sigue actualmente (2017) en ejercicio por más de 60 años con su calidad intacta–, Romer Osuna Añez, otra gran voz de la emisora y Walter Rocabado Soliz, junto a otros, eran dirigidos por Alfonso Rojas Moncayo, un excelente periodista y locutor potosino.

Era una época interesante para Santa Cruz, fue el primer año de la hoy famosa

Feria Internacional comercial, industrial y agropecuaria más conocida como la FEXPO. Se realizó en los predios de la Universidad “Gabriel René Moreno” en la zona denominada Palermo y fue, por cierto, más agropecuaria que industrial por el nivel de desarrollo que tenía entonces el departamento cruceño.

Alfonso Rojas Moncayo junto a la recordada periodista Ana María Kuajara fueron el espíritu promocional del evento en el que, además, el recientemente creado conjunto “Los Cambitas” dirigido por el compositor e intérprete Armando Terceros, se lució con el taquirari “Vamos a la Feria”.

El sector o clase empresarial de la época era pujante y visionario. Luego de los desencuentros mantenidos y sostenidos con los gobiernos del Movimiento Nacionalista Revolucionario del legendario Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles Suazo, Juan Lechín Oquendo y toda esa generación que propuso y encabezó la posteriormente frustrada revolución de 1952, finalmente aprovechó las inversiones y obras, sobre todo camineras de esos gobiernos y elaboró su propio proyecto de desarrollo.

Había centenares, miles de plantas de caña a ambos lados de la carretera. Juan miraba embelesado el paisaje que se mezclaba de manera intermitente con potreros llenos de pasto verde que era incansablemente consumido por vacas “holandesas” con ubres protuberantes y generosas que anunciaban mucha leche para la ordeña.

Era el inicial despegue cruceño hacia el desarrollo. El empresario, con acento argentino, miró a Juan de soslayo y le preguntó: Y ¿qué te parece esto?, como lo ves muchacho, vos que sos periodista.

Juan se sintió orgulloso de que su ocasional interlocutor lo llamara periodista porque él apenas empezaba y era nada menos que un empresario cañero que se ofreció a trasladarlo de Montero a Santa Cruz en su lujosa camioneta Ford. Venían de una reunión de la naciente Federación de Cañeros del Norte que tradicionalmente presidió don Abelardo Suárez, uno de los forjadores del desarrollo agropecuario cruceño.

“Me parece importante para el futuro de Santa Cruz porque habrá más trabajo y más desarrollo”, contestó y luego ambos se quedaron callados hasta que el viaje concluyó en las puertas de radio “Amboró” sobre la calle Libertad. “Gracias ingeniero, hasta luego”.

“Hasta luego muchacho que estés bien”.

Hola Martha ¿cómo le va?, usted bella como siempre ¿no? Era la locutora de turno, rubia, de labios carnosos, ojos verdes y mirada entre coqueta y provocativa. ¿De dónde llega usted, estuvo de viaje?

Sí, estuve por el norte en una reunión de cañeros pero ya estamos otra vez por

acá. No se olvide que tenemos reunión esta tarde en la Pirái. – “Claro que si ahí estaré me toca turno allá pero ¿de qué vamos a hablar en la reunión? Ya sabe estamos en emergencia por el tema de horarios y sueldos. Ok nos vemos esta tarde entonces, concluyó Martha y se internó en el patio interno de la emisora.

Juan se sentía atraído por ella. Recientemente divorciada, la rubia era una excelente locutora y distinguida dama con la que finalmente habría de tener relaciones más o menos secretas junto a otra pareja conformada por el hijo de un acaudalado empresario azucarero y una morena espigada y exuberante que, a su vez, vivía con otro empresario azucarero del norte de apellido alemán, pero que se escapaba a menudo de este para los encuentros entre las dos parejas en una casa elegante en la zona norte de la ciudad.

-----0-----

Juan sería años más tarde no solo un amante de la región chiquitana del Departamento de Santa Cruz, sino su morador. Pero su primer encuentro con una zona de esa región, la de la provincia Guarayos, sería el año 1970. El Prefecto del Departamento, Marcelo “guatoco” Velarde era su amigo al igual que de otros periodistas, como Hormando Vaca Díez y frecuentemente lo invitaba a sus reuniones y viajes.

Ese día lo llamó por teléfono y le dijo “oiga Juan acompáñeme a Guarayos,

vamos a ir en avioneta y volvemos en el día. ¿Qué le parece?

La avioneta se elevó raudamente desde el aeropuerto “El Trompillo”, a escasas cuadras del centro de la ciudad. Se observaban con nitidez los techos de tejas coloniales de las viviendas urbanas y los patios grandes con abundante vegetación.

En esa época los habitantes de Santa Cruz de la Sierra tenían viviendas cuyos terrenos mínimo tenían mil metros cuadrados de extensión. Allí plantaban árboles frutales y era casi un hábito visitar al compadre o la comadre para servirse un buen zumo de naranja o simplemente cosechar de los árboles mandarinas, papayas o paltas también llamadas aguacates en otros países.

No faltaban las plantas de guayabas y de pronto se topaba uno con un árbol de guapurú, rico fruto subtropical de envoltura café oscuro y con una rica pulpa envolviendo sus semillas. El guapurú se comía directo de la planta y también servía para ricos refrescos que aliviaban los calores del verano cuando la columna mercurial trepaba hasta los 36 y 38 grados centígrados.

Los vecinos que habían venido de las provincias chiquitanas desde el Este o los que habían cruzado el río Piraí desde el Urubó, Luquillas y Buena Vista por el camino antiguo por donde circulaban los carretones, tenían hasta un tercer patio o “canchón” donde criaban gallinas y patos que les proveían de huevos; y para

los cumpleaños “se les estiraba el pescuezo” –es decir, se los sacrificaba– para hacer ricas comidas como el “majao de pato” o el locro de gallina con un buen plato de yuca o mandioca como acompañamiento o “jacuú” y unos ricos y frescos vasos de chicha cruceña hecha con harina de maíz.

Los que llegaban del sur, provincia Cordillera y del sudeste provincias Florida y Vallegrande, trajeron consigo sus tamales a la olla y al horno o sus dulces de lacayote, un rico y nutritivo tubérculo, los primeros; y sus asaditos “coloraos” y chicharrones los segundos. Además de sus ricos quesos de leche de vaca o de cabra, siendo muy famosa por ejemplo la mantequilla de Izozog, una zona sureña.

Unos minutos después la avioneta cruzó el río Grande o Guapay y se internó tierra adentro ya en la provincia Ñuflo de Chávez de la cual años después se desprendería la provincia Guarayos cuyo territorio le pertenecía. Desde el aire se podía observar la rica vegetación chiquitana y algunos ranchos y caminos de tierra que vinculaban a la gente de la región.

Juan quedó maravillado por la belleza del panorama y el inmenso territorio verde que se extiende hasta encontrarse con las pampas mojeñas del Beni luego de atravesar ríos y praderas espectaculares por unos trescientos kilómetros.

Los viajeros llegaron a la simpática población denominada Ascensión de



Guarayos donde fueron recibidos por una orquesta típica de la zona que, además de la flauta, la tambora y los “caracachás” o instrumentos de mano fabricados con madera o envolturas de cocos silvestres con semillas secas en su interior, usaban aún el triángulo que era de hierro y que al ser golpeado con una varilla también metálica, generaba un rítmico sonido agudo y peculiar.

Se armó la fiesta luego del almuerzo y la reunión donde el Prefecto Velarde anunció algunas medidas en favor del pueblo. Ese mismo día regresaron a Santa Cruz y Juan

Impactado por lo que había visto en ese viaje se prometió a sí mismo volver alguna vez a la región y conocerla más a fondo, vivirla y disfrutar de su belleza y de la calidez de su gente.

Habrían de transcurrir ocho años para que Juan vuelva a visitar la Chiquitanía.

Esta vez en el verano de 1978. El anfitrión era el presidente de la cooperativa “La Merced”, el abogado Adalberto Terceros Banzer. Juan lo había visitado anteriormente para realizar un reportaje sobre esa importante y pionera institución de crédito solidario.

Alto y nervioso, el doctor Terceros como le decían sus empleados y conocidos, fumaba mucho y tomaba abundante café. Conocía a Juan por la televisión y tenía simpatía y admiración por él y así se lo hizo saber cuándo este lo visitó en su oficina de la calle Junín. Le contó en detalle cómo había nacido la cooperativa al

amparo de la Iglesia “La Merced” y con la ayuda de un cura misionero español, el padre José Vidal, a quien Juan había conocido en sus épocas de monaguillo de aquella iglesia que quedaba en su barrio y que es una de las más antiguas de Santa Cruz.

Nuestro personaje recordó y relató al doctor Terceros que cuando su amigo Alfredo Zabala que era también monaguillo llegaba retrasado para ayudar a celebrar la misa, este emblemático sacerdote que raras veces estaba de buen humor, le espetaba la frase: “Tú vives en la calle santa sábana, número duermes mucho, por eso llegas tarde” para luego abrazarlos a ambos con cariño paternal.

Quiero que conozca nuestro puesto ganadero en Concepción. Es un lindo lugar y podemos ir el siguiente fin de semana. Así su reportaje sobre nueva cooperativa –La Merced– será completo, dijo el doctor Terceros a Juan. Y así organizaron el viaje en avioneta desde Santa Cruz a la capital de la provincia Ñuflo de Chávez.

Ya desde el aire Juan volvió a admirar el paisaje como cuando viajó al pueblo de Ascensión de Guarayos. La zona era parecida pero más vistosa con hermosas ondulaciones del terreno y luego cerros más elevados desde San Ramón en adelante. Todas las elevaciones estaban cubiertas de espesa vegetación.

El verde de la tierra arbolada contrastaba con el azul del cielo adornado con algunas nubes que dibujaban caprichosas formas de animales en el cielo.

“Realmente es hermosa esta zona chiquitana, doctor”, profirió Juan— ¿No conocía usted estos parajes?, preguntó Terceros a su interlocutor. “Solo fui a Guarayos, pero también en avioneta como hoy, por tierra no”.

Por tierra el paisaje es admirable porque se lo aprecia de cerca, pero nuestros caminos son todavía intransitables, sobre todo en esta época, comentó el dirigente cooperativista.

Con bastante pericia el piloto descendió en la pista de aterrizaje de Concepción. La nave carreteó unos cien metros más adelante de la pequeña casa del aeropuerto y luego retornó para parquearse a un costado del edificio de una planta con dos habitaciones, una sala de espera y sencillas pero agradables jardineras a su entrada por el lado de la pista.

Un par de funcionarios de la empresa esperaban a su Presidente y al visitante que viajaba con su camarógrafo. Luego del saludo de estilo, abordaron de inmediato un jeep Land Rover y tomaron un camino de tierra con rumbo a la propiedad ganadera.

Era un verdadero paraíso verde. Árboles inmensos de finas maderas llamadas Tajibo, Tarara, Morado, Cuchi, Jichituriqui y muchas más que los estancieros y los campesinos usaban para sus viviendas o para cercar sus campos.

En esa época, era 1.978, aún no habían llegado a la zona los avezados madereros que en otras regiones del departamento como en la zona norte explotaban esas y otras finas especies como la Mara hasta que le dieron fin. Y no habían llegado a la Chiquitanía porque los caminos se lo impedían. Estos eran de tierra arcillosa que en tiempo de lluvia hacían imposible su transitabilidad aunque poco a poco fueron llegando con singular esfuerzo y destrozando los imbatibles camiones Toyota que tardaban días en llegar desde Santa Cruz.

Pero al mismo tiempo ese era el encanto de esa chiquitanía casi desconocida de entonces, pese a que había tenido su esplendor a inicios del siglo veinte cuando se tardaba varias semanas en el trayecto Concepción-Santa Cruz y los viajeros usaban carretones también llamadas carretas en otros lados, tiradas por bueyes que eran animales vacunos machos domesticados luego de sacarles los testículos para volverlos mansos.

Los carretones eran tirados por estos animales de hasta tres yuntas porque los caminos eran largos, tortuosos y difíciles, sobre todo por los ríos y quebradas sin puentes que había que atravesar.

Aparte de ello, según contaban las abuelas, que eran las niñas de entonces, existía el peligro de ser atacados por los indios salvajes que vivían en pleno monte y no habían sido civilizados aún. Varios peones que eran los que dirigían a los bueyes habían sido heridos por las flechas de los salvajes que los

consideraban extraños y acaso enemigos peligrosos por sus armas de fuego.

Las mujeres, los niños y los ancianos que aún podían viajar, iban dentro de los carretones que tenían techos fabricados con cueros de vacunos que eran arqueados con lianas o bejucos y pequeñas estacas que se ajustaban en huecos hechos en la estructura central del carretón que era una especie de chasis de madera dura que aguantaban decenas de años de existencia sin deteriorarse.

Ese techo los protegía del sol ardiente en verano y de las lluvias copiosas, abundantes que caían tres o cuatro meses en cualquier momento luego de juntarse inmensas nubes con el vapor que se producía en la selva y sus largos y turbulentos ríos que eran ricos en peces y animales de agua como la capiguara o capibara, lagartos, tortugas y hasta víboras.

Ríos como el San Julián, Urugaito, los ríos Negro y Blanco, el Quizer y muchos más serpenteaban por la chiquitanía para arrojar finalmente sus aguas en ríos mayores como el Mamoré, el Beni, el Iténez y el Madre de Dios en las pampas y selvas del Beni, tan rico en fauna y flora como el departamento de Santa Cruz.

Resulta impresionante advertir que estos ríos son afluentes del río más grande del mundo: el Amazonas que naciendo en Perú atraviesa en total nueve países de Sudamérica, entre ellos Bolivia, con un recorrido de 6.800 kilómetros, un caudal de drenaje de siete millones cincuenta mil kilómetros cuadrados y un caudal de

300 mil metros cúbicos por segundo en épocas de lluvia y humedad.

En Sudamérica está la mayor reserva mundial de agua dulce, en el río Amazonas que supone una quinta parte de la reserva de agua dulce del planeta en estado líquido.

Antes de desembocar en ese río fenomenal, sus afluentes ya mencionados están en territorio de Bolivia. En la vasta continuidad del Oriente boliviano impresionante, de mucha exuberancia animal y vegetal que abarca los departamentos de Santa Cruz, Beni y Pando hacia el norte de Bolivia hasta encontrarse majestuosamente a través de ríos, pampa y selva con el inmenso país de Brasil con el cual tenemos 3.423 kilómetros de frontera.

Esta frontera comienza en el pantanal en el departamento de Santa Cruz y termina en plena selva amazónica en Pando, pasando por el Beni. Hermosa, vasta, pero también problemática frontera para Bolivia por su inmensidad que hace difícil su manejo y su control de ingreso de gentes, motorizados terrestres y aéreos con el tremendo problema del narcotráfico y de la delincuencia modernizada.

Los pueblos chiquitanos fueron abandonando poco a poco su letargo después del esplendor de antaño que había tenido sus orígenes en la gran epopeya de los Jesuitas hasta que fueron expulsados y luego la labor de los franciscanos junto a

verdaderos pioneros del campo sobre todo en ganadería, tanto oriundos como extranjeros que llegaron a Bolivia después de la Segunda Guerra Mundial y algunos antes.

Llegaron las carreteras, algunas fueron pavimentadas y se fue creando el corredor bioceánico primero desde Santos en Brasil, pasando por Corumbá en el Matogrosso do Sul o Monte Grande del Sur en español e ingresando luego a Bolivia por Puerto Quijarro y Puerto Suárez, 630 kilómetros más adentro hasta llegar a la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, luego Cochabamba a 450 kilómetros hacia el centro de Bolivia, para luego finalmente, 300 kilómetros más al Oeste pisar la frontera con Chile en busca del Océano Pacífico que, inocente de la injusticia con Bolivia por parte del país vecino de devolverle su llegada a él, llega majestuoso a la costa de Arica.

Ese corredor atraviesa suelo chiquitano en las provincias Germán Busch y Chiquitos con una espléndida carretera asfaltada. El otro corredor se inicia en Brasil en Matogrosso e ingresa a Bolivia por San Matías, capital de la provincia Ángel Sandoval, luego ingresa a la provincia Velasco en suelo boliviano, atraviesa Ñuflo de Chávez por Concepción y San Javier e ingresa luego, ahora por un puente moderno de más de 3 kilómetros en el Rio Grande o Guapay a la provincia Obispo Santistevan, para internarse 100 kilómetros más adelante a las ciudades de Cochabamba y Oruro y concluir nuevamente en las costas del Océano Pacífico al llegar a Iquique y Arica en Chile.

A este corredor le falta pavimentar la ruta entre San Ignacio y San Matías en territorio boliviano, el cual ya está entre los proyectos del Estado de Bolivia para el año 2018 y siguientes. Y un pequeño tramo de 20 kilómetros aproximadamente entre el Rio Grande y la localidad de Los Troncos donde empalmará con la carretera que proviene de Pailón y prosigue hasta San Ignacio.

Los alcaldes chiquitanos, empujados por algunos líderes regionales como el de San José, Germain Caballero y el de San Javier Armando Barbery, gestionan y han logrado ya en parte, constituir a esta vasta y hermosa región del Este y Noreste de Santa Cruz en un destino turístico mundial basados , sobre todo, en la gran riqueza cultural religiosa y étnica y en la declaratoria de Patrimonio Cultural de la Humanidad de que gozan desde hace algunas décadas, las iglesias de esos pueblos, herencia del paso jesuítico y misional.

En un sitio de esta hermosa región, a 13 kilómetros del pueblo de Concepción, capital de la provincia Ñuflo de Chávez, Juan estableció sus reales y organizó desde abajo una mediana propiedad ganadera y agrícola.

Llegó con su familia al predio amontado y agreste, sin agua potable ni luz y paulatinamente lo fue habilitando con singular esfuerzo hasta lograr en 22 años tener un establecimiento moderno con energía de la Cooperativa Rural de Electrificación. Agua potable de pozos semisurgentes, red de teléfonos celulares



y una planta de animales vacunos y caballares, ovinos y aves de corral que constituye una de las más activas estancias de la zona, en cuanto crianza de ganado.

El hombre llegó hasta la reja y gritó “¿hay gente...? doctor lo estamos buscando ¡urgente! Juan conversaba con su amada madre que fue hasta lo último de su vida activa su compañera de viaje a la chiquitanía. Dejó la hamaca donde descansaba y caminó hasta el otro extremo de la casa.

Eran las ocho de la noche. El hombre era Freddy, un joven veterinario de Concepción, que tenía una pequeña propiedad en la zona, con el cual entabló la siguiente conversación:

“Sabe doctor, he venido a plantearle que sea nuestro candidato a presidente de la Asociación de Ganaderos de Concepción. Es que, el mismo grupo de siempre que ha manejado AGACON –era la sigla de la entidad– la quiere seguir manejando a su antojo y hemos decidido frenarlos de una vez por todas y tiene que ser con usted... ¿qué dice?

Pero creo que el candidato es mi compadre Nino y no puedo ir contra él, replicó Juan. “Lo están usando doctor y no quiere entender, si usted sabe que es mi concuñado pero está con los de siempre, cuatro familias que siempre usaron la asociación para defender sus intereses, dejando a un lado a la mayoría.”

Charlaron media hora y Juan le prometió pensarlo y que si aceptaba se reuniría con ellos en las próximas horas.

A la posesión asistieron representantes de las asociaciones de San Javier y San Ignacio, San Rafael, San Miguel y por cierto, de la Federación de Ganaderos de Santa Cruz. Juan hizo un discurso en el que expuso una estrategia de desarrollo de la ganadería en la zona y en toda la región con perspectivas de exportación a Brasil y a otros países. Habló de habilitar el viejo matadero donado por la fundación Kolping auspiciada por la iglesia y utilizar el básico aeropuerto pegado al mismo para enviar carne al interior del país y más adelante al exterior.

Era el año 2001. Solo 16 años más tarde, ahora en 2017, los dirigentes federativos de los ganaderos empiezan gestiones en serio para exportar ganado a China y a países del área, aun cuando se tuvo algunas pequeñas experiencias de exportación al Perú hace algunos años.

De hecho tuvo que lograrse la declaratoria de Bolivia, País Libre de Aftosa con Vacunación de manera previa como condición inexcusable para gestionar la exportación de países interesados en comprar nuestra carne en condiciones sanitarias aceptables.

Lo que Juan no sabía, por no pertenecer a grupos cerrados de poder, era que su

visión de trabajo como ser la implementación de un moderno matadero y buscar mercados más adelante para la exportación, chocaba frontalmente con un proyecto que tenían estos grupos en San Ignacio para implementar un gran matadero frigorífico que sea proveído de carne por los ganaderos chiquitanos y que los grupos que habían manejado antes la Federación y el Fondo Ganadero a su antojo, ya no les interesaba para nada que las asociaciones y ni siquiera la Federación, tengan sus propios mataderos porque ellos habían crecido tanto económicamente en hatos y establecimientos que ahora buscaban ser los dueño de los grandes frigoríficos del país.

Dirigentes como Juan que buscaban apuntalar a los pequeños ganaderos y hacerlos crecer con medidas de fomento, créditos y apoyo técnico, estorbaban a estos grupos. Eran incómodos porque además no apoyaban a los empresarios que habían tomado tierras fiscales y de indígenas y querían que el gobierno de turno les legalice la tenencia de estas extensiones de miles de hectáreas y para ello necesitaban asociaciones que sirvan a sus propósitos a través de dirigentes serviles incluso en la Federación de Ganaderos.

Juan se negó a firmar comunicados de apoyo a estos empresarios ilegales y eso le valió una declaratoria de guerra de estos grupos que usando a ingenuos ganaderos y otros no tan ingenuos quisieron echarlo ilegalmente de la presidencia de su asociación, enviando policías y pseudo dirigentes que muy elegantes y “bien peinados” fueron a tomar las instalaciones del gremio.

Hubo resistencia de los pequeños ganaderos, el caso fue a parar a tribunales. En la provincia a un bellaco que oficiaba de juez siendo músico de origen y abogado después, recibió mil dólares y falló en contra del directorio de Juan que había sido elegido democráticamente y con la normativa legal. Juan apeló la decisión judicial y en Sucre, sede del tribunal supremo de justicia, logró revocar el fallo de origen y, en su caso, declarar “reos de atentado a los derechos constituciones” a los dirigentes que tomaron la asociación, los cuales tuvieron que agarrar sus “pilchas” y retirarse con la cola entre las piernas.

Pero Juan ya había avanzado mucho más porque logró la aprobación del directorio de la Fundación Kolpíng integrado por el agrónomo Guillermo Kenning de gran prestigio en el medio cruceño, el Obispo de Concepción, Monseñor Antonio y un tercer director de la entidad para financiar medio millón de dólares con la venta de parte del terreno que ocupaba la Feria Ganadera dejando a esta una buena cantidad para su expansión, unas 7 hectáreas de un total de 23 hectáreas del total.

Los recursos, de acuerdo al plan planteado por Juan, serían manejados por el directorio de Kolping que iría desembolsando de acuerdo a la ejecución de los proyectos que consistían en instalar una cabaña de reproductores vacunos, una fábrica de alimentos balanceados y un hotel típico a orillas de la represa del río Sapocó a escasos mil metros del pueblo.

Los reproductores eran necesarios para que los pequeños ganaderos puedan acceder a mejor genética a precios bajos, pues los que se ofrecen en los remates tienen precios inalcanzables para ellos. Lo propio sucedía y sucede con los precios de la sal y alimentos balanceados. Al contar con una fábrica propia como la tiene la Asociación de Ganaderos de Portachuelo, los socios tendrían mejores condiciones de alimentación para su ganado tanto de leche como de carne.

En cuanto al hotel, estaba concebido para mejorar la atención a los turistas nada menos que a orillas de la represa que tiene un enorme espejo que sirve de navegación y balneario para lugareños y visitantes.

Los “contras” por llamar así a los opositores a la gestión de Juan y que, como dije antes, representaban a los grupos de poder de Santa Cruz y a los intereses de los inversores de San Ignacio de Velasco en el nuevo matadero de allí con capitales brasileños y que finalmente fracasó, tuvieron dos reacciones:

Una, empezando por un veterinario– ganadero desertor del directorio de Juan, hizo circular la versión de que éste quería vender los terrenos de la feria y deformó así la verdad que fue explicada líneas arriba y empezó así el boicot a los proyectos.

La otra reacción fue aún más singular, pues casi todos los “contras” fueron

corriendo a la sede de la Asociación “anoticiados”, según dijeron, que se les iba a repartir gratis terrenos en torno a la feria ganadera.

Juan ya había organizado una asamblea general extraordinaria donde explicó todos estos planes, la cual generó el siguiente comentario externo: “están interesante los planes pero ¿por qué los va hacer él pudiendo hacerlo nosotros? Y con esa premisa empezó la campaña para defenestrar al directorio de Juan cuyos detalles ya mencioné en otra parte de este relato.

Pero los “contras”, por lo menos los locales, no se percataron de que eran manejados por los grandes intereses de los ganaderos y grupos de la capital que ya habían decidido liquidar FEGASACRUZ y a las asociaciones más progresistas, evitando que tengan mataderos, hoteles o cualquier establecimiento afín, pues ellos ya apuntaban a ser los dueños de los grandes frigoríficos y no querían competencias menores en las provincias y peor aún en la capital. Tanto así que hicieron que FEGASACRUZ devuelva el matadero municipal que administraba para la Alcaldía cruceña y venda el matadero de su propiedad que funcionaba y funciona en las afueras de Cotoca.

En Concepción, si bien Juan les ganó jurídicamente cuando intentaron tomar la Asociación, al ver que su lucha era ante enemigos muy grandes y al no lograr que se entendiera sus buenos propósitos, decidió renunciar al cargo y retornó a sus tareas particulares que había abandonado por trabajar para los demás.

El resultado fue desastroso: la Feria que había llegado a ser la mejor de todas las provincias, fue abandonada, sus instalaciones se deterioraron y solo subsistió el centro de remates, pues los nuevos jefes de la Ganadería de Santa Cruz, les asignaron tan solo el papel de rematadores de ganado cada mes para que puedan sobrevivir.

La de Concepción y no sé si la de alguna otra provincia, llegaron a jugar el papel de “pedigüeños” al gobierno de Evo Morales para arreglar su feria, olvidando el papel de opositores que jugaron con la Federación luego de que su Presidente de entonces fue perseguido y tuvo que exiliarse en Estados Unidos, acusado de pertenecer o apoyar al grupo terrorista de Eduardo Rosza con sus instalaciones en la Feria Exposición de Santa Cruz.

Gajes de la política y del gremialismo empresarial. También por los años 2000 o un poco antes, se criticó fuertemente al entonces presidente de la Cámara Agropecuaria del Oriente, Juan Armando Antelo por llevar a una asamblea de productores al entonces líder cocalero y diputado Evo Morales. Años más tarde la CAO andaba del brazo del ya presidente Evo Morales por la Feria Exposición.

¿Correcto para salvar al sector productivo? ¿Incorrecto por desligarse con esa actitud de los movimientos cívicos y políticos opositores al régimen? Cada cual

juzgue según su óptica o manera de ver las cosas.

”Pero en verdad de verdad os digo” –como decía Jesucristo en sus parábolas–, los que dieron la cara en el enrolamiento con las autoridades de gobierno, aparte de lograr sus propias ventajas, lograron que el inicial gobierno de Morales no estrangule hasta la muerte al sector productivo al que varios de su entorno, consideraban su enemigo principal, además de los cívicos como Branko Marinkovic, a la sazón también productor agrícola.

Las cosas cambiaron años después y en estos años 2017-2018 la relación del régimen de Morales con los empresarios agroindustriales cambió mucho.

Hoy se sientan a dialogar y estos lograron arrancarle al gobierno algunas medidas a su favor como ser eliminar los cupos de exportación liberando las ventas al exterior de carne, azúcar y alcohol, faltando la soya que es el producto de mayor valor y volumen exportable representando el 50 por ciento de la producción no tradicional; aunque persisten trabas recias como los impuestos internos draconianos y funcionarios impositivos policiacos, elevados aranceles de importaciones de bienes de capital y otros.

Contra aquellas realidades negativas, el gobierno impulsó la construcción de carreteras para mejorar el transporte de productos de los centros de producción y de consumo. Impulsa con Brasil y otros países un ferrocarril interoceánico que



una los océanos Atlántico y Pacífico pasando por Bolivia entre el puerto brasilero de Santos y el de Ilo en el Perú.

Las carreteras hacia el Brasil fueron concluidas y mejoradas creando corredores por vía terrestre entre Brasil, Bolivia y Chile. Varias carreteras internas entre departamentos y provincias se construyeron y se siguen construyendo mejorando la vida de las comunidades y el trabajo de los campesinos.

Si bien a la banca se le obligó a bajar sus tasas activas para viviendas y producción, siguen ganando buen dinero. Pero esto tuvo un costo político para los empresarios y sus aliados cívicos e institucionales. Al consensuar inversiones y planes hasta 2025 para convertir a Bolivia en una nación altamente productiva y competitiva en la región centro sur de América Latina, exportadora de energía eléctrica, productora de derivados del hierro, exportadora de litio y de gas con valor agregado, además de exportadora de productos no tradicionales, la empresa privada hizo una virtual alianza con el gobierno aunque aun dudando en el fondo si es esa la verdadera intención de Morales y sus muchachos después de las elecciones de 2019.

Dudando, digo, porque al vicepresidente de Morales, Álvaro García Linera, muy hábil para desdecirse de sus afirmaciones y afirmar luego lo contrario siempre con justificaciones silogísticas, la periodista Amalia Pando afirma que este le dijo en un intermedio de una entrevista periodística que la persistencia del

gobierno en construir la carretera por medio del territorio indígena TIPNIS, al que se opone la mayoría del país, tiene el propósito de destruir a los empresarios ganaderos de Santa Cruz y a la empresa privada cruceña.

Sin embargo, el mismo Linera en más de una oportunidad en Santa Cruz, en inauguraciones de la feria exposición internacional, con presencia de delegados de varios países, ha dicho que su gobierno está aliado con los empresarios progresistas y que apoyará sus emprendimientos.

Solo les ha condicionado, igual que Morales en varios discursos, a que no participen en política y que se dediquen a producir. Cuando Evo Morales en la última semana de Noviembre de 2017 pulsa el detonador político anunciando que será candidato a presidente por tercera vez pese a que el pueblo le dijo no en el Referéndum del 21 de Febrero de 2016 y se ampara en un fallo del Tribunal Constitucional –claramente digitado por él– que usurpando funciones que no le competen, desconoce artículos de la Constitución Política del Estado, pone en aprietos a los empresarios.

¿Van a olvidarse que la Constitución Política del Estado ha sido pisoteada y apoyarán a su aliado Evo Morales en su tercera y casi cuarta postulación? O van a volver por sus fueros ciudadanos y apoyarán a sus dirigentes cívicos y movimientos sociales, sobre todo juveniles –integrados por sus hijos, entre otros– que exigen respeto al referéndum del 2016 y a la Constitución del Estado

y que afirman que no permitirán por nada del mundo que Evo Morales sea candidato una vez más.

Dura decisión pero inevitable: O se juegan por ser empresarios y la inocultable importancia de ejecutar la agenda 20-25 con el gobierno; o prefieren respetar su condición de ciudadanos y padres de familia de una comunidad que básicamente cree que “no hay país posible ni moderno ni grande, ni feliz si no se respeta la ley de leyes y la voz del pueblo en su máxima expresión como es un referéndum.

Al tiempo de escribir estas líneas es imposible saber lo que decidirán, pero será claro lo que decidan en el transcurso del tiempo.

Volviendo a Juan y su querida Concepción y su paso por la Asociación de Ganaderos, obviamente todo quedó en cero. Los proyectos de una cabaña de reproductores, de un hotel turístico en la represa y de la fábrica de alimentos balanceados quedaron en nada. El matadero que había sido reparado por el directorio de Juan se cerró y hoy los comercializadores de carne faenan donde quieren y sin ningún control de sanidad ni de marca fomentándose el abigeato o por lo menos dejándole una puerta abierta al no haber control alguno.

----- o -----

Época hermosa, bohemia y fascinante para la juventud cruceña que desbordaba

de expresiones artísticas con nacientes conjuntos electrónicos como Los Vándalos y Los Dalton's. Este último estaba integrado por los hermanos Rivero, Mario Vincenti y Lucho Morales. Después se integraron Osvaldo y Chichi Vincenti y Eduardo Santa Cruz. Los Vándalos estaba integrado por "Choco" Canelas, Emilio Stroebel, Miguel Cuéllar y Angelo Di Blasi originalmente. Luego fueron cambiando algunos integrantes en uno y otro grupo.

Los llamados "dancing" en el famoso local conocido como La Pascana o El Trieste, que eran vecinos frente a la plaza principal "24 de Septiembre" eran el gran junte de jóvenes ansiosos de diversión. Mujeres bellas que estrenaban su adolescencia o iniciaban su juventud y varones audaces dicharacheros y alegres conformaban la juventud del "centro" de la insurgente capital cruceña.

Más hacia afuera, entre el primer y segundo anillo que circundaban la ciudad –y aún hoy lo hacen– y algunos barrios que tímidamente crecían con el arribo de migrantes provincianos, eran el escenario de los jóvenes pertenecientes a familias más extensas y populares.

Aún no existían las ciudadelas inmensas de hoy con centenares de miles de habitantes como la Pampa de la Isla

El pueblo era relativamente pequeño, tanto así que sobre el primer anillo que hoy es el pleno centro de Santa Cruz con las avenidas Cañoto, Irala, Viedma y

Uruguay cerrando el primer círculo ciudadano, vivía el 80% de la población. Hoy en día hasta el cuarto anillo solo vive el 4% por ciento de los habitantes de la ciudad que se dice alcanza una población de 2 millones de habitantes.

Los bailes populares llamados “buris” que algunos mencionan sofisticadamente como relativo a la mitología nórdica, en realidad parece proceder de una voz guaranítica relativa a reunión festiva o alegre, eran y aún son aunque en otra modalidad, las fiestas de los grupos más alegres y divertidos, bohemios y coquetones del pueblo.

Uno o varios “padrinos” de estos grupos de comparsa y más tarde fraternos en instituciones creadas al efecto, organizaban la fiesta y, en su caso, pedían cuota a los demás fiesteros. Una matrona principal convocaba las mozas del barrio, recibía las cuotas para hacer la comida y comprar los traguitos y la cerveza si alcanzaba y tronaba la banda hasta el amanecer desde las ocho de la noche.

Los buris eran una especie de calendario de fin de semana y mensual hasta que llegaba la gran fiesta de los cruceños: ¡el carnaval!, del cual hablaremos más adelante.

Entre los buriseros de las últimas décadas del siglo veinte, fueron famosos los Cambas Vagos y antes que ellos un grupo de viejos hermosos que crearon la comparsa “La Blandona”, ni qué decir en su buena época de los Holgazanes y

Los Cunumis y los Viejos Chivatos con el doctor Oscar Callaú y su pariente el famoso carpintero de la calle Ballivián, don Tomás Callaú, que le decían “Sábado sin falta”, hombre corpulento y de gran estatura, tenía una simpatía y chispa a flor de labios...

Su apodo obedecía a que cuando algún cliente le reclamaba por la entrega de muebles que le había encargado y que se tardaba más de lo debido en entregar como todo carpintero por estos lares, él muy suelto de cuerpo le respondía “se los entrego el sábado sin falta...”. Claro que no decía cual sábado y podían pasar otras dos o tres semanas y no había tal entrega.

En uno de esos jugosos y alegres días de carnaval y de buris previos en los barrios, los Chivatos se juntaron en una casa de un socio por el zoológico de la ciudad. Tronaba la banda y nadie se animaba a bailar porque, además, solo hacía unos minutos que circulaban las charolas con vasos de espumante cerveza y los “galanes” aún no estaban tan audaces ni “entradores”,

En un momento de aquellos, don Daniel Castro, otro personaje simpático de la época y de la comparsa, le enseñó a una rubia de cuerpo generoso que circulaba por el salón de baile y que le decían “La Choca” Chávez que vaya donde don Tomás Callaú que estaba sentado en el otro extremo de la sala y le pregunte si era a él a quien le decían “sábado sin falta.”

Dicho y hecho, la rubia se acercó a don Tomás y le preguntó: verdad que a usted le dicen sábado sin falta. Y ¿por qué...?

Sin pensar un segundo don Tomás le respondió,...”Si usted es la Choca Chávez yo no lo Che”, despertando una carcajada general en el ambiente festivo.

Así transcurrían las reuniones de comparseros en Santa Cruz, risas, chispa, buen humor, camaradería, buenos y abundantes tragos y muy buena comida. “Primero comen las damas” decían los varones y luego ellos pasaban a servirse.

Personaje especial de ese grupo era también el profesor conocido como AEPG o don Alejandro Eulogio Parada Guzmán que escribía ensayos, poemas y literatura diversa. Entre ellas una pequeña obra de proverbios populares como los siguientes: “Solo el cucharón sabe lo que hay dentro de la olla” o “Más vale casarse con una mujer joven, bonita y rica que con una vieja pobre y fea...”.

Hombre con mucha descendencia. Hijos muy apreciados en el medio. No perdía cumpleaños de sus vástagos. En una de esas ocasiones, pidió a Juan, a quien apreciaba por su trabajo periodístico, que se sentara a su lado. Luego de conversar de todo, observó que el cumpleañosero brindaba en una y otra mesa con sus invitados, como sucede con los dueños del onomástico que todos quieren beber con él.

AEPG lo llamó y le dijo: ..”hijo no beba mucho, mire que don (fulano de tal) por beber mucho, dos de sus hijos no son de él...”, desatando por cierto las carcajadas de los asistentes ante tan singular sentido del humor para aconsejar al cumpleañosero que no beba más de la cuenta.

Las fiestas o buris eran en el barrio “El Pary” donde combatió Warnes en la Guerra por la Independencia en 1816. Era un barrio popular de calles arenosas y después de 150 años se poblaron de losetas octogonales de cemento fabricadas por la Corporación de Desarrollo a instancias y gestiones de Rolando Aguilera Parejas, un audaz ingeniero civil que fue presidente de la entidad, ministro de Obras Públicas y hombre progresista para su época que falleció antes de tiempo aquejado por una enfermedad terminal.

Pero además de ese barrio, estaban el barrio “Lazareto” por el cementerio general, el barrial de “los huesos”, hoy avenida Suárez Arana entre primer y segundo anillo, “La Codiciada” por el mercado “Los Pozos” y los famosos tambos “Cosmini”, “Comercio”, “Muchirí” y otros que escapan a la memoria del autor.

En todos esos barrios, además de los céntricos barrios “San Roque”, “La Capilla”, “La Merced”, “San Francisco” y “San Andrés” que hacían referencia a las zonas donde estaban capillas del mismo nombre, habían jóvenes y adultos que “buriseaban “los sábados y al día siguiente domingo iban sagradamente a la



misa matutina a comulgar –o sea a confesarse con el cura primero y tomar la ostia después– para estar en gracia de Dios.

Los domingos había misa vespertina en la iglesia catedral donde acudían las señoras con sus hijos y algunos maridos a rezar con devoción. Luego salían a la plaza a pasear por la última acera y mostrar sus encantos los jóvenes de ambos sexos, mientras los padres sentados en los asientos del lugar, comentaban los hechos económicos y políticos de la semana o las alternativas del clima que siempre fueron importantes en Santa Cruz por ser zona eminentemente agrícola y ganadera y más tarde agroindustrial.

En los corredores interiores y el centro de la plaza se ubicaban la servidumbre de los placeres principales, los curiosos y uno que otro turista, sobre todo “colla” que llegaba del interior.

Algunos alcaldes con más iniciativa que otros, ubicaban los jueves una banda de música normalmente de la Policía y a veces de la Fuerza Aérea que ofrecían una retreta a los circunstantes de la plaza de armas 24 de Septiembre –así se llama nuestra plaza principal– , lo que daba un ambiente de alegría al centro de la ciudad.

Pero la plaza principal y el centro de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra no eran siempre un escenario de alegría y festividad. También allí hubieron hechos

políticos graves, momentos difíciles que dieron lugar a sucesos que marcaron a la ciudadanía y establecieron hitos de la historia de un pueblo noble, pacífico pero, al mismo tiempo, rebelde en defensa de sus aspiraciones de libertad.

De hecho Santa Cruz fue y es un pueblo amante incondicional de la libertad desde sus orígenes. Pero ¿con quién está reñida la libertad?, siempre está reñida con la opresión y esta deviene de un hecho injusto de una persona o un grupo contra otra persona u otros grupos.

Así, fueron opresores los españoles contra los nativos y los criollos y devino la Guerra de la Independencia en procura de la libertad ansiada. Y más tarde en la historia de nuestro pueblo vino la opresión de los dictadores y de las castas sociales y políticas, siempre apoyados por los militares que originados en la lucha por la Independencia, habrían de institucionalizarse luego y tomaron partido por los opresores casi siempre después de los libertadores Bolívar y Sucre, y los Murillo y antes los guerreros de la Independencia como el “colorao” Mercado y Cañoto, además de muchos otros.

Sí, nuestra historia es la historia de los opresores y los detentadores del poder político y económico en detrimento de las mayorías. Y dentro de ese cuadro de opresión, hubo y aún existe otro: la opresión de las regiones altas, altiplanos y valles, contra los pobladores y hombres y mujeres de los llanos que históricamente fueron marginados por el poder central que usaron y mal

utilizaron a su antojo las riquezas de Bolivia en su favor durante 130 años.

Por si fuera poco, luego de esos 130 años y en vista que pese al olvido a que fueron sometidos los llaneros de Bolivia lograron surgir, crear riqueza y desarrollarse hasta convertirse en la región más próspera del país, estos opresores de las tierras altas en forma de políticos y militares avezados y casi siempre unidos entre sí, han venido avasallando, ahogando y maltratando a los habitantes de Santa Cruz, Beni y Pando y parte de Tarija y Chuquisaca cual si fueran bolivianos de segunda y tercera clase.

Sería injusto no mencionar dos elementos: Uno, que este desarrollo se logró con el concurso de muchos bolivianos que vinieron desde las alturas a sumarse al esfuerzo de los orientales. Y dos, que, obligados por las circunstancias políticas y económicas, algunos gobiernos invirtieron recursos en ese desarrollo inicial en forma de carreteras, sobre todo, como es el caso de los gobiernos iniciales del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Pero que la trama existió y existe es una absoluta verdad. Y lamentablemente, esa verdad está formada por acciones de gobiernos tanto de derecha, como de izquierda o centristas. Tanto civiles como militares. Es una especie de CULTURA DE LA NEGACION a la realidad cruceña y oriental en general por los que siempre tuvieron el poder y miraron al Océano Pacífico, olvidando que la patria nueva asciende por el Este, mirando al Atlántico porque así lo determina

la historia y no necesariamente la voluntad de los cruceños y los orientales.

Desde las épocas del Gran Cabildo del pueblo que originó el alzamiento del 24 de Septiembre de 1.810 y que culminaría luego de los alzamientos de otros pueblos en la constitución de la República de Bolivia luego de quince años de lucha contra los invasores españoles, la plaza de armas cruceña fue escenario de varios movimientos sociales y políticos positivos y negativos para la ciudadanía y para el futuro del pueblo cruceño.

A esa misma plaza llegaron “invasores” llegados de provincias cochabambinas en la década de los 50 en pleno gobierno del MNR. Eran milicianos campesinos que fueron enviados para acallar, asesinar y escarmentar al pueblo que pedía regalías del 11% por la explotación del petróleo que se extraía de suelo cruceño.

Cincuenta años más tarde, esa lucha del pueblo cruceño con el sacrificio de vidas de varios de sus hijos, dio frutos para todos los departamentos productores y no productores de petróleo y gas, pues los gobiernos tuvieron que pagar las regalías que la ley de 1.938 dictada durante el gobierno de Busch, establecía.

De Santa Cruz nació también la política y la lucha por la autonomía en cuanto mecanismo administrativo de distribución de recursos del Estado en forma equitativa para los distintos pueblos y comunidades de Bolivia y forma de administración independiente en cuanto salud, educación y otros campos. Esta

lucha aún continúa pero es ya una lucha de todos los departamentos que se percataron que el centralismo estatal es un perjuicio y causa del atraso y la pobreza en que se desenvuelve la Nación boliviana.

La plaza de armas fue y seguirá siendo la caja de resonancia de los movimientos sociales y políticos de cada época.

-----o-----

El exilio en Buenos Aires en los años 70 del siglo veinte era duro pero el grupo de Juan estaba integrado por jóvenes en su mayoría y por lo tanto idealistas. Se sentían fuertes y como todo exiliado su sueño era volver victoriosos a su patria anhelada para imponer justicia, restablecer la democracia y devolverle al pueblo su libertad.

Sin embargo, la Argentina de los años 70 era difícil. Los gobiernos militares eran francamente represivos y no tenían miramientos de ninguna clase con su propia gente y era peor aún con los extranjeros. Juan vio inicialmente impedido su deseo de ingresar a trabajar en algún medio de comunicación por su condición de exiliado político. De manera que, al igual que otros periodistas que llegaron con él a Buenos Aires, tuvieron que buscar otros trabajos para poder comer.

Uno de esos trabajos era de guía de algunos comerciantes que en esa época iban

a Buenos Aires a traer ropa de vestir a Bolivia. Llegaban a los hoteles algunos por primera vez y no sabían cómo moverse en la inmensa urbe. Los grandes talleres y tiendas de ropa estaban en el Gran Buenos Aires. O sea fuera de Capital Federal. Para entonces, ya Juan y sus amigos se movían como peces en el agua en los trenes subterráneos.

Hoy 40 años más tarde ese sigue siendo uno de los oficios de los exiliados de esta época, pues lamentablemente, aunque con otras características y en momento histórico distinto, siguen habiendo exiliados políticos de Bolivia y de varios países latinoamericanos e incluso de Europa y otros continentes sin contar aún el tremendo drama de los refugiados del Medio Oriente y otras regiones como resultado de guerras fratricidas e injustas digitadas por los imperialistas de distinto signo ideológico.

El trabajo de Juan en la Capital Federal era guiarlos a las grandes fábricas de ropa en los suburbios bonaerenses, otras veces en las grandes tiendas del barrio Once. Luego de trajinar todo el día, cansados y hambrientos comerciantes y guía recalaban en los hotelitos de Avenida de Mayo y luego de un buen baño salían a buscar la rica comida bonaerense, claro que el padrino era el comerciante.

Salían de un restaurante cerca de Avenida Mayo Juan y su amigo comerciante, luego de comer una rica paella elaborada por cocineros españoles, la gente caminaba a tranco rápido como en todas las calles céntricas de la gran metrópoli.

Cuando de pronto se rompió la normalidad...

Un auto Ford Falcon llegó a toda velocidad y frenó bruscamente a escasos metros de Juan y su amigo, quienes no pudieron evitar sobresaltarse. Del auto salieron dos hombres armados y se abalanzaron agresivamente hacia la acera. Pero el blanco no era Juan esta vez, sino un joven argentino de unos veinte años que caminaba casi a la par de ellos, con una mochila al hombro...

El muchacho quiso correr pero fue imposible. Uno de los hombres lo atrapó, le dobló el brazo izquierdo hacia atrás inmovilizándolo mientras el otro le apuntaba con una pistola a la cabeza. Lo arrastraron luego hacia el auto, lo introdujeron en su interior y el tercer hombre que estaba al volante arrancó velozmente sin dar lugar a ninguna reacción de nadie, menos aún de la víctima.

Estas escenas se repetían a diario en las distintas calles de Buenos Aires y a cualquier hora. En muchos casos, cuando no había testigos, los jóvenes eran asesinados a tiros en plena calle y sus cuerpos eran arrojados horas más tarde en los suburbios. Uno de los lugares preferidos de los represores eran los campos, baldíos en esa época, del aeropuerto de Ezeiza. Allí, como veremos más adelante, llevaron y asesinaron con treinta tiros a Silvio Frondizi y muchas personas más y anónimos que fueron víctimas de la dictadura militar argentina.

En el caso de las víctimas del sexo femenino el crimen era doble y hasta triple,

pues luego de detener a las jovencitas militantes de partidos de izquierda o de la guerrilla o simplemente parejas de los militantes varones, eran primero violadas, luego las torturaban insertándoles cables con electricidad a sus partes íntimas y finalmente las asesinaban.

En los casos de algunas jóvenes que eran madres de niños pequeños o bebés a poco de haber nacido, eran despojadas de sus hijos a los cuales los entregaban a familias de militares o de sus parientes como es de conocimiento público internacionalmente y denunciado por distintas agrupaciones como “Las Abuelas de Plaza de Mayo”.

Hace pocos años luego de intensas e innumerables gestiones con una persistencia increíble ante los gobiernos ya democráticos en Argentina, se pudo lograr primero la sentencia de los militares dictadores que fueron, algunos, a dar con sus huesos a la cárcel y, luego, se fueron encontrando paulatinamente a los entonces bebés desaparecidos, hoy jóvenes hombres y mujeres, que en forma dramática y emotiva fueron juntados con sus verdaderos y legítimos familiares de sangre y origen.

En Bolivia seguimos esperando varias acciones y medidas de los gobiernos de turno respecto al resarcimiento de los daños en tiempo y espacio sufridos por los exiliados políticos de distintas épocas y, sobre todo, la desclasificación de los archivos de la dictadura para conocer en algunos casos el lugar donde han sido



enterrados los restos de sus víctimas, entre ellos los de Marcelo Quiroga Santa Cruz, líder del Partido Socialista asesinado por mercenarios del régimen imperante, en las instalaciones de la Central Obrera Boliviana durante el golpe del general Luis García Meza en 1980. Pero también de muchos más que fueron asesinados durante los golpes de Estado de 1964 y 1971 y los sucesivos cambios de gobierno tan comunes y frecuentes en nuestro país.

No se puede ni se debe olvidar a las víctimas contadas por centenares del golpe fallido del general Natusch Busch en 1978 en simultáneo nada menos que con una asamblea general de la Organización de Estados Americanos (OEA) que se realizaba en la Paz y el casi reciente caso de las víctimas caídas durante los enfrentamientos entre los grupos sociales y sindicales alzados contra el régimen de Sánchez de Lozada y efectivos de las fuerzas armadas a los que se les dio la orden de disparar contra los civiles rebelados contra el régimen en el 2003.

Estos sucesos aún no han sido debidamente investigados para establecer responsabilidades de uno y otro lado con verdadera y auténtica transparencia y, en este último caso aunque se emitieron sentencias contra algunos ministros del gobierno saliente y se intenta enjuiciar al depuesto presidente hoy refugiado en Estados Unidos de Norteamérica, hay varios visibles responsables de los hechos que están libres y sin proceso alguno.

De un lado, los depuestos a la cabeza de Sánchez de Lozada acusan a los

actuales detentadores del poder político de haber derribado y defenestrado el orden democrático imperante entonces en franco alzamiento armado penado por ley. Del otro lado, el Movimiento al Socialismo encabezado por Evo Morales, acusa de genocidio al jefe del Movimiento nacionalista Revolucionario y pide su extradición para juzgarlo en Bolivia.

También lo acusan de haber enajenado los recursos naturales y haber vendido a precio de “gallina muerta” las grandes empresas del Estado que ahora han sido recuperadas por su gobierno. El de Evo Morales por cierto.

En fin que hasta ahora en esta especie de culebrón político que, sin embargo, es la triste historia de la llamada Bolivia Mágica por su naturaleza, sus riquezas, su cultura y su

Indesmentible carácter exótico, el único juicio político iniciado y concluido por la justicia boliviana a través de la Corte Suprema de Justicia hoy Tribunal Supremo de Justicia, fue el que sentenció al general Luis García Meza a 30 años de prisión, condena que cumple desde el 15 de Marzo de 1995 luego de haber sido extraditado del Brasil.

De hecho una seria tarea pendiente de los bolivianos es revolucionar su Justicia, trastocando todo el sistema imperante que deja mucho que desear por falta de independencia de los otros poderes como el Ejecutivo y el Legislativo y por estar tremendamente dañada por el fenómeno de la corrupción de jueces, fiscales y

hasta dependientes menores de la estructura judicial.

-----o-----

“¡Mierda que judío maldito para fumar!, decíte vos que se paseaba por el pasillo de la clínica con su pipa como si fuera una chimenea. No puej hasta que le dije: oiga señor deje puej de fumar aquí yo estoy enfermo de los pulmones”.

Era el relato de mi amigo y fraterno Juan Abuawad cuando fui a visitarlo a la clínica del prestigioso médico y empresario Alfredo Romero Dávalos. Fuimos con otro buen amigo, Carlitos Ortíz Mercado ya desaparecido. Juanito, como le decimos en la fraternidad padecía el inicio de un enfisema pulmonar que finalmente superó con creces y hoy vuela con alas propias en el mundo de los negocios que tanto le gusta.

En esa clínica estaba internado con orden judicial el empresario norteamericano Jacobo Ostreicher, a la sazón importante miembro de la colonia judía de los Estados Unidos.

Su caso traspasó nuestras fronteras y puso en la picota del escarnio a la justicia boliviana delatando el fenómeno de la corrupción de jueces, fiscales, abogados y funcionarios del ramo judicial.

Ostreicher había ingresado a Bolivia en el 2008, vino con buenos dólares a

invertir en agricultura y ganadería alentado por un discurso del presidente Evo Morales en el cual el mandatario invitaba a empresarios extranjeros a invertir en Bolivia garantizándoles sus inversiones y prometiéndoles seguridad jurídica.

El judío norteamericano habría de arrepentirse para siempre de su decisión de ir a Bolivia junto a un socio, el abogado André Zolty que trabajaba en Ginebra con una colombiana que era su asistente. En el país sudamericano, según su versión, perdió veintisiete millones de dólares invertidos en compra de tierras, maquinarias y ganado; soportó casi dos años de cárcel y estuvo a punto de morir por diversas enfermedades.

André tenemos problemas con Liliana, las sumas no cuadran y ella viaja mucho dentro y fuera de Bolivia al parecer con otros intereses y socios, comentó Jacob a su socio. Y qué sugieres que hagamos, replicó André, que había tenido como secretaria a la colombiana y confiaba en ella.

Ostreicher terminó demandando a la mujer ante la justicia boliviana porque dijo haber confirmado que los estaba engañando luego, además, de involucrarse sentimentalmente con un narcotraficante.

Con esa demanda empezó la tragedia de Jacob Ostreicher. En esos memoriales el hombre destapó que estaban en juego muchos millones de dólares y abogados, jueces y fiscales abrieron los ojos desorbitadamente como cuando alguien se

asusta ante un fantasma: He aquí la gran posibilidad de ganar buen dinero , comentaron alborozados y se lanzaron a la tarea de despojar de sus bienes al infortunado inmigrante que, pese a la fama que tienen los judíos de ser excelentes negociantes, se equivocó tremendamente al no investigar primero cuales eran las reales condiciones jurídicas y políticas para invertir en Bolivia.

El hombre se asomó a la ventana del avión y observó asombrado los cerros nevados a pocos minutos de aterrizar en uno de los aeropuertos más altos del mundo. El capitán de la nave que sabía que lo llevaba a bordo, se apresuró a relatar que se trataba del famoso cerro “Illimani” llamado el centinela de la ciudad de La Paz.

El famoso actor norteamericano de origen judío Sean Penn que meses más tarde decidiría ir al rescate de su amigo judío Jacob Ostreicher, en esta ocasión llegaba invitado por el presidente Evo Morales a conocer Bolivia y hablar del caso Haití.

Luego todo sería vertiginoso casis como un romance. En ese año de 2012 el actor norteamericano estuvo tres veces en Bolivia.

Jugó futbol con Evo Morales, fue declarado embajador de buena voluntad de Bolivia para la causa marítima, recibió un poncho típico de los campesinos del altiplano boliviano como regalo del presidente indígena y finalmente habría de convertirse en su gran amigo, igual que lo fue del presidente venezolano.

Sin embargo, el romance concluyó abruptamente cuando Penn tomó parte activa y protagónica como si se tratara de una nueva película de Hollywood en la fuga de su amigo Jacob Ostreicher de Bolivia en el 2013.

El actor había logrado en entrevista con Morales que su compatriota salga de la cárcel de Palmasola y sea llevado a la clínica INCOR donde se mantuvo varias semanas. Viajó varias veces a La Paz con supuestos trámites judiciales, pero lo cierto es que se estaba preparando una fuga que, a mi criterio, estaba concertada con palacio de gobierno en las reuniones Penn– Morales.

El presidente boliviano supo que había una red de extorsionadores en torno a este caso y que estaba integrada nada menos que por funcionarios del Ministerio de Gobierno. Dio órdenes de encarcelar a “todo el mundo” que esté implicado, incluidos jueces y fiscales, pero él sabía que no iba a ser fácil terminar con semejante enredo y que la Justicia determine la inocencia del judío norteamericano.

Entretanto Sean Penn lo presionaba por una solución y cuando no obtuvo resultados positivos en el corto plazo decidió presionar de otra forma. Morales lo había declarado embajador de buena voluntad de Bolivia en la causa marítima y por la defensa de la hoja de coca para masticar como elemento cultural del altiplano y toda Bolivia. Eso fue en octubre de 2012.

Pero su acercamiento a Bolivia y a Morales en realidad tenía el propósito de liberar a su compatriota Ostreicher. Cuando se percató de que su gestión no funcionaba, ya en Mayo de 2013, o sea siete meses más tarde de haber sido designado embajador de buena voluntad de Bolivia, decidió atacar al gobierno de su amigo y al mismo Morales que siempre fue un decidido impulsador de que el Dakar pase por territorio boliviano.

Se acercó al congreso norteamericano y le pidió que interceda ante los organizadores del Dakar para que condicionen la participación de Bolivia en ese evento automovilístico mundial a la liberación de Ostreicher.

Eso no era posible aparentemente por la autonomía de acción de los organizadores del famoso Dakar pero sirvió para demostrarle a su amigo Evo que primero estaban los intereses de Aleph, la organización que rescata judíos de sus encierros o prisiones en el mundo entero y a la cual pertenece Penn como uno de sus principales activistas, que su relación y representación boliviana.

Pero además se dijo que fue una operación por gentes profesionales en la materia que “saben de este tipo de operaciones”. Sin embargo, es presumible que haya sido ayudado por agentes policiales bolivianos, pues de lo contrario era difícil que ingresen al país, los tales expertos, lo saquen de Santa Cruz, lo lleven a La Paz, luego a Perú y de allí fácilmente en vuelo directo a Los Ángeles para recalar

por último en Nueva York como finalmente sucedió.

Pienso que gente boliviana se encargó de sacarlo del territorio boliviano y entregarlo en la frontera con Perú a sus rescatadores que hicieron el penúltimo tramo a Lima y finalmente a Los Ángeles.

Ir por tierra de la ciudad de la Paz a Yunguyo, frontera con Perú es fácil porque por allí transitan diariamente cientos de vehículos públicos y privados por ser zona turística que engloba un cruce del Lago Titicaca por Tiquina, el santuario de la Virgen de Copacabana y finalmente la frontera entre los dos países sudamericanos.

Sean Penn, si es que integró la misión, debió sentirse como en sus películas de acción y aventuras en las cuales es el salvador de gentes oprimidas por vándalos o por gobiernos despóticos.

-----0-----

Juan retrocedió mentalmente un lustro y evocó ese día del año de su bachillerato de humanidades cuando junto a tres compañeros recostados sobre el césped de una granja hogar de niños pobres visualizaron el futuro: Adalberto, que oficiaba como líder del grupo adjudicó roles a cada uno de ellos. Juan será –vaticinó emulando a un profeta– el líder carismático, el emblema, la figura pública, el



hombre de los discursos, “porque tiene condiciones para eso”, sentenció luego con su voz grave y su tono ceremonioso de siempre. Jorge – prosiguió “El chino” como le decían sus compañeros– será el organizador de los cuadros del partido “porque es un nato organizador y sabe mandar”. Wilfredo, y se dirigió al tercer compañero, será el encargado de las finanzas, el que administre los recursos del proceso revolucionario. Estaban por ingresar a la Universidad y todo eran sueños.

Estos jóvenes, junto a otros centenares de líderes de todo el país, habrían de protagonizar el movimiento histórico político más importante antes y durante el periodo de la dictadura militar en Bolivia que duró 18 años entre 1964 y 2002. Junto al movimiento obrero, universitarios y maestros, lograron recuperar la Democracia que hasta hoy se disfruta con luces y sombras en Bolivia.

En realidad la cuna política de esta generación fue la Iglesia Católica a través de la Juventud Estudiantil Católica Internacional que había nacido en los años veinte del siglo anterior como parte del Movimiento de Acción Católica, luego se interrumpió a raíz de la Segunda Mundial, reiniciando sus actividades en 1946 y ampliando sus estructuras a varios países de Europa, África y América Latina.

La JECI se proponía formar estudiantes para que sean protagonistas y agentes de cambio social en procura del bien común a través de situaciones de Justicia y Libertad allí donde vivan y se encuentren, siguiendo las huellas de Jesucristo. En

la JEC de Santa Cruz bajo la dirección del cura Francisco Amil, fueron formados muchos jóvenes de secundaria y universitarios bajo la doctrina del humanismo integral del filósofo francés Jacques Maritain.

Maritain, influenciado por Santo Tomás de Aquino y el propio Aristóteles, además de León Bloy y otros pensadores, fue uno de los padres de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, dictada en 1948 y fue un acérrimo y brillante defensor del ideal democrático ante las ideologías totalitarias dominantes antes y después de la Segunda Guerra Mundial.

Al amparo de esa doctrina nacieron los partidos social cristianos de América en los años 50 del siglo XX que, a su vez, fueron alimentados por las juventudes formadas en centros como la JEC y la Juventud Universitaria Católica JUC y cuya ideología expresaba una Tercera Posición frente al Capitalismo y al Comunismo imperantes en el mundo en esos momentos históricos. Este movimiento y su doctrina proclaman el respeto a la dignidad del ser humano, a su derecho de vivir en paz con justicia y libertad en una sociedad participativa donde prime el bien común.

Estos jóvenes social cristianos de Bolivia de formación humanista, evolucionaron a posiciones más progresistas formando finalmente el Movimiento de Izquierda Revolucionaria que llegó al poder finalmente en 1989 con Jaime Paz Zamora a la cabeza en alianza discutida y discutible con la ADN de Hugo Banzer y el MNR de Gonzalo Sánchez de Lozada. Algunos como

Adalberto, a la sazón gran amigo de Juan más allá de la militancia partidaria, recalaron en el Partido Comunista y en otras tiendas menores. Otros, los menos quedaron en la Democracia Cristiana Revolucionaria.

Esta generación posterior a la brillante generación de líderes del MNR en sus orígenes, estaba llamada a dirigir los destinos de una nueva Bolivia justa, moderna y libre, pero una mezcla de inexperiencia de sus líderes para superar las viejas taras de la politiquería criolla con la ambición económica de algunos de sus miembros, terminaron con la ilusión y el proyecto se vino abajo liquidando incluso la sigla de su partido.

Sin embargo, el gobierno de Paz Zamora 1989– 1993 será recordado como el más principista e impulsor del movimiento indígena, de las relaciones internacionales y del reencuentro nacional. Fue, sin duda, el menos represivo de la historia reciente de Bolivia siendo el diálogo su principal instrumento de trabajo con las bases y los movimientos sociales.

Mucha gente, incluso de la llamada mayoría silenciosa que ahora ya no merece ese calificativo porque se expresa a través de las redes sociales, lamentó la desaparición del MIR porque significaba la posibilidad de un cambio generacional frente al tradicional “movimientismo” –entiéndase como derivación de MNR– y frente a la derecha que se había expresado a través del liderazgo del reciclado general Hugo Banzer, que incluso llegó a ganar las

elecciones generales de 1985 ante el fracaso sobre todo económico de la Unidad Democrática Popular de Hernán Siles Suazo.

El MIR era, además, el único partido con representación nacional, además del MNR, que había nacido con una doctrina, la Social Cristiana, y una ideología forjada al fragor de la lucha política y que finalmente aterrizó en la Social Democracia.

Tuvo y tiene sus mártires como sucede con todo gran movimiento histórico. Un grupo de jóvenes en los albores del movimiento, el año 1969 se unió a la llamada guerrilla de Teoponte y murió por sus ideales de Justicia y Libertad. Entre ellos Néstor Paz Zamora, hermano de Jaime y Antonio “Toño” Figueroa, a la sazón gran amigo y compañero de Juan en la lucha universitaria cuando este último fue presidente de la Organización Nacional de Universitarios Demócratas Cristianos ONUDC.

Otro grupo valioso de dirigentes fue asesinado en La Paz en la denominada masacre de la calle Harrington en la época militar que sigue mereciendo homenajes hasta hoy. De ambos grupos quedaron sobrevivientes. Del grupo guerrillero, sobrevivió “Chato” Peredo del Partido Comunista que ahora milita en el Movimiento al Socialismo de Evo Morales y de la masacre en La Paz sobrevivió Gloria Ardaya, una excelente líder de las mujeres revolucionarias de la época, quien dio más tarde los testimonio del lamentable hecho criminal.

Ya en la época democrática el MIR aportó gente muy valiosa al ejercicio de la política, entre ellos el propio Jaime Paz, auténtico luchador por la democracia, Hormando Vaca Díez, excelente presidente del Senado , Norah Soruco, una presidenta de la Cámara de Diputados que muchos añoran sobre todo comparándola con los actuales legisladores.

Samuel Doria Medina que luego fundó su propio partido al extinguirse el MIR. Guido Añez Moscoso y Hugo Carvajal Donoso, entre otros.

A esa lista pueden agregarse a

Susana Seleme, socióloga y periodista de fuste, Morgan López, Ericka Brockman, Mabel Cruz, Juan José y Jorge Tórrez, y Guido Rivero Frank, entre otros. En Santa Cruz, además de los nombrados destacaron Rolando Aróstegui que fue Prefecto del Departamento; Guillermo Capobianco, Oscar Eid, Bismarck Kreidler destacado líder universitario y gran periodista y muchos más.

También, por cierto, hubo dirigentes que se inclinaron por el dinero fácil y aprovecharon su paso por la administración pública para enriquecerse ilícitamente. Por suerte fueron pocos.

En los años 60 y 70 del siglo anterior, mundialmente los jóvenes habían decidido rechazar el orden establecido, los hippies se habían adueñado de las plazas y

parques de todas las ciudades, Los Beatles desde Inglaterra conectaron a todos con su música que la cantaban y entonaban en todas partes. En América Latina sucedía lo propio con grupos como “Música en Libertad” o “La Joven Guardia” de Buenos Aires, Palito Ortega le cantaba al amor y a la amistad. “Los Ángeles Negros” irrumpieron desde Chile y en Bolivia “Los Grillos”, “Los Vándalos” Y “Los Dalton’s” enloquecían a la juventud.

A la par de ese movimiento juvenil mundial, sobre todo en América Latina surgió la música protesta impulsada por compositores progresistas. Argentina fue un ícono de aquello con hombres y mujeres como Jorge Cafrune, Mercedes Sosa, César Isella, Horacio Guarany, Armando Tejada Gómez y muchos más que fueron declarados altamente peligrosos por el régimen militar y obligados a emigrar del país en algunos casos y asesinados en otros como el caso de Cafrune. Juan fue el único boliviano incluido en esa lista.

Un poco más de 40 años más tarde, por supuesto ya en plena democracia y con varios dictadores de esa época en prisión, se obligó a los militares de algunos países como Argentina, a desclasificar sus archivos de los ministerios de Defensa y de Gobierno para conocer detalles de los planes de represión y sobre todo las listas de las víctimas de las dictaduras militares antes, durante y después del famoso Plan Cóndor.

Como consecuencia de ello se dieron a conocer las listas de periodistas, artistas,

escritores y personalidades incluidas en una llamada “lista negra” de personas “altamente peligrosas”. Obviamente peligrosas para los dictadores y sus esbirros que asolaron y destruyeron naciones, personas e instituciones durante décadas en los países latinoamericanos.

El 7 de noviembre de 2015 el diario “Excélsior” de México reproduce una publicación de la agencia EFE bajo el título “Revelan nombres en listas negras de la dictadura argentina” que textualmente dice:

Buenos Aires, 7 de noviembre. – El escritor y periodista uruguayo Eduardo Galeano, además de los argentinos Julio Cortázar, Tomás Eloy Martínez, Osvaldo Bayer y David Viñas, fueron algunos de los artistas e intelectuales extranjeros que figuraron en las "listas negras" de la última dictadura argentina (1976– 1983), difundidas hoy por el Ministerio de Defensa. Todos ellos aparecían en "fórmula 4", que indicaba máxima peligrosidad.

Además del autor de *Las venas abiertas de América Latina*, los militares incluyeron a otros extranjeros, como el periodista uruguayo Andrés Alsina Brea, su colega boliviano Luis Soruco Barba y la brasileña Guiomar Schmidt, que aparece registrada como "directora de la revista Combate" en la lista de 1980.

Los servicios de inteligencia del régimen vetaron también a numerosos actores argentinos, como Norma Aleandro, Héctor Alterio, Luis Brandoni, Federico Luppi y Marilina Ross, entre muchos otros. La cantante Mercedes Sosa aparece también en los listados, junto a sus colegas Osvaldo Pugliese, Horacio Guarany

y Atahualpa Yupanqui, e incluso el pintor Antonio Berni quedó bajo la lupa de los uniformados. Entre los artistas e intelectuales que figuraron en las listas están el escritor Julio Cortázar, Leonardo Fabio y Juan Gelman.

Los marcados por el régimen vieron cerradas las puertas del mercado laboral, tanto en espacios públicos como privados, pese a que en una de las carpetas encontradas se señala que "corresponde aclarar que los medios privados de comunicación social no tienen ninguna limitación (de contratación) al respecto", informó el Ministerio de Defensa en un comunicado.

En Bolivia surgieron voces como la de “Benjo” Cruz, cuyo nombre real era Benjamín Inda Cordeiro y quien fuera asesinado por un militar en un sector de la selva del Beni durante la guerrilla de Teoponte en 1969. Benjamín era un gran cantante con influencia de autores y compositores argentinos como Tejada Gómez y otros. Cambió la guitarra por el fusil y se alistó en la guerrilla donde fue primero herido y luego ejecutado a sangre fría por un esbirro militar de apellido Espinoza

Por esos años, fines de los 60 e inicios de los 70, Luis Rico, sería otro gran exponente como cantante y compositor de música protesta y de disconformidad con gobiernos militares y también civiles que no le fueron afectos.

El fenómeno “hippie” expresó la protesta de la juventud mundial frente a las injusticias de las estructuras dominantes cuyo corolario era la Guerra Fría entre Oriente y Occidente protagonizada por la Unión Soviética comunista y los



Estados Unidos como pivote del Capitalismo, que se habían dividido el mundo en la Cumbre de Potsdam luego de vencer al nazismo en la Segunda Guerra Mundial.

Harry S. Truman por los Estados Unidos, José Stalin por la Unión Soviética y Winston Churchill por Inglaterra y los aliados europeos, fueron los firmantes del acuerdo que dividió al mundo iconizado por el muro de la vergüenza que separaba al pueblo alemán entre la Alemania Oriental y la Occidental, muro que fue derribado finalmente en 1.989 reunificando a ese gran país y de alguna manera a los países euroasiáticos aunque con posteriores consecuencias que aun hoy se manifiestan en guerras de independencia e invasiones de los poderosos como Rusia y Estados Unidos en la actualidad, sobre todo en el Oriente Medio.

Pese a no tener entonces el desarrollo tecnológico del Siglo Veintiuno en las comunicaciones –televisión, Internet, etc.– la conexión espiritual del idealismo y el avance doctrinario surgido luego de la segunda guerra mundial, hacía coincidir a los jóvenes del mundo. Mientras sociológicamente los jóvenes se unían con su música y sus conductas rebeldes, políticamente al influjo de la Cuba de Fidel y el apalancamiento de Rusia a los partidos comunistas de los países entonces llamados sub desarrollados, se trataba de expandir una ideología contraria al Capitalismo. El legendario Ernesto “Che” Guevara virtualmente defenestrado de la isla, intentaba ese mismo año de 1966, organizar una segunda Cuba en Bolivia con el conocido resultado final de su muerte y el fracaso de su

intento al año siguiente. Sin embargo, su ejemplo y sobre todo su idealismo de un mundo mejor prendió en las conciencias juveniles del mundo y se expandió como reguero de pólvora por todas partes.

En Bolivia acababa de cortarse de un tajo el proceso revolucionario que nació en las conciencias de los soldados bolivianos que fueron a la injusta Guerra del Chaco con su vecino Paraguay (1932– 12935).

En efecto, allí se juntaron jóvenes del Altiplano, los valles y los llanos. Del sur y del norte. Del este y del oeste de la República y fueron a defender el territorio de su patria avasallado por el ejército paraguayo.

Guerra injusta – ¿habrá guerra justa?– manejada por intereses extraños a Bolivia y Paraguay lo hicieron enfrentarse y generar más de cincuenta mil muertos. Allí se acunaron las doctrinas nacionalistas que prendieron en las conciencia de los miles de bolivianos que pudieron retornar a sus hogares y de allí nacieron los partidos Movimiento Nacionalista Revolucionario, Falange Socialista Boliviana y otros menores de tendencia marxista como el Partido Obrero Revolucionario de tendencia “trotskista”, opuestos a los tradicionales partidos liberales y conservadores que casi siempre hasta los años 50 ostentaron y detentaron el poder político en Bolivia.

Los nacionalistas revolucionarios llegaron al poder por el voto y luego por las armas al pretender los conservadores y las fuerzas armadas reaccionarias

arrebatárles el gobierno ganado en las urnas en 1951. Tomaron tres grandes medidas: nacionalizaron las minas de estaño, oro, cobre, etcétera; decretaron el voto universal que hasta entonces era restringido solo a los que sabían leer y escribir y a los hombres –el 50 por ciento de la población era analfabeta– y decretaron una Reforma Agraria para dotarle tierras a los campesinos.

Las mujeres habían votado en los años cuarenta pero solo en elecciones municipales. El voto universal les otorgó ese derecho el 21 de julio de 1952.

Fue una auténtica revolución tanto desde sus orígenes en la Guerra del Chaco, como en su desarrollo hasta que los intereses de la naciente burguesía y el imperialismo norteamericanos dieron por tierra con el proceso revolucionario en 1.964 con la caída del gobierno del MNR y de su jefe Víctor Paz que pretendía ser presidente por tercera vez, pretensión que aparte de fallarle, sería la causa del inicio del fin del proceso de cambio en ese momento histórico de Bolivia.

Mientras Norteamérica veía un peligro en la Revolución Boliviana y la fue boicoteando económicamente y de forma política a través de sus embajadores y de intervencionismo interno, Fidel Castro y Ernesto Guevara que protagonizaban su propia revolución desde 1.959, o sea después de la boliviana en Cuba, veían a Bolivia como la posibilidad de una gran sucursal sudamericana de su movimiento de cambio y un refuerzo frente a su lucha frontal para entonces con Estados Unidos luego de la crisis de los misiles de Octubre de 1962.

En dicha crisis recordaremos que EE UU descubrió misiles soviéticos de alcance medio R-12 y R-14 en territorio cubano y estuvo a punto de desatarse una guerra nuclear, hasta que el mismo octubre de 1962, 13 días después de ser descubiertos, los misiles fueron desactivados y devueltos a la Unión Soviética.

Probablemente por lo mencionado antes, respecto a la situación en Bolivia con una revolución en crisis y el advenimiento del poder militar primero disfrazado de democracia y más tarde abiertamente como dictadura, Fidel y Guevara decidieron probar con la insurgencia guerrillera en Bolivia que terminó en total fracaso.

Los cubanos leyeron mal la realidad boliviana. No se percataron nunca, ni siquiera ahora cerca del 2020, que los campesinos bolivianos habían sido ya dotados de tierra en 1952 y se consideraban propietarios aún más no sea de pequeños latifundios pero eran y son dueños de sus tierras.

Hoy en día con las famosas concesiones denominadas territorios indígenas ancestrales o tierras comunitarias de origen, los campesinos tienen tierras hasta excesivamente para sus posibilidades productivas y tan solo las utilizan para explotar la madera inclusive la mayor parte en beneficio de productores madereros no indígenas que les pagan poco por dicha riqueza forestales.

Los esfuerzos del gobierno de Morales por estimular la actividad productiva ganadera o agrícola entre los originarios y los campesinos ha ido de fracaso en fracaso por la escasa vocación productiva de estos y por la mala política gubernamental que, por ejemplo, les provee de vaquillas de raza pero sin toro y, además, al no tener pastos cultivados para el forraje en una proporción razonable como ser una hectárea de pastos para dos animales vacunos, los animales terminan muriendo de hambre o son faenados por los campesinos para su propio consumo.

En otras palabras, la ganadería extensiva requiere inversión en pasturas, genética, alambradas, sal y otros insumos además de vacunas y los campesinos no tienen recursos para ello. Solo disponen de la tierra sin desmontar y por eso optan por vender la madera y abandonar los campos.

Acaso la única manera de incentivar la producción agrícola y ganadera en este sector, pudiera ser mediante cooperativas de productores que aúnen esfuerzos para obtener créditos y facilidades.

Tampoco ha funcionado la dotación de tractores pues en un primer intento, la corrupción de los funcionarios públicos y hasta ministros, determinaron negociados con dicha maquinaria y otros terminaron dañados definitivamente.

Pero volviendo al tema político de la Revolución Fracasada en 1964, allí empezó

el periodo militar que duró 18 años hasta 1982 cuando retornó la democracia luego de una larga, dura y cruenta lucha del pueblo boliviano representado por sus obreros, estudiantes, profesionales y algunos militares progresistas.

Entre ellos estuvo Juan como luchador, como líder sindical y político, como periodista y como exiliado político junto a otros grandes luchadores que nunca fueron reconocidos por los gobernantes que luego y hasta hoy usufructúan del poder en democracia.

-----0-----

Juan conoció la Alemania dividida once años antes del derrumbe del muro. Invitado por el Gobierno Federal a través de Inter Naciones, una institución de enlace entre ese país y estructuras de Cultura y Comunicaciones del mundo entero, visitó junto a un periodista chileno, durante once días, distintas ciudades alemanas y el parlamento alemán.

Le impresionó sobremanera el orden imperante en las ciudades, la sobriedad de sus gentes, incluidos los altos ejecutivos de la prensa y la televisión, los políticos y empresarios.

Junto a su colega chileno, Juan visitó en 1978 primero Bonn, que aún entonces era la capital de la denominada Alemania Occidental desde la separación con la

parte Oriental bajo el dominio soviético.

Luego fueron a Colonia y más tarde a Berlín. El guía era nada menos que un cruceño alemán, Carlos Smith Vargas en una visita concertada a TRANSTEL, la agencia alemana de noticias más conocida como la Deutsche Welle. Carlos de extraordinaria calidad humana, ya tenía conocimiento de la visita de Juan y lo recibió calurosamente:

Luego de los saludos de estilo, le dijo Carlos a Juan: Te tengo una sorpresa ¿sí? Veamos de qué se trata. –Seguíme vamos a conocer nuestras instalaciones, tenemos por aquí algunos vericuetos. – Carlos se refería a las instalaciones de TRANSTEL donde, entre otras cosas, se elaboraba todo el material para América Latina y otros continentes como África y América del Norte.

Juan siguió a su ocasional amigo por unos largos pasillos, ascendieron primero y luego descendieron un piso por unas cortas escaleras. Carlos se adelantó un poco, abrió una pequeña puerta y dijo: Quiero presentarte a un amigo tuyo que quiere saber si lo recordás...”.

Juan llegó a la puerta y miró al interior donde había muchas editoras sistema U–Matic y algunas personas y de pronto a boca de jarro se topó con Carlos Peñaranda...nada menos que un compañero de escuela primaria y secundaria que había perdido de vista hacía muchos años. ¡Qué sorpresa!...los abrazos y

luego la historia.

Carlos fue uno de aquellos jóvenes que se apegaron a la iglesia católica, en este caso en la parroquia “Fátima” del barrio “El Pary” de Santa Cruz y que los curas apadrinaron para enviarlos a estudiar fuera de Bolivia.

Terminó de estudiar en Alemania y se especializó en técnica de ediciones profesionales nada menos que en TRANSTEL donde trabajaba en la sección América Latina junto a otro boliviano de una voz prodigiosa, Freddy Flores, que grababa casi todas las versiones de documentales y noticias de TRANSTEL en español para América Latina.

Casados con espléndidas mujeres alemanas, estos bolivianos eran de los primeros inmigrantes que salieron de Bolivia en busca de mejores condiciones de vida a Europa. Además, claro está de los que habían salido exiliados luego del golpe militar de 1971 que puso en el poder al entonces coronel de ejército Hugo Banzer Suárez.

La mayoría de estos últimos estaban en Lovaina, una ciudad universitaria de Bélgica, donde se refugiaron exiliados de todo el mundo. Centro propicio para ello por su enorme prestigio cultural, centro de becas para extranjeros que en más de 120 nacionalidades estudiaban y estudian allí.



Nacida en 1425, la Universidad Católica de Lovaina está, según datos de 2016, en el puesto 12 de las mejores universidades de Europa y el puesto 35 a nivel mundial. Sobreviviente a las dos guerras mundiales del Siglo XX, su importantísima biblioteca fue incendiada dos veces destruyéndose cientos de miles de volúmenes de la época del gótico y del Renacimiento.

Buena parte de la dirigencia estudiantil boliviana estudió allí y los más aplicados lograron títulos en literatura y ciencias sociales. Un asado en las afueras de Colonia, ¿será posible?, pero si aquí no hay campo libre todo está pavimentado Freddy... Tranquilo Juan haremos un asado y tomaremos un buen vino festejando tu visita.

El auto corrió velozmente por las amplias calles y avenidas de seis y ocho carriles y al cabo de solo 20 minutos estaban bajo unos medianos pero robustos árboles que les dieron sombra y frescura para hacer y luego comer un asado al aire libre mientras Juan les comentaba la situación en Bolivia y ellos le contaban sus experiencias en Europa.

Carlos Smith Vargas, jefe de la sección América Latina de TRANSTEL en esa época, había nacido en Santa Cruz de la Sierra en los años 40. Era hijo del director del histórico colegio “Alemán Pestalozzi” de la calle Ñuflo de Chávez donde se educaron muchos niños y jóvenes cruceños, sobre todo hijos de inmigrantes alemanes.

Ya joven viajó a Alemania donde se formó y contrajo nupcias con una bella dama alemana que “parecía una actriz de cine”, como la definió el inefable amigo de Juan, Javier Arce Villalba, cuando éste le contó de su viaje a Europa.

Carlos recordaba con cariño a Santa Cruz y su encuentro con Juan fue propicio para escuchar novedades de su tierra natal. Luego de almorzar en su apartamento en el centro de la ciudad, ambos se trasladaron al hipódromo para presenciar una competencia y en la cual Carlos jugaba a las apuestas como parte de uno de sus principales entretenimientos y hobbies.

Freddy volvió a Bolivia. Trashumante empedernido, abandonó la seguridad europea anduvo en varios canales de televisión en el país, llegó a ser diputado no sé si suplente o titular, recaló en Tarija de donde era oriundo y luego desapareció de la vista de Juan sin dejar rastros.

Lo propio de Carlos Peñaranda no supo más hasta hoy pero sí, otra gratísima casualidad de esas que forman anécdotas inolvidables había de sucederle a Juan en París.

Aprovechando la invitación de Inter Naciones a la República Federal de Alemania, Juan decidió dar una vuelta por París e Inglaterra.

Yo me convierto en su guía a condición inexcusable de que vamos en “metro”,

dijo el escritor Augusto Céspedes a Juan en su coqueto y agradable departamento en un barrio céntrico de París. Se refería al tren subterráneo de la ciudad Luz que el famoso escritor boliviano, fundador del Movimiento Nacionalista Revolucionario, utilizaba frecuentemente para trasladarse hasta la sede de sus funciones en la UNESCO, organización de Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura, donde se desempeñaba como representante de Bolivia.

El “Chueco” Céspedes era un hombre más bien de baja estatura, delgado y de rostro sencillo y perspicaz. “Siempre he dicho en La Paz que eres uno de los cambas más inteligentes que he conocido,” regaló a Juan con ese concepto antes de sentarse ambos a tomar el té junto a su bella esposa apoleña Graciela Postigo, para entonces de unos 40 años, y su hijastra Luisa Fernanda Siles, alta y vivaz, además de otras amigas de la joven que vivían y estudiaban en París.

Juan había conocido un par de años antes a Céspedes en La Paz en la redacción del diario HOY donde se desempeñó como redactor de economía al lado de Jaime Humérez Seleme, Víctor Toro Cárdenas y otros periodistas.

Ingresaron al famoso museo “El Louvre” de París y se maravilló Juan con “La Mona Lisa” y su rostro inmortalizado y luego una enorme cantidad de cuadros despertaron su admiración.

Luego visitaron el Museo del Ejército y al final de la explanada la cúpula de la

iglesia bajo cuya figura monumental y sorprendente por sus colores y figuras, reposan los restos de Napoleón Bonaparte.

Fue una agradable lección y aprendizaje cultural a través de los guías y del propio Augusto Céspedes que ya había visitado casi todos los lugares y ahora repetía la visita en homenaje a su huésped ocasional. En toda la trayectoria de centros culturales e históricos, “El Chueco” iba relatando a Juan varios pasajes del proceso revolucionario boliviano. Como fue director del periódico “La Calle”, el combativo diario que fue el sintetizador del origen ideológico del Movimiento Nacionalista Revolucionario que fundó en 1.942 junto a Carlos Montenegro, su cuñado esposo de su hermana Yolanda, Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles Suazo. Walter Guevara Arce, Germán Monroy Block, José Cuadros Quiroga y otros líderes y luchadores nacionalistas de la época.

En uno de esos relatos sacó a relucir su famosa chispa de humor satírico político cuando dice que visitó a Paz Estenssoro en los últimos días de su también última presidencia de Bolivia y le informó que hacía pocas horas habían golpeado brutalmente a Juan Lechín Oquendo, otro de los grandes líderes revolucionarios, que se había opuesto como líder de la Central Obrera Boliviana a la reelección del primer mandatario, y entonces , concluyó su relato a Juan “la reacción de Paz me dejó boquiabierto, porque al escucharme brotaron lágrimas...pero no de sus ojos....sino de sus anteojos”.

Sabido fue entonces que había sido Paz a través de sus seguidores, el que mandó golpear a Lechín. Era 1978, Augusto Céspedes era representante de Bolivia ante la Agencia de Naciones Unidas para la Ciencia y la Educación. Y para entonces no eran tan común encontrar bolivianos por el mundo y menos aún en París.

Pero el refrán de que “el mundo es un pañuelo” cobró valor cuando Juan acompañado de su singular guía y anfitrión bajaron del tren subterráneo de París en una estación al azar y Juan se encontró a boca de jarro con Bertha Suárez, una compañera de lucha universitaria de 10 años antes.

Esta había venido años antes emparejada con un francés que trabajó en una misión de su país en Bolivia y circulaba con su pequeña hija haciendo compras en la capital parisina. El encuentro agradable sirvió para recordar épocas memorables de la lucha sindical y universitaria antes del exilio de 1971.

Pero no fue el único encuentro con amigos de Juan. Años antes al vivir en Salta, trabó amistad con un periodista salteño que se enamoró cuando ambos salieron con dos turistas francesas a las peñas folclóricas y terminó yendo a vivir a París con una de ellas no sin antes rogar a Juan que viajaran los cuatro en procura de experiencias lejanas.

Las chicas de Montpellier, hermosas y agradables les hicieron pasar lindos días en la turística ciudad salteña y finalmente partieron a su país.

Roberto terminó trabajando en la agencia France Press de la Plaza de la Bolsa de París y hasta allí llegó Juan a buscarlo la noche que llegó a la Ciudad Luz. Solo que por el cambio de horario no se percató que eran las dos de la mañana y su amigo estaba justo en su día libre por lo que un colega argentino que trabaja en la agencia, le aconsejó irse de paseo al barrio latino hasta que amanezca.

En el barrio un tanto desordenado y febril, las gentes iban y venían, entraban a los bares en su mayoría de migrantes argentinos, aunque también centro americanos sobre todo mexicanos que habían instalado restaurantes o simplemente pubs para servir tragos y, particularmente vinos y cerveza.

Allí recaló Juan junto a unos viajeros argentinos que acudieron a ese bar porque había un par de conjuntos de folcloristas que en un costado del local tocaban sus instrumentos deleitando a los asistentes con sus sambas y canciones del ayer. No faltó en el grupo una chica cochabambina que Juan encontró en una esquina cercana al lugar junto a otros sudamericanos y que se sumó al grupo.

Entre tragos y canciones pasaron las horas y solo al asomar la luz del día y promediar las 6 de la mañana decidieron abandonar el lugar. Afuera había una temperatura de unos 10 grados, propios del otoño parisino y una pequeña bruma neblinosa envolvía el ambiente.

Juan desayunó en una confitería cercana y finalmente abordó un taxi a quien le

pidió llevarlo a un alojamiento cercano al centro de París y que no tuviese tanto coste.

Así fue. Llegó a la antigua posada con elevadores de rejillas de metal cruzadas como los viejos hoteles de Buenos Aires y finalmente, luego de registrarse, pudo descansar de su viaje, antes de ir a visitar a su amigo “Chueco” Céspedes, esposo de la tía Graciela Postigo, en realidad tía de su esposa Gabriela, ambas nacidas en Apolo, Alto Beni, y que ahora radicaba en París junto a su esposo.

Su paso por París fue espectacular. Mejor que el paso por Londres donde, sin embargo, obtuvo un trato amable y cordial del embajador boliviano en la capital londinense y quien designó al Agregado de Prensa para que lo atendiese en su tres días de estadía en la ciudad de Bonn que fungía como la capital de Alemania Occidental en aquel año, 1.978 cuando aún no había sido derribado el Muro de Berlín y coexistían dos naciones, la Oriental y la Occidental.

Fue un paso fugaz por Europa. Mejor dicho por tres de los países más excitantes de Europa como son Alemania, Francia e Inglaterra. Juan volvería 30 años más tarde con su hijo Luis Mauricio en uso de un premio que logró su primogénito para visitar Suiza.

País espectacular de los montes nevados. Los famosos Alpes suizos. Después de un largo viaje hacia el centro oeste de Europa, se llega a Zúrich y todo parece

fantasía, particularmente donde llegaron Juan y Luis Mauricio. Nada menos que Saint Moritz, uno de los más antiguos y famosos balnearios del mundo tanto porque allí se realizaron dos Olimpiadas de Invierno como por tener a orillas de un pequeño lago en el valle de Engadine, una de las ciudades más pintorescas y agradables del mundo turístico universal.

Centro internacional de esquí y patinaje, es, asimismo, un lugar perfecto para el deporte del snowboard tan peligroso como fascinante. Juan, que vivió peligrosamente toda su vida, desafiando la aventura y a veces la muerte en su país y en el exilio, no podía decir no cuando el manager que guiaba al grupo turístico con el que viajaban él y Mauricio, le ofreció un casco y lo invitó a subir a esa especie de canoas que albergan dos pasajeros y que se deslizan sobre hielo a velocidades increíbles hacia los pies de la montaña por un angosto sendero.

Juan se aferró fuertemente de las dos asas que habían a ambos costados del vehículo y de pronto este salió despedido y cobrando cada vez mayor velocidad a medida que descendía de la montaña. ¿Serían 20, 30 o 60 kilómetros por hora? Sí y quizá más mientras los minutos parecían eternos hasta llegar a la meta.

Luis Mauricio miró a su padre al descender y le preguntó ¿cómo te sentís? Bien, parecía que íbamos a volar por los aires, pero todo bien hijo, respondió Juan y luego ambos abrazados partieron junto a los demás amigos hacia el centro de Sankt Moritz para seguir un programa espectacular.



Eran unos hermosos y grandes caballos blancos, finamente ataviados con la estructura apropiada para tirar de unos carruajes elegantes color rojo y dorado. Suban allí dijo el guía y les alcanzó unas mantas confeccionadas con cuero y rellenas con lanas de protección para el frío para cubrirse durante el corto viaje desde una esquina de la bonita ciudad donde alumbraban en medio de la nieve unos faroles, hasta un hermoso restaurant a unos kilómetros de allí en plena montaña nevada.

La calidez de los guías y anfitriones suizos junto a la sorprendente amabilidad de los invitados de distintos países de la Europa del Este y del Oeste fue una experiencia muy agradable. El origen de este viaje fue un premio que obtuvo Luis Mauricio junto a un compañero de estudios de la Universidad “Adolfo Ibáñez” de Santiago de Chile y que significaba un intercambio con la Universidad de Saint Gallen de Suiza patrocinado por la firma SIA Abrasives de ese país europeo.

-----0-----

Era un cuarto oscuro de dos metros de largo por uno de ancho, con paredes gruesas de color gris que ascendían inclinándose hacia el centro hasta llegar al

techo donde formaban una especie de hueco que en realidad era un tragaluz aparentemente sin fin. Juan había llegado allí fuertemente custodiado por dos policías armados y de uniforme a quienes fue entregado por sus captores de civil. Le pidieron sus documentos que se limitaban a una especie de carnet color amarillo tipo libro pero de cartón que además de su nombre y nacionalidad tenía un sello en letras rojas que cruzaban el documento de abajo arriba en diagonal que rezaba: “ASILADO POLITICO”, nombre y apellido que en la época de la dictadura militar argentina equivalía a “elemento indeseable” o “sujeto peligroso”. Luego de una requisita minuciosa, los policías despojaron a Juan de su cinturón, sus zapatos, su lapicera y su peine de plástico.

Así en calcetines, con polera y pantalón jean, Juan se sentó primero en el camastro de unos 60 centímetros de ancho y luego se recostó, percatándose que su metro y 83 centímetros de altura no cabían del todo en la cama. Miró el tragaluz que estaba a unos 3 metros de altura y se sintió solo, muy solo, aunque extrañamente no sintió miedo.

Era un hombre alto, como de 1.90 metros con una espesa y larga barba dejada a propósito para parecerse a Lenin, decían algunos alumnos. Y de hecho tenía la misma pinta, con su largo saco, camisa de vestir y sin corbata. Era hermano del ex presidente argentino Arturo Frondizi que gobernó su país entre 1958– 1962 y fue el primer latinoamericano que lanzó la tesis de la integración mundial del capitalismo, algo impensable en plena guerra fría.

El profesor Silvio como le decían varios bolivianos y argentinos que acudían una vez por semana a su casa para recibir clases sobre doctrina y política, presentó un Habeas Corpus en defensa de Juan ante un juez cautelar y logró su libertad luego de una semana de detención. Pero Juan nunca olvidaría esa amarga experiencia; como la humillación de defecar –algo que al comienzo le resultó imposible– mientras un policía pertrechado como para una guerra le apuntaba con un fusil M– 1 a la cabeza a menos de un metro de distancia. Su organismo se negaba a obedecer y le parecía que sus intestinos se revolvían una y mil veces formando un nudo ingobernable mientras un dolor indescriptible en el vientre competía con su bronca ante el abuso irracional de que era objeto.

Volvió a su celda, siempre bajo custodia pero en el trayecto de unos 25 metros entre el retrete y la misma, pudo escuchar algunos gritos de dolor como de alguien que soportara alguna tortura. No distinguió si era hombre o mujer pero supuso que se trataba de alguno de la pareja de jóvenes que coincidió con él cuando lo requisaron a la entrada. Entonces sí, cuando el policía cerró la enorme puerta de fierro y puso un cerrojo que sonó con estruendo, tuvo miedo de ser el próximo.

Pero la relación con el profesor Silvio habría de marcar el futuro de Juan, aunque él entonces ni lo sospechaba. Juan conoció al profesor a través de Ronald, un dirigente cívico provincial de la chiquitanía boliviana –actualmente declarada

patrimonio cultural de la humanidad— que tuvo que hacerse el demente para que no lo tomaran preso en su pueblo por ser izquierdista durante el gobierno dictatorial de los años 70. De esa manera llegó a Buenos Aires en 1971, donde casi 20 años antes había sido discípulo del profesor. A su vez, Juan conoció a Ronald en el hotel Hispano de la avenida de Mayo de la capital porteña.

A ese hotel llegaban los comerciantes bolivianos, que contrabandeaban ropa y otras mercaderías a Bolivia y desde el año 1971 también se alojaban allí los exiliados que habían sido deportados desde las embajadas donde se asilaron en La Paz, porque los otros exiliados, los que salieron desde Santa Cruz, lo hicieron por Yacuiba, frontera con Argentina y optaron por radicar en Salta, ciudad que 12 años antes había sido el escenario de otro hecho político histórico cuando un grupo de jóvenes opositores al régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario que estaban siendo llevados a un campo de concentración al Altiplano, a punta de pistola desviaron el avión y obligaron al piloto a aterrizar en el aeropuerto de Salta.

Si no me equivoco fue el primer secuestro de un avión después de la Segunda Guerra Mundial o en los anales de la historia contemporánea por motivos políticos en este caso. Salta, “La Linda” como rezaba su slogan turístico se convertía así en un espejo o mejor aún en el escenario del teatro político boliviano, cuyos actores cambiaban, según quien detentara el poder: ya un prorroguista presidente traidor a su propia revolución y postulados; ya un

dictador cuyos partidarios mataban, encarcelaban, perseguían y amedrentaban a sus opositores, mientras los más prácticos asaltaban en las aduanas y oficinas públicas, de manera idéntica a los que habían echado del poder otros militares en 1964.

“Te voy a presentar a un personaje, un gran tipo que te puede ayudar a encontrar trabajo y ayudar a tus amigos”, dijo Ronald a Juan. Se trataba de Silvio Frondizi, un profesor universitario más apegado al “trotskismo” que al marxismo ortodoxo que se había impuesto a sí mismo la tarea de formar jóvenes con sus ideas universalistas que no solo se convencieran de la necesidad de derrotar a las dictaduras imperantes en Latinoamérica sino lograr luego de ello la gran revolución a ser protagonizada por obreros y sobretodo los campesinos que deberían para ello tomar el poder.

Silvio miró a Juan con sus pequeños ojos escrutadores a través de sus anteojos mientras ejercía su tic de agarrarse el labio inferior y escuchaba el relato de este sobre su historia personal y la visión de su país. El resto de alumnos escuchaba atentamente luego de haber participado con su análisis y todos dirigieron su mirada al profesor cuando dijo: “Bien, Juan no tiene una gran formación doctrinaria pero tiene una enorme intuición política lo que le permite esbozar una buena tesis ideológica. Queda integrado a nuestro grupo de estudio y debe quedarse después de la clase a conversar conmigo”.

Mi pueblo se llama Santa Cruz, nombre profundamente cristiano porque constituye como todos sabemos el símbolo del martirologio del hijo y enviado del Supremo Creador hace 2016 años relatado en la Biblia. Originalmente se fundó a orillas de un arroyo cristalino llamado Riquió, a 250 kilómetros de donde se encuentra hoy. Un grupo de aventureros españoles que vinieron al igual que muchos otros a buscar riqueza y poder a las llamadas inicialmente indias occidentales, hoy América en homenaje al cartógrafo Américo Vespuccio y que eran dirigidos por un joven que logró el título de capitán por su audacia cuyo nombre era Ñuflo de Chávez, fundaron mi pueblo. Pero más allá de la importante historia de su origen, mi pueblo es un conjunto de mitos, realidades, fantasía, paisajes exuberantes, riquezas inmensas y, sobre todo un grupo humano muy, pero muy especial y sui géneris.

Hace sesenta años era un pueblo de 60 mil almas más o menos. Las casas de vivienda tenían acogedores aleros coloniales para protegerse del sol o de las intensas lluvias de verano. No muchas pero aún quedaban viviendas con techo de motacú – una palma propia de esta región subtropical, situada en el centro sud de Sudamérica– y paredes de barro mezclado con excremento de bovino llamado aquí “jumbacá” y con “chuchío”, otra planta de la zona, para darle consistencia. Frescas por dentro y simpáticas a la vista por fuera, estas casas albergaban a muchas familias llegadas en su mayoría de las provincias vecinas.

En cada casa era infaltable uno o más perros que cuidaban la casa de noche

ahuyentando a los amigos de lo ajeno que entonces eran escasos. O también de algún audaz o trasnochado pretendiente de la moza que frisando los 15 o 18 años, ya había desplegado espléndidas caderas que hacían juego con un busto floreciente, labios carnosos, ojos aceitunados y un caminar elegante, coqueto e inquietante. Esa era y es la famosa mujer de mi pueblo, cuya belleza y prestancia hoy, 60 años más tarde, ha trascendido nuestras fronteras de la mano de los medios de comunicación y de los concursos de belleza.

Pero la ciudad tuvo un cambio fenomenal en solo 40 años e incluso en solo 30. Una carretera vinculó al departamento subtropical y de tierras bajas, de extensas llanuras, ríos y mucha riqueza forestal, mineral y de abundante fauna, con los valles productivos y el altiplano casi esencialmente minero, creando así la columna vertebral del país. Así mi ciudad de origen se convirtió en la más importante, la primera en población y producción económica, centro de convergencia de gentes que llegaron desde todo Bolivia y en cierto momento mi pueblo parecía una colmena enorme donde dos millones y medio de personas producían la miel del enjambre atrayendo cada vez más y más trabajadores y gentes de distinto hablar, caminar y vestir constituyendo un laboratorio socio racial impresionante que produjo una nueva versión del hombre boliviano, cuyas características trataré de describir al contarles parte de la historia de Juan.

Había poca luz en las esquinas. Eran los años sesenta y la nueva empresa de electricidad recién empezaba a consolidarse con el nombre de Cooperativa Rural de Electrificación aprovechando un crédito del Banco Mundial. Se había creado el 14 de noviembre de 1.962.

La ciudad también quería dejar “los pantalones cortos” y asomaban los primeros síntomas de progreso. Las instituciones cruceñas encabezadas por el comité Pro Santa Cruz, coreaban junto al pueblo el estribillo de “Agua, pavimento y luz para Santa Cruz”.

Juan se reunía con los muchachos –los pelaos, se dice en Santa Cruz– de su edad que ya frisaban los 14 años en una esquina para comentar las incidencias del día en el colegio y organizar los partidos de futbol del día siguiente en la plazuela del barrio que eran espacios con césped natural con dos arcos pre fabricados. De día sobre todo los fines de semana eran canchas de futbol y de noche eran la pascana o centro de descanso de los carretones con ruedas de madera tirados por dos yuntas de bueyes que llegaban del Urubó los fines de semana, de Terebinto y en algunos casos de Buena Vista a fines de cada mes.

De pronto Elfio dijo: “al suelo muchachos” y se tiró de panza al piso de tierra mientras resonaban los disparos al parecer de una metralleta a escasos cien metros del lugar. Juan y los demás amigos hicieron lo propio hasta que dejaron de sonar los disparos y luego corrieron cada cual a refugiarse en sus respectivas



viviendas a escasos metros de allí, jadeantes y asustados.

Qué pasó hijo, preguntó su madre a Juan. Parece que se encontraron otra vez Mami, los “moronistas” y los “Julistas” y se trenzaron a tiros. Te he dicho que no estés en la calle, que es peligroso, reprendió a Juan su progenitora a tiempo que cerraba la puerta de calle en precaución de algún suceso.

Ocurría que a solo dos cuadras del lugar del junte nocturno de los muchachos uno de los líderes del partido de gobierno de entonces –el MNR que ya iba por su tercer mandato– tenía una de sus varias amantes donde llegaba acompañado de sus guardaespaldas a visitarla algunos días de la semana.

Luis Sandoval Morón, abogado y líder popular indiscutible, autor de la primera reforma urbana que dio terrenos a los más pobres, era protagonista central de la división del partido de gobierno que, fruto entre otras cosas del desgaste por la falta de renovación de líderes y el excesivo poder que detentaba durante doce años, se deshacía en decenas de fracciones que seguían a sus propios líderes.

Le había surgido un contendor llamado Severiano Julio que junto a su hermano Rubén habían formado su propio comando con el padrinazgo de otro líder nacional, distinto al que apoya a Sandoval Morón y sus huestes armadas hasta los dientes se enfrentaban a diario en las calles polvorientas de la ciudad a tiro limpio aunque, extrañamente, con pocas víctimas. Tal parece que se amedrentaban entre ellos, pero igualmente ponían en zozobra a la población.

Eran las primeras experiencias de aquel joven que solo siete años más tarde se agregaría a la lista de exiliados políticos de su país.

-----o-----

Buenos Aires es una ciudad anclada a orillas del río de La Plata y en la historia de los inmigrantes sobre todo italianos pero también españoles y rusos que llegaron entre los siglos XVIII y XIX . Un total de seis millones cuatrocientos mil extranjeros llegaron a la Argentina entre 1857 y 1932 en plena segunda etapa de la Revolución Industrial en Europa la cual se dio entre 1880 y 1914. El “porteño”, como se llama al capitalino bonaerense, es un tipo locuaz, inquieto, de buen porte por lo general y con un rostro que denota sus orígenes europeos. Sus mujeres, casi todas rubias –entre naturales y teñidas– son finas y parecen elegantes aún con un jean y una blusa, porque saben pintarse a la moda y sus divas no tienen que envidiar nada a las europeas. Algunas, sobre todo las que llegan de las provincias del interior, incorporan a su anatomía y a su rostro la herencia de genes autóctonos con la fuerza y el embrujo del gaucho de tierra adentro, la sonoridad y melancolía de la zamba argentina que tienen en el Martín Fierro de Hernández su mejor caracterización.

El porteño, sin embargo, a fines del siglo XX y a principios del actual, solo

mantiene de aquello el tradicional asado a la parrilla y algunas peñas donde los bailarines y cantantes evocan un pasado de coraje y valor de los pobladores de las pampas argentinas. A esta ciudad llegó Juan ese fresco día de Noviembre de 1971 y con la inocencia de sus 22 años se paró en la puerta del pequeño residencial para ver si entre el gentío que pasaba de vuelta del trabajo a la casa a las siete de la tarde había un conocido. Pero no era tan vana su pretensión pues al día siguiente cuando fue a comer un tallarín con tuco en un restaurant popular a media cuadra de su hotelito donde se comía de pie para no pagar propina, luego de auto servirse un plato, vio con alegría y asombro que su vecino Raúl, un joven que vivía a sesenta metros de su casa en Santa Cruz y que había ido a estudiar medicina a Buenos Aires, también comía de pie en un estante común a pocos metros de él. Juan lo miró ansioso y alegre de encontrarse en semejante situación con un boliviano que, además, era de su ciudad natal Santa Cruz y para colmo su vecino; pero grande fue su decepción cuando Raúl lo miró como si fuera un desconocido, ignoró la intención de Juan de saludarlo y siguió comiendo con indiferencia. No cabía duda, Raúl sabía que Juan era un exiliado político y seguramente en una actitud generada por el miedo y la cobardía, prefirió ignorarlo y hacer de cuenta que nunca lo había visto.

Diez años después, este mismo personaje convertido ya en presidente de una institución de Santa Cruz visitó a Juan, a la sazón convertido en un personaje público, para pedirle que lo apoye en algunos emprendimientos. Juan lo ayudó,

tratando de olvidarse de uno de los pasajes tristes de su relación humana por el delito de ser exiliado político.

Pero había compensaciones a ese tipo de desilusión. “Chingui” era una de ellas. Bonita, morena y menuda, de unos ojos color miel, Juan la conoció donde el profesor Silvio y rápidamente intimaron. Fue su compañera y amiga de lecho. Decepcionada de un amargo amor, esta porteña de origen árabe y de apellido Majluf encontró en Juan un confidente y joven amante que aparte de satisfacerla plenamente en sus encuentros sexuales la aconsejaba sobre sus actividades políticas ante su desánimo por las conductas erráticas y divisionistas de sus compañeros.

Cuando se quedaron solos. El profesor relató a Juan pausadamente su historia académica y política. No retaceó palabras para diferenciarse nítidamente de la conducta política de su hermano que había sido ante todo un presidente desarrollista utilizado por el imperialismo norteamericano e inglés como una carta contra el peronismo populista que manejó el país durante casi dos décadas y contra el comunismo que nunca logró una verdadera carta de ciudadanía en Argentina, cuyos hijos siempre tuvieron una idiosincrasia liberal.

El profesor Silvio escogió las palabras para destacar que ante el fracaso del nacionalismo populista en realizar la verdadera revolución y el anacronismo de los distintos fragmentos del comunismo partidario ortodoxo genéricamente

llamados los “bolches” en alusión a la Revolución Bolchevique, habían surgido “los grupos armados”, los cuales a su vez, también se habían dividido en dos versiones: los más duros o extremistas en forma del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de tendencia trotskista, de los cuales él era un immaculado defensor; y Los Montoneros de origen nacionalista de izquierda, brazo armado de la Juventud Peronista que si bien tenían la venia del líder Juan Domingo Perón cuando éste estaba en el exilio y gobernaban los militares en su país, luego habrían de enfrentarlo cuando le exigieron – ya vuelto al poder en 1973– que profundice la revolución y ejecute el trasvasamiento generacional que prometió desde el exilio.

Finalmente el profesor llegó donde quería y dijo solemnemente a Juan: Como usted ve yo soy el abogado defensor de estos compañeros que están presos. Se refería a los guerrilleros del ERP que habían caído en manos de las tenebrosas organizaciones paramilitares que treinta años más tarde se sabría que, aparte de torturarlos primero, luego los lanzaban de aviones en pleno vuelo no sin antes haberles quitado a sus pequeños hijos, algunos bebés que habían nacido al calor del amor y la lucha contra la dictadura militar. Esos hijos, hombres y mujeres jóvenes que solo hoy en el siglo veintiuno empiezan a conocer a sus verdaderos padres por fotografías y los que tienen suerte a sus abuelos. Por cierto que los guerrilleros hicieron su parte de la violencia, respondiendo a la del régimen y ejecutaron a jefes militares, soldados y algunas autoridades de entonces, incluso

asaltando algunos destacamentos militares sobre todo en la rebelde Córdoba del centro del país, aunque también en Buenos Aires. Fue una guerra sucia, sobre todo de los detentadores del poder. La respuesta fue de los jóvenes de una sociedad hastiada del abuso y el privilegio, de los grandes negociados. Jóvenes que no dudaron en arriesgar su vida, y de hecho muchos la ofrendaron, para lograr un cambio que, 40 años más tarde, o sea hoy en día, no termina de llegar.

Yo sé, prosiguió el profesor, que usted es líder de este grupo de exiliados bolivianos y que tiene a dos compañeros presos en Villa Devoto. Se llamaban Nancy Gutiérrez y Aníbal Leytón. Si usted quiere que los defendamos hasta liberarlos hay una condición....usted debe ser mi secretario ante el juzgado. Sino no hay caso, agregó y se acomodó en su sillón esperando la respuesta. Si bien Juan era muy joven, apenas había cumplido 22 años, ya era un exiliado, había tenido algunas duras experiencias en Bolivia, fue dirigente sindical de prensa, estudiantil y universitario, fue perseguido y, no era extraño para él aceptar desafíos dados el ímpetu y la rebeldía propia de su juventud. Pensó en sus compañeros presos, sobre todo en Nancy que no era tan joven pero era bastante ingenua. Pensó en sus dos hijas pequeñas y, luego de unos treinta tensos segundos respondió: De acuerdo profesor, seré su secretario. No sospechó Juan que en ese instante determinó su pase a la lista más negra de la represión que no había de dejarle en paz hasta que abandonó la Argentina y fuera preso en la frontera. Solo que por suerte, sus captores esa vez fueron bolivianos.

Nancy y Anibal finalmente salieron con rumbo a Chile y salvaron su amarga y dramática situación de presos políticos en la cárcel “Villa Devoto” de Buenos Aires. Juan volvió a verlos años más tarde en Bolivia. Ninguno parecía saber a quién y a qué costo personal debieron su libertad en Argentina o por lo menos no manifestaron ninguna señal de agradecimiento.

Usted sabe dijo el teniente Guilarte –poniendo cara de circunstancia– que existe el peligro de la guerrilla. Los Montoneros están haciendo de las suyas en La Argentina y tememos que crucen nuestra frontera y operen dentro de Bolivia. Hemos recibido denuncias de nuestros agentes en el otro lado en contra de usted en ese sentido. No tengo pruebas pero recibí órdenes de detenerlo y por eso está aquí. Qué me puede decir al respecto, inquirió el joven militar a Juan.

Juan que venía huyendo de la represión argentina, qué había visto desde una casa vecina como entraron a su pequeño apartamento en un barrio salteño y destrozaron todo al no encontrarlo. Que sabía que días antes habían asesinado al abogado boliviano Manuel Gustavo Medina, también exiliado; Que sabía que lo iban a matar si lo encontraban y que había sido acompañado por su amigo, compañero y compadre Bismarck hasta la terminal a las 11 de la noche y había partido a la frontera en un bus de “La Veloz del Norte”, escuchó en silencio al militar que era jefe castrense de la frontera, y pese a la difícil situación sintió alivio. De todas maneras estaba en su país y podía encontrar una salida. Pensó rápidamente qué decir y entonces se le ocurrió lo que sería su salvación

momentánea.

Yo solo soy un exiliado que obligadamente salí del país hace casi cinco años solo por ser dirigente universitario y sindical. No soy guerrillero, solo me dediqué a trabajar en mi oficio –periodístico– tanto en Buenos Aires como en Salta y también ayudé a mis compatriotas exiliados a buscar trabajo, vivienda y auxilio por solidaridad. Juan Ocultó a propósito al militar que lo habían perseguido los policías argentinos y que había sido amenazado de muerte por el grupo ultraderechista las tres “A”, brazo armado formado por el tristemente célebre José López Rega, ministro de Acción Social de la presidenta Isabel Martínez de Perón. No conocía en absoluto al teniente Guilarte ni sabía a qué línea pertenecía.

Pero, en cambio, atinó a decirle, si quiere confirmar mis antecedentes, hable con el Coronel Añez, es mi tío. El semblante del teniente cambió totalmente. – ¿De verdad es su tío mi coronel Añez?, preguntó asombrado a Juan. Este le confirmó la situación y el militar salió apresurado del pequeño cuarto donde interrogaba al detenido y fue a un cuarto contiguo a hablar por radio con el Coronel. Lucio Añez, Comandante del puesto militar en Tupiza. “Mi coronel tengo un detenido por razones políticas que se llama Juan Saucedo que dice que es su sobrino...”. – ¿Cómo dice que se llama?– Juan Saucedo mi coronel. – Mire no me acuerdo de él pero igual envíemelo escoltado aquí al Cuartel”



En realidad Juan era sobrino de la esposa del coronel, la cual emparentada con su padre sabía de su existencia porque su padre y el de Juan habían nacido en Yacuiba y formaban parte de una extensa familia chaqueña que cien años antes habían llegado de Argentina y se avecindaron en la campiña de Yacuiba dedicándose a la ganadería, sobre todo en una estancia emblemática del Chaco llamada “El Algarrobal”. Yila, la esposa del Comandante recibió a Juan, lo invitó a la mesa y allí junto a su esposo escucharon con atención la historia del joven. Luego lo aconsejaron y le dijeron que no era prudente que siga metiéndose en política. El militar, que había formado parte de una generación de militares progresistas y que tuvo problemas con el presidente militar de la época, Hugo Banzer, explicó a Juan que él mismo se encontraba medio exiliado en la frontera por el gobierno de entonces.

Es que en aquellas épocas a los militares molestos para el gobierno, los desplazaban o a embajadas en el exterior o a zonas fronterizas donde no significaran un peligro para la seguridad del régimen. Añez era uno de ellos como que, años más tarde, en 1980 protagonizaría un alzamiento cívico– militar contra el dictador García Meza junto a otros militares progresistas.

Añez despidió a Juan con la recomendación de que en cuanto llegue a La Paz se presente en el Ministerio de Gobierno. El viaje en tren por todo el árido y frío altiplano boliviano fue un martirio. El frío era insufrible, Juan tenía que pasearse por el pasillo para calentarse algo, envuelto en un poncho de lana que estuvo con

él durante todo su exilio en Argentina. Aprovechó para pensar que hacer al llegar a La Paz. ¿Lo estarían esperando en la estación los policías políticos? Si era así, ¿cómo eludirlos? Decidió saltar del tren antes de llegar a la estación. Al fin y al cabo solo llevaba un maletín de mano y su poncho. No sería difícil.

----- O -----

No fue fácil para Juan encontrar trabajo en Buenos Aires, sobre todo por tener un documento de identidad –el único válido para él en Argentina– que con un sello rojo revelaba su condición de exiliado político. – Primero amparado por amigos bolivianos que se acercaron al grupo de compañeros con los que llegó de La Paz, pudo trabajar de ayudante de albañil y específicamente de un pintor de paredes que contrataba personal para trabajos esporádicos en la Capital Federal y sus alrededores. Creo que apellidaba Medrano, era de Santa Cruz también y su paga alcanzaba para comer. Además, los fines de semana, llevaba a sus trabajadores –que eran también sus amigos– a una Villa Miseria de bolivianos donde había rica comida de la tierra añorada como sopa de maní, salteñas, picante y hasta la famosa cerveza paceña. – De música no se sufría, las cuecas y carnavales sonaban en todas las carpas y algunas veces había peñas folclóricas como las del 6 de agosto en homenaje al Día de la Independencia de Bolivia,

recordando esa fecha de 1.825. –

Allí en una de esas ocasiones Juan conoció a un joven cantante de voz prodigiosa que se llamaba Franz Vargas que había llegado de Santa Cruz y que años más tarde sería uno de los cantantes más famosos de Bolivia. Pudo ser de la Argentina, pero no se animó. Aún está en su tierra deleitándonos con su arte y su amistad.

De pintor de brocha gorda a contador de camiones de tierra en primera instancia y, más tarde, Juan trabajó como guía de los comerciantes bolivianos que llegaban a comprar mercadería o dirigentes deportivos e institucionales que no tenían que ver con política, que a cambio de sus datos y compañía, le pagaban algunas comisiones y le invitaban a veces a lujosos restaurantes que, en otras circunstancias, no habría podido conocer. Entre ellos Juan siempre recordaría al entonces presidente de la Federación Boliviana de Fútbol, Edgar Peña Gutiérrez, con quien había trabajado en su calidad de periodista deportivo; y a Mario Ichazo Aguilera, quien le presentó al maestro Oscar Toscano, director de la orquesta que acompañó siempre al famoso cantante Palito Ortega. Ichazo era empresario de artistas y llevaba cantantes a Bolivia. Toscano, por sensibilidad quizá o por alguna tendencia ideológica poco manifiesta, albergó a Juan en su departamento donde ensayaba música con su grupo en una calle céntrica de Buenos Aires. – Desde allí Juan se desplazaba a pocas cuadras hacia la calle Lavalle hasta el Café Suárez donde todos los santos días desde las 6 de la tarde

en adelante se reunían los exiliados bolivianos a comentar las noticias provenientes de su país.

Eran dos clases de exiliados: los “con dinero” y los “largados” de la mano de Dios que solo tenían su ropa y algún trabajo. Los primeros habían sido ministros de Estado, subsecretarios o rectores en el gobierno del defenestrado general Juan José Torres, el cual fue asesinado en Buenos Aires dentro del famoso y tenebroso plan “Cóndor” también llamado El MERCOSUR DE LA MUERTE. Fue una alianza entre los regímenes dictatoriales de la época para reprimir, asesinar y hacer desaparecer a todos los líderes considerados altamente peligrosos para sus respectivos gobiernos. Torres, de baja estatura, rostro criollo y bien afeitado bigote fue secuestrado el 1º de junio de 1.976 en un suburbio de la Capital Federal. Su cuerpo fue encontrado luego con signos evidentes de tortura. Rafael Videla, el dictador argentino seguía en el año 2.014 justificando su conducta criminal indicando que se trataba de una “guerra en la que siempre hay bajas de ambos lados”.

Este dictador ordenó que el cuerpo fuera velado en un recinto militar al cual no se le permitió el ingreso ni a los familiares de la víctima. Finalmente sus restos fueron enterrados en México. Solo en 1.983, un año después del restablecimiento de la democracia en Bolivia, sus restos fueron repatriados a Bolivia. El mayor pecado de Torres había sido intentar la formación de una Asamblea Popular en reemplazo del tradicional poder legislativo y de gestionar primero durante el

gobierno del general Alfredo Ovando Candia – 1.969– 1.970– durante el cual ejerció el cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército, la incorporación de intelectuales de izquierda al gobierno nacional, entre ellos Marcelo Quiroga Santa Cruz, José Ortíz Mercado y José Luis Roca García, además de otros.

El general Torres hizo lo propio durante su gobierno entre el 7 de Octubre de 1.970 y el 21 de Agosto de 1.971, cuando un golpe de Estado armado por Falange Socialista Boliviana en alianza con su tradicional enemigo político, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, con un sector dominante de las Fuerzas Armadas lo destituyeron poniendo en el poder al general Hugo Banzer Suárez. Fue uno de los magnicidios del Plan Cóndor, pero no el único.

Silvio Frondizi, hermano del expresidente argentino Arturo Frondizi, a la sazón protector de nuestro amigo Juan Saucedo, fue asesinado brutalmente dos años antes. El 27 de Septiembre de 1974, mercenarios del grupo criminal denominado “Las tres A” o Alianza Anticomunista Argentina, cerraron con autos el ingreso a la calle Cangallo al 2383 de la Capital Federal y cinco de sus integrantes subieron al segundo piso, tocaron el timbre, salió el profesor Silvio, lo redujeron y lo llevaron con ellos a los campos cercanos al aeropuerto internacional de Ezeiza, donde lo fusilaron con treinta tiros de metralleta.

El secuestro fue presenciado por Pura Sánchez Campos, su esposa, natural del Cerro de las Rosas de Córdoba, y sus dos hijos Julio y Silvia Isabel, además de

su reciente yerno Luis Alberto Mendiburu. También estaba su nieto, de apenas seis meses de nacido. Luis quiso auxiliarlo pero lo acribillaron en la puerta y murió horas después en el hospital italiano. Julio se asomó al balcón del segundo piso y disparó sobre un auto pero fue en vano, los secuestradores partieron con rumbo desconocido.

Pocas horas después se encontró el cuerpo acribillado de uno de los intelectuales marxistas más prominentes de América Latina que vaticinó en la década del 50 la integración mundial del capitalismo o globalización de la economía mundial como se lo conoce ahora.

Juan asistía regularmente a las clases de doctrina que dictaba el profesor Silvio y ya había aceptado ser procurador en los procesos contra los bolivianos presos en la cárcel de Villa Devoto, Aníbal Leytón y Nancy Gutiérrez por lo que portafolio en mano llevaba los escritos elaborados por el defensor de presos políticos hasta el Tribunal.

El objetivo era lograr que los deporten a Chile donde gobernaba Salvador Allende y el país se había convertido en el paraíso de los perseguidos de las dictaduras de Stroessner en Paraguay, Banzer en Bolivia, Lanusse en Argentina, Velasco Alvarado en Perú con su peculiar concepción revolucionaria y Casthelo Branco en Brasil desde 1964, país que solo en 1985 recuperó la democracia con el triunfo de Tancredo Neves.

El profesor cedió a Juan un apartamento, que era su biblioteca, exactamente frente al de su familia en el mismo segundo piso. Allí se instaló Juan como un miembro más de la familia Frondizi Sánchez.

Silvia Isabel era una joven agradable y bella. De ojos vivaces, buena estatura y amena conversación. Pronto intimaron con Juan con el cual llegaron a tener una hermosa relación de amor y amistad. Casi todos los fines de mes llegaban de Córdoba Liliana y Marcela. Esta última novia de Julio, el hermano de Silvia y de esa manera se armaba un grupo para escuchar música y comer pizza con vino de mesa.

En materia de canto el preferido era Joan Manuel Serrat, con su “Mediterráneo” o César Isella con sus canciones progresistas, la “china” Mercedes Sosa, Horacio Guarany y Jorge Cafrune. Todos cantores progresistas, encajaban perfectamente en los sentimientos de estos jóvenes idealistas y ansiosos del cambio que termine con los abusos del régimen que mataba opositores casi todos los días en las calles y en las cárceles clandestinas y recintos militares.

Pero el romance había de terminar por decisión del profesor, que no vio con buenos ojos la relación que ya iba demasiado lejos. Quedaron de excelentes amigos y Silvia se uniría luego con Luis, ese valiente joven que murió por defender a su suegro de las manos criminales de las tres A.

Sonó el teléfono como una vez cada semana en la casa de Cangallo 2383, segundo piso y Juan atendió. Era el doctor Lucho Sandoval que esta vez, sin embargo, en lugar de preguntar por novedades de los amigos exiliados él traía la novedad.

Su voz apurada y con el acento vallegrandino que nunca perdió, le dijo: Hola querido Juan, lo llamo rapidito para decirle que tenemos que salir de Buenos Aires cuanto antes, se viene una represión tremenda y peligrosa. Lo espero el viernes en Retiro –la estación de trenes al interior– a las 5 de la tarde para partir. No puedo hablar más. Chau. Y colgó el auricular.

Gracias a esta llamada, Juan que vivía con esa familia y oficiaba de procurador del letrado en el caso de los bolivianos Leytón y Gutiérrez, se salvó de ser una víctima más de los mercenarios que asaltaron la casa de Silvio Frondizi y lo asesinaron junto a su yerno, algunas semanas después de que Juan partiera rumbo a Salta.

La experiencia salteña fue espectacular y totalmente diferente a la de Buenos Aires para Juan. Es que para empezar, allí estaban sus compañeros de Santa Cruz: Bismarck, Euclides, Daniel, Hormando y el propio Lucho con el que llegó de Buenos Aires, además de otros grandes amigos y compañeros de la lucha universitaria, sindical y política, entre ellos Marcelo Velarde, médico



cruceño exiliado en Córdoba que los visitaba a menudo en Salta y Daniel Callaú Ortiz, líder sindical electricista.

Eran intelectuales y obreros pero allí se practicaba la igualdad y el compañerismo a toda prueba. Es que todos eran asilados políticos, los unía el dolor de estar lejos de sus madres, sus mujeres en algunos casos, sus hijos en otros y en fin, lejos de su hogar, de su patria.

En Salta, como en todas las provincias argentinas, la gente era más sencillas, más cordiales, más sensibles, tanto la gente de elevada como de baja condición económica y social.

En verdad de verdades casi todo el pueblo argentino, tanto el de capital como el de provincias estaban en contra de los regímenes militares y más tarde en 1975 contra el tristemente célebre gobierno de Isabel Perón y el tenebroso, maquiavélico y oscuro José López Rega que fungía como ministro de Bienestar Social y era el responsable y manejador de la represión violenta a los grupos guerrilleros y a la oposición general y, claro, a los exiliados extranjeros.

Este fue junto a sus testaferros del Ministerio de Defensa, quien hizo elaborar el decreto de expulsión de Juan Saucedo Cortez del territorio argentino por considerarlo un boliviano de alta peligrosidad y lo incluyó en la lista negra elaborada por los estamentos gubernamentales de la represión en la que

figuraban periodistas como Gregorio Selser, Jacobo Timmerman –hermano del que fuera canciller argentino en el gobierno de Cristina Fernández– Rubén Sinay, Sara Sluger, Héctor Tealdi, Pablo Tischkovsky, Triani Osidire, Víctor Manuel Tomaselli y otros más junto a los artistas Mercedes Sosa, Antonio Stampone, David Stivelberg, Edgardo Suárez y escritores como Armando Tejada Gómez y muchos más escritores, poetas, locutores, etc.

Es que los militares y sus alcahuetes civiles nunca entendieron –o no conocieron– la sentencia de Sarmiento de que “el pensamiento no se multa ni se encarcela” o el principio clásico de que las ideas no se matan.

Para ellos el peligro mayor procedía de los que pensaban, los que propagaban ideas de cambio, de combate contra las dictaduras que oprimían a los pueblos latinoamericanos, que lanzaban a jóvenes estudiantes considerados guerrilleros, en muchos casos sin serlo, desde aviones militares en vuelo.

Las pampas argentinas y el Río de la Plata fueron los receptoras de los cuerpos de centenares de personas lanzadas desde el aire para morir antes de estrellarse contra la propia tierra que los vio nacer con el rostro desfigurado por el terror de la muerte injusta, violenta e inevitable.

Como si eso fuera poco se adueñaron de sus hijos, ¡los criaron como propios!, después de torturar y asesinar a sus padres... ¡Qué hijos de puta!, pensó Juan en

voz alta – ¿Qué pasó?, le preguntó Néstor mientras conducía un Renault color crema de cuatro puertas por la carretera rumbo al pueblo de Embarcación al sur salteño. Néstor, y Juan lo sospechaba, era un miembro de los Montoneros, el brazo armado de la Juventud Peronista.

Ni alto ni bajo, de mediana estatura, rompió el silencio de una hora desde que salieron de Salta para reunirse con Lucho Huistas y varios dirigentes peronistas de esa zona.

El motivo era que Juan, que a la sazón se había convertido en un experto en la historia y doctrina del peronismo desde que conociera a Gregorio Caro Figueroa en Salta, diera una charla a todos los compañeros de la zona.

Caro era escritor y periodista. Trabajó un tiempo con Juan en el diario “Norte” y se hicieron grandes amigos. Juan nunca olvidó aquel pasaje sucedido cuando murió Juan Domingo Perón el 1º de julio de 1974.

Juan fue a recoger a un amigo para ir a un churrasco ese fin de semana en su pequeño Fiat 600 que había logrado comprar a crédito con su sueldo de diario “El Tribuno”, el más grande del Noroeste Argentino. Y allí encontró a Caro Figueroa en un mar de llanto. “Se murió el general” sollozó su amigo escritor y se abrazó a Juan en un gesto desesperado.

Evidentemente Perón desataba esas tremendas expresiones sentimentales en la mayoría de los argentinos. Unos más fanáticos que otros. Resulta increíble que cuarenta años después de su muerte su influencia doctrinaria y fuente de uno de los movimientos populistas más grandes de América del Sur, continúe vigente.

De hecho existen muchas corrientes y versiones del peronismo aún hoy, entre ellas la del “Kirchnerismo” que mantuvo en el poder hasta hace poco a Cristina Fernández de Kirchner; o “La Cámpora”, una corriente del peronismo activo en esta época que forma parte del Frente para la Victoria teniendo como líderes a Larroque, Recalde y a Máximo Kirchner.

Pero la historia empezó a cambiar el 10 de Diciembre de 2015 con la llegada al poder mediante elecciones generales del empresario y ex presidente de Boca Juniors, Mauricio Macri, de clara tendencia derechista, quien dio un vuelco a la política populista imperante hasta entonces y tomó medidas para modernizar Argentina y sacarla del caos en que se encontraba.

Más aún, en Octubre de 2017 Macri y sus aliados de su frente Cambiemos logran una significativa y sorprendente victoria en las elecciones legislativas para cambiar dos tercios en Senadores y la mitad en la cámara de diputados logrando convertirse en la primer fuerza política del país y desplazando históricamente por primera vez al peronismo de dicha posición.

Es decir, que una nueva historia se está escribiendo en la política argentina, con nuevos actores pero con el mismo protagonista el pueblo argentino.

Antes de llegar a Embarcación, Néstor interrogó discretamente a Juan sobre sus propósitos políticos y su criterio sobre la situación de Argentina. Obviamente ambos coincidieron en la gravedad del estado de cosas imperantes, las torturas, los asesinatos, la represión a los movimientos sociales. “Por eso estamos resistiendo, por eso luchamos contra el régimen en distintos frentes junto a otros compañeros y por eso respondemos orgánicamente con las armas”, explicó Néstor.

Pero lo hacemos –añadió luego– dentro del marco del nacionalismo revolucionario, sin ideologías foráneas porque nuestra ideología nace del pueblo argentino, de nuestra realidad en procura de justicia y de igualdad para todos.

Era la tesis del peronismo revolucionario que alentaba la Juventud Peronista que un año antes le había exigido a Perón que de paso al llamado “trasvasamiento generacional” para enfrentar nuevos desafíos y nuevas metas en el proceso revolucionario dejando de lado al tradicional Movimiento Justicialista (Peronista), muchos de cuyos jefes políticos y sobre todo sindicales se habían vendido a la dictadura.

A poco de su retorno a Buenos Aires luego de dos décadas de exilio en España,

Perón no era ya el revolucionario de los 40 y 50. Se había “amortizado” políticamente como solía decir. Su respuesta al pedido del trasvasamiento fue: “...la revolución no significa tirar a todos los viejos por la ventana”. La ruptura con los jóvenes y, obviamente con Los Montoneros, fue inevitable.

Pero ¿sabés qué?, dijo Néstor a Juan, queremos que la gente sepa que nosotros los guerrilleros no somos extraterrestres, que somos de carne y hueso como todos, que también nos tiramos un pedo de vez en cuando y que por lo tanto somos iguales también en la lucha y necesitamos el respaldo del pueblo.

El joven guerrillero intentó con éxito marcar las diferencias ideológicas de su grupo con el ERP, Ejército Revolucionario del Pueblo de militancia trotskista y mucho más violento que Los Montoneros en su guerra contra los militares y, al mismo tiempo, desnudó el aislamiento de los grupos armados respecto de la base popular, realidad que nunca pudieron superar los partidarios de la guerrilla.

Precisamente ese ha sido y es uno de los argumentos de los partidarios de la insurrección popular armada, en vez de la teoría del foco guerrillero urbano o rural. “La insurrección es generalizada y la protagoniza el pueblo. En cambio la guerrilla es elitista y la protagonizan los pequeño burgueses”, decían en esa época los comunistas tradicionales, sobre todo los partidarios de León Trotsky que propugnaba, por ejemplo, la incorporación de los campesinos a la lucha por el poder más allá de la clase obrera.

Juan dio la charla sobre peronismo a los compañeros de la Juventud Peronista de Embarcación acompañado de Carlos Ernst, cuyo hermano había muerto en la lucha contra la dictadura, como miembro de un grupo armado, y cuando buscó con la vista a Néstor en el recinto, este había desaparecido y nunca más lo volvería a ver.

Como de costumbre cada noche desde las 19:30 Juan se aprestó, con una jarra de limonada al lado, a ver televisión. Era el domingo 27 de abril del año 2003. Estaba viendo un típico programa dominical de música y diversión cuando de pronto se interrumpió el programa para dar una noticia extra.

El relator, al parecer un tanto novato en esas lides –los novatos son los únicos que aceptan trabajar en domingo– titubeó al comienzo porque no aparecían las imágenes de la noticia para ampararse en ellas y que no se note que leía un texto.

Finalmente dijo: Queremos informar a nuestra amable y masiva teleaudiencia que al conocerse hoy los resultados de las elecciones presidenciales en la república Argentina, en las cuales ganó el candidato Carlos Saúl Menem con un 24 % y quedó segundo con un 22% el candidato del Frente Amplio, Néstor Kirchner; ambos de filiación peronista, el primero de ellos o sea el ex presidente Menem acaba de anunciar ante los medios de prensa que ha decidido en bien de la nación y de la armonía entre los argentinos, no concurrir a la segunda vuelta y

renuncia de esta manera a su postulación presidencial, por lo que asimismo, acaba de ser proclamado como nuevo presidente de Argentina el abogado Néstor Kirchner.

Menem tenía un rostro súper conocido, gobernó durante 10 años ese país, se había casado con la ex miss Universo chilena Cecilia Bolocco. Era un Dandy. Kirchner era un desconocido mundialmente. Proveniente del sur del país, había ido ascendiendo de a poco en su municipio de Rio Gallegos, luego como gobernador de la provincia de Santa Cruz.

En ese momento el canal, a tiempo de mostrar su imagen en toda la pantalla, decía a través del locutor de los domingos “esta es la biografía del nuevo presidente argentino: fue militante de la juventud peronista desde la secundaria y en la Universidad de La Plata donde estudió desde 1969 hasta 1974, participó en la lucha contra la dictadura, estuvo preso, luego desapareció algún tiempo. Se dice que apoyó a Los Montoneros, grupo armado de la Juventud Peronista. En ese momento Juan se levantó bruscamente de su sillón y se acercó al televisor. Néstor, juraría que ese es Néstor, un poco menos “mechudo” y con arrugas.

Néstor, el que vino de Buenos Aires y me acompañó esa vez donde Lucho Huistas. Juan se volvió a sentar, sonrió consigo mismo y se dijo también hacia dentro: quizás sí, quizás no, quien sabe. Al fin y al cabo en esa época era una lucha secreta, clandestina, dura, cruel.



No sabias si ibas a morir o a seguir viviendo para contarla o para ser autoridad algún día en tu país y cristalizar tus sueños de cambio. En el caso de Néstor hacía 29 años que le había dicho a Juan...”queremos que sepan que somos de carne y hueso como todos, que no somos extraterrestres y que deben apoyarnos”.

Si evidentemente era el mismo, casi 30 años después logró ser presidente de su país y entre otras cosas positivas como pagar la millonaria deuda de 178 mil millones de dólares que le dejó su antecesor, abolió las leyes de “Punto Final” y “Obediencia Debida” aprobadas en 1986 y 1987, que mantenían en la impunidad a los militares criminales y pudo así la justicia juzgarlos y meterlos a la cárcel, como al genocida ex presidente de facto Jorge Rafael Videla.

Claro, antes para poder hacerlo cambió totalmente a las cortes judiciales que estaban al servicio del Ejecutivo y eran venales ante los militares y sus aliados civiles. Lamentablemente su viuda y sucesora Cristina Fernández trazó otro camino que desdibujó totalmente las medidas y logros de Néstor, quedando ambos involucrados en una corriente llamada “Kirchnerismo” con grandes sombras de corrupción y criminalidad.

Pudo Juan, sin embargo, trabajar en la prensa argentina. Logró escribir en el famoso matutino “La Opinión” algunos artículos sobre la situación boliviana. Le pagaban diez mil pesos argentinos de la época por cada artículo.

A los jefes de redacción fue presentado por Andrés Solís Rada, un consagrado periodista boliviano, exiliado también en Buenos Aires y que había sido titular de la Federación Boliviana de Periodistas y ministro del defenestrado presidente Juan José Torres. Cuarenta años más tarde fue Ministro de Hidrocarburos del gobierno de Evo Morales Ama. Murió muy enfermo el 2 de septiembre 2016.

Juan también logró trabajar en el diario popular y sensacionalista "Crónica" y en la revista "Primera Plana" bajo la mirada del periodista editor Carlos Lamborghini, donde escribió un artículo sobre "Martín Fierro" de Hernández y su influencia en el movimiento popular latinoamericano, por su mensaje de tierra adentro.

Pero, si bien a sus escasos 22 años tenía una experiencia de cinco años en radio y periódicos en su país, le faltaban muchos conocimientos del fenómeno político internacional, para encajar de mejor manera en el espectro periodístico porteño sobre todo en materia política; sin restarle importancia al acoso policial de que era objeto principalmente desde que se vinculó a Silvio Frondizi y fue procurador para defender los casos de sus compañeros bolivianos presos en la cárcel de Villa Devoto.

Lo perseguían, lo vigilaban y lo aprehendieron para interrogarlo varias veces, como aquella cuando lo sacaron de su departamento en Avenida de Mayo y lo

llevaron a una comisaría cercana. – ¿Dónde estuvo anoche entre las 20 y las 23 horas?, la mirada fría del policía de civil contrastaba con el rostro de timidez pero sereno de Juan. – Anoche fui al cine con mi pareja... ¿a cuál cine y qué película vio? Fui al cine Lavalle y vi la película “Extraños en la noche”, con Dustin Hoffman, – y después del cine ¿dónde fueron? Nos fuimos al departamento de donde ustedes me sacaron hoy– Esa fue parte del diálogo entre Juan y el policía político antes de que lo soltaran luego de advertirle que estaba a salvo por el momento porque ellos lo habían estado siguiendo y comprobaron que su versión era cierta.

Esa fue la constante de la permanencia de Juan en Buenos Aires durante dos años y medio: persecución, trabajos eventuales, gestiones por sus compañeros presos, charlas y planes ilusos de los jefes exiliados para derrocar al régimen imperante en Bolivia, así como algunas experiencias amorosas propias de la juventud.

Salta fue diferente para Juan. Sin embargo, hasta allí llegó el largo brazo de la represión, esta vez más amenazante y drástico, casi fatal para él como fue para muchos exiliados que fueron asesinados por los esbirros de la dictadura argentina. Dos abogados bolivianos que habían llegado de Tarija el uno y el otro de alguna otra provincia boliviana, fueron secuestrados por la policía política salteña y no aparecieron más. Un comisario de apellido Guir era el cerebro y director de la represión. A Lucho Huistas, un interesante compañero dirigente de

Embarcación, al norte de Salta, lo cercaron, lo asesinaron y escupieron y orinaron su cadáver. Menos exquisitos que sus colegas bonaerenses, estos agentes del crimen, soldados del tenebroso Plan Cóndor, eran igual de desalmados. Antes de estos dramas, la vida bohemia, tranquila y poética de la tradicional Salta la Linda fue un oasis de dos años de amistad, folclore, trabajo y amor para Juan.

Roberto Romero a quien lo nombraban simplemente como RR fue un **self made man**, es decir, un hombre hecho a sí mismo. Cuando era niño vendía pan por las calles de su pueblo. La gente lo esperaba con el mate listo y RR llegaba con el “bollo” caliente para el té de la tarde.

Hombre de pueblo, eminentemente práctico logró amasar una gran fortuna según algunos con mucho trabajo y viveza y, según otros –entre ellos varios envidiosos– había incursionado en el negocio de la droga. Pero RR logró ser dueño del imperio periodístico de Salta. Los diarios “Norte” y “El Tribuno” eran de su propiedad y este último circuló en todo el Noroeste Argentino e incluso en Buenos Aires.

Romero abarcó otros grandes negocios empresariales y fue dueño de helicópteros, haciendas y bienes diversos. Proyectó a uno de sus hijos, Juan Carlos, en la política y lo hizo senador de la república durante muchos años, gobernador de la provincia y hombre enrolado en el “establishment” bonaerense

aún hasta hoy.

RR apreció mucho el trabajo de Juan, lo trasladó del diario “Norte” donde ingresó inicialmente a “El Tribuno” que era el diario mayor del grupo luego de ver una entrevista que el boliviano había logrado con el obispo de la diócesis salteña, una eminencia que pocas veces otorgaba sesiones periodísticas.

Pero tanto Bismarck, que era un destacado periodista deportivo y excelente relator de fútbol a la altura de los grandes de Argentina, como Juan despertaron algunos celos entre sus colegas oriundos del vecino país. Sobre todo Juan que logró ser editorialista de “El Tribuno” junto a otro boliviano exiliado: José Fellman Velarde, nada menos que ex canciller boliviano en el primer gobierno del legendario presidente boliviano Víctor Paz Estenssoro.

A Juan, un buen día RR lo llamó y le dijo “vas a representar al diario en una gira de periodistas nacionales por el sur del país y particularmente llegarán hasta Puerto Madryn para conocer la fábrica de aviones ALUAR, que como sabés está envuelta en un escándalo”.

Ese viaje y el hecho de que le encargaran eventualmente los editoriales del diario significaron que Juan se consiga algunas enemistades y finalmente la denuncia de un colega periodista, que cubría el sector “policiales”, ante la comisaría local señalándolo como un exiliado peligroso y activista político.

Un comisario apellidado Guir fue el encargado de pasar el dato a la Policía Federal, sector represión política y comenzó a tenderse el cerco contra Juan participando en la conspiración para asesinarlo la tenebrosa organización denominada Triple A o Alianza Anticomunista Argentina.

Juan alzó la escopeta, encajó la culata en su hombro y apuntó el caño a más de media altura esperando la orden de disparar....Eppppp gritó el ayudante y Juan apuntó al platillo que salió disparado al aire rompiéndose luego en mil pedazos. Nuestro amigo había acudido junto a dos colegas periodistas a una invitación de la Asociación de tiro deportivo y logró en el concurso el segundo lugar. La noticia se publicó con fotos al día siguiente en el diario “El Tribuno”.

El comisario Guir junto a sus esbirros asesinos, llegados de Buenos Aires, puso el diario en la mesa, marcó la noticia con un lapicero y dijo: “este, este es el boliche (comunista) boliviano que hay que hacer desaparecer”.

Era una madrugada de invierno, frío afuera en la calle y frío adentro. El viento patagónico recorría unos 5.000 kilómetros del extremo sur, pasaba por las extensa pampa argentina y llegaba a los valles calchaquíes del Noroeste Argentino aún con mucha fuerza, Juan escuchó unos pasos en la puerta de calle de la habitación que alquilaba en ese barrio popular de Salta y luego como si quisieran abrirla. Luego un silencio absoluto. Se levantó sigilosamente, avanzó

pegado a la pared y de pronto vio en el piso lo que parecía un pedazo de papel periódico. Esperó unos segundos, luego lo alzó y volvió a su cama, prendió la pequeña lámpara de noche y comprobó que era una hoja de papel bond tamaño carta con letras de periódico que rezaban: “Sos el próximo. Estas condenado a muerte” firmado AAA (Alianza Anticomunista Argentina).

A la época nefasta de la dictadura en Argentina, le sucedió la democracia pujante y dolorosa, se restablecieron los derechos humanos paulatinamente, recobraron aliento y vida los partidos, los políticos y sobrevinieron gobiernos más o menos trascendentes e importantes; luego vino del triste periplo de Isabel Martínez de Perón, con el oscuro personaje de José López Rega, represor, asesino y cerebro de la traza política de ese gobierno.

La figura inmanente y relevante de Juan Domingo Perón dominó aún esos años, con su histórico retorno a su país, precedido en la presidencia por Héctor J. Cámpora que solo gobernó 90 días, durante los cuales tuvo un romance con Los Montoneros, la guerrilla de la Juventud Peronista, liberó a los presos políticos y cambió la cúpula militar herencia de la dictadura. Perón que volvió “amortizado” de la política como él mismo decía, como líder máximo e histórico hizo convocar a nuevas elecciones para asumir por tercera vez la presidencia.

Cámpora les había ganado a la dictadura y a la derecha en marzo de 1973, designado por Perón, que estaba proscrito, le abrió las puertas para que este

retorne y asuma finalmente la presidencia el 23 de Septiembre del mismo año junto a su segunda esposa Estela Martínez, ex bailarina quien tuvo un nefasto paso por la presidencia de Argentina junto a José López Rega, el “monje negro” de su gobierno. Este personaje fue el intelectual de la represión a la izquierda peronista y marxista luego de crear el grupo de criminales represores denominado Alianza Anticomunista Argentina, o simplemente la Triple A.

Luego del retorno de los militares con Jorge Rafael Videla en 1976 que derroca a la viuda Isabel Martínez, – Perón había fallecido el 1º de julio de 1974– se establece la más sanguinaria y cruel dictadura de la historia argentina.

Bajo el nombre del Proceso de Reorganización Nacional, Videla junto a sus secuaces el brigadier general Orlando Ramón Agosti y el almirante Emilio Massera que conformaban la Primera Junta Militar desatan una represión indiscriminada contra toda expresión política civil o militar y es la época en que se secuestran hijos de guerrilleros muertos o presos o simplemente ejecutados en distintos centros militares o arrojados al vacío desde aeronaves camufladas como privadas pero que pertenecían a las fuerzas armadas.

Se silencia a la prensa o se la coopta para evitar las denuncias y con pocas, muy pocas excepciones, el país queda sin expresión periodística libre.

Juan había partido a tiempo unos meses antes en octubre de 1975 a su país natal.



La situación era insostenible. En horas más podían ejecutarlo como le habían advertido las tres “A” y como lo habían hecho con el abogado Medina y otros bolivianos y extranjeros, además de compañeros argentinos. Roberto Romero, el dueño de “El Tribuno” donde trabajaba, le dijo a Juan: “yo aprecio mucho tu trabajo, es muy bueno, pero no puedo hacer nada, estos tipos son muy jodidos. Te haré pagar tu liquidación y te deseo buena suerte. Creo que lo mejor es que retornes a tu país”.

En realidad Juan no tenía muchas opciones. En Chile ya estaba Pinochet haciendo de las suyas y su gobierno había asesinado a varios bolivianos, entre ellos a su camarada de la Juventud Demócrata Cristiana convertida luego en Democracia Cristiana Revolucionaria (DCR) Jorge Ríos Dalenz, ex presidente de la Confederación Universitaria Boliviana (CUB), un magnífico dirigente cochabambino que cayó preso en el Estadio Nacional de Santiago.

Juan tenía status de asilado político en Argentina, su pasaporte había sido cancelado y para salir debía pedir asilo a otro país, con el trámite que eso significaba y su vida corría serio peligro. Era cuestión de horas. De manera que organizó su salida lo más secreta posible con su compañero y amigo Bismarck quien fue el único que se animó a acompañarlo hasta la terminal de ómnibus por la noche donde abordó un vehículo y luego de abrazarse con su acompañante partió hacia la frontera con Bolivia.

Salta La Linda hace honor a su adjetivo promocional. Es en verdad una ciudad linda por apacible, cuna del folclore, la sencillez de su gente, cuna del guerrillero de la Independencia Martín Miguel de Guemes, a cuyas órdenes luchó valientemente el cruceño guerrillero y andaluz José Manuel Baca más conocido como “Cañoto”. Guemes lo apreció y lo nombró jefe del polvorín durante su permanencia en la provincia. Allí Juan volvió a reunirse con sus amigos y compañeros de lucha universitaria y sindical en Bolivia.

Allí vivía ese inefable amigo, dirigente político y luchador que fue en otras épocas caudillo del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Santa Cruz Luis Sandoval Morón, autor de la primera Reforma Urbana en nuestra ciudad que habría de generarle serias enemistades con los dueños de quintas y propiedades que rodeaban la ciudad y que les fueron expropiadas y, en muchos casos tomadas para entregárselas a la gente que no tenía tierras ni viviendas. Mujeriego indomable dejó una larga descendencia cuyos miembros hoy pertenecen a los estratos de la sociedad cruceña en distintas profesiones y oficios.

Que hubo exceso en sus partidarios los hubo y las víctimas fueron los jóvenes idealistas de entonces que se enrolaron en la Falange Socialista Boliviana, único y sufrido partido opositor de entonces en un proceso que merece su propio y profundo análisis en una obra específica que seguramente crearán otros autores, pues es también en esa etapa donde se gesta el gran y legítimo movimiento

cruceñista que, luego de persecuciones y muertes de varios de sus integrantes, dio lugar al reconocimiento del 11% de regalías para Santa Cruz, en base a las cuales se inició el desarrollo del oriente boliviano y particularmente de este departamento hasta lograr el boom que hoy representa para Bolivia e incluso la subregión continental sudamericana.

Pero Salta para Juan fue también un oasis de cultura y amistad. Cuna del folclore argentino, en los años setentas en esta bella ciudad colonial abundaban las peñas folclóricas como “El Guardamontes”, Balderrama cuya existencia inmortaliza una hermosa zamba argentina y cuyo dueño original era boliviano. “Gauchos de Guemes”, Peña “Nievas”, “La Herradura”, entre otras.

Allí Juan que era amante de la música y amigo de los artistas, frecuentaba los fines de semana acompañado de Luciano Cardona, un gran amigo boliviano que fue a estudiar Ingeniería geológica, título que finalmente logró luego de obtener primero el de bohemio y cantor, virtudes que le heredaron con creces sus hijas Lucía y Eleonora, particularmente Eleonora de gran voz y mucho talento.

Tuvo pues Juan mucho éxito como periodista en El Tribuno y en LV9 radio Salta donde trabajó como reportero de Bruno Yezzi, un excelente conductor de radio.

Pero la política era su otra pasión. Allí formó otro grupo con grandes compañeros y amigos como Euclides, Daniel y Carlos un boliviano– argentino

de padre alemán y madre boliviana, doña Luisa Meswchitz, hermana de un ex prefecto de Santa Cruz, ambos de una calidad extraordinaria.

Carlos no era menos. Servicial al extremo, consecuente y muy trabajador, sostenían reuniones en busca de la reivindicación de la democracia en Bolivia y ayudaban a los compañeros exiliados a encontrar trabajo para ganarse el sustento diario, lo cual es más difícil fuera del país propio y particularmente para un exiliado político en un país de acogida pero gobernado por una dictadura.

Sin embargo, finalmente Juan tuvo que dejar su ya importante trabajo en El Tribuno, una agradable y esbelta novia de ascendencia italiana y una casa que le había adjudicado su empresa al igual que al resto de trabajadores del periódico para pagarla a plazos. Además de un Fiat 600 con el que se animó una vez a llegar a Yacuiba un 6 de Agosto en plena época represiva en Bolivia.

El deseo de estar en la tierra amada que le vio nacer era más grande que el temor a ser aprehendido, lo cual afortunadamente no sucedió, pues pasó desapercibido entre los miles de “chaqueños” que disfrutaban de las carpas, música y vinos de la zona.

Es que el exilio, más propiamente el destierro de una persona, constituye desde los primeros tiempos en que el hombre vivió en comunidad, uno de los peores castigos porque te separan de tu familia, de tus amigos, de tu trabajo, de tu

medio. Es lo que José Ortega y Gasset denomina “Yo soy yo y mis circunstancias”.

Eliminadas tus circunstancias quedas de alguna manera envuelto en la soledad de tu ser y tienes que empezar a crearlas de nuevo y si estás exiliado políticamente está casi todo en tu contra.

Su error –craso error– fue confiar en un supuesto amigo que le ofreció sacarle un pase para Bolivia en el consulado de Villazón por si lo pararan en la frontera. El tipo este se ofreció, al encontrar a Juan “casualmente” en su alojamiento, a darle ayuda para pasar al lado boliviano sin ser advertido por las autoridades policiales con un pase especial.

El individuo resultó ser un agente civil del gobierno, pues cuando a la hora acordada Juan, ataviado con un poncho blanco original de Potosí, caminaba por el puente que separa ambas fronteras, a mitad del mismo fue interceptado por un par de uniformados que lo llevaron a una celda ya en el lado boliviano.

Fue allí donde el subteniente Fernando Guilarte lo sometió al interrogatorio del cual dimos detalles en anteriores páginas. Fernando se apartó más tarde de la carrera militar, se afincó en Santa Cruz donde tiene hace muchos años una empresa de seguridad de la cual vive prósperamente, es miembro de la comparsa “Haraganes” y es amigo de Juan aunque nunca han recordado aquel ingrato

encuentro que, sin embargo, concluyó bien para el exiliado pues llegó hasta su protector el general Lucio Añez, quien como quedó dicho antes, le permitió llegar a La Paz.

El piloto le gritó yaaaa al operador del equipo y este accionó el motor que unido a una polea jalaba al avión sin motor primero lento y luego más y más rápido acercándose al acantilado mientras los nervios de Juan crecían. Él estaba sentado atrás del piloto de la aeronave tipo Segunda Guerra Mundial y...de pronto estuvieron en el aire, se soltó el cable y quedaron solo los dos, el avioncito y el escaso aire que se respira a 4.000 metros sobre el nivel del mar.

Era una experiencia única, maravillosa. Volar como un Cóndor en pleno Altiplano de Los Andes bolivianos observando un paisaje indescriptible de cerros, algunas lagunas provocadas por el deshielo de las montañas circundantes y allá a lo lejos las primeras casas de la ciudad de El Alto que 40 años más tarde habría de convertirse en la segunda ciudad con mayor crecimiento de Bolivia y habría de ser determinante en la caída y ascenso del poder en el país. Desde allí bajaron con palos, hondas y dinamita los obreros y campesinos que determinaron el fin del gobierno de Gonzalo Sánchez de

Lozada en 2003 y su fuga aérea a los Estados Unidos de América.

¿Un poeta, o era un escritor? O ¿era periodista? Bueno no importa los tres son primos hermanos. Periodista, escritor o poeta no recuerdo pero sí que era español

el hombre que al llegar de noche al denominado El Alto de la ciudad de La Paz en pleno Altiplano boliviano y desde donde se observa casi toda la urbe parece que exclamó asombrado: "...esta ciudad parece una cazuela cósmica...". Original expresión para definir a la ciudad de La Paz de noche con sus millones de luces públicas y privadas en niveles y desniveles impresionantes por su peculiar geografía. Y de día magnífico racimo de cerros diseminados aquí y allá por toda la zona urbana y suburbana en una hoyada espectacular regada por un río, "El Choqueyapu", testigo de mil andanzas y desandanzas de sus habitantes oriundos y de sus cientos de miles de inmigrantes nacionales y extranjeros desde aquel 20 de Octubre de 1548 cuando el conquistador español Alonso de Mendoza fundara esta bella ciudad en la localidad de Lajas para luego trasladarla al pie del imponente cerro "Illimani", centinela imperturbable de esta urbe que guarda los secretos más preciados y acaso los más terribles de la historia política de este sufrido país que se llama Bolivia. Allí Juan vivió cinco años a su retorno de Argentina.

¿Había terminado el exilio? Siiiiii, ¡albricias! Había llegado el fin de un lastimoso peregrinaje por tierras extranjeras no exento de placeres y experiencias de trabajo y de vida. Nadie, excepto un exiliado puede experimentar ese sentimiento especial de volver a estar en su patria. Aquella que lo vio nacer. Aquella donde reconoció a sus padres desde el vientre de su progenitora. Esa tierra amable que lo recibió en sus brazos y que le regaló las primeras libras de

oxígeno para sus pulmones y que luego lo vería crecer, aprender a caminar en esos primeros años alegremente sin sospechar ni por asomo lo que le deparará la vida.

Y más tarde su pueblo le regalará amigos y una sarta de parientes que, sin elegirlos, llegan y son tu familia. ¿Y la escuela? donde lloraste el primer día al sentirte solo sin tu madrecita adorada y dónde te consoló tu primo Félix que ya cursaba el segundo año. Y luego los actos cívicos donde aprendés a conocer tu bandera tricolor –la boliviana– y tu escudo y tus héroes y que cuando toca desfilar para el 6 de Agosto, el gran día de la Patria Grande o el 24 de Septiembre el Gran Día de la Patria Chica: tu Santa Cruz querida palpita tu corazón más rápido y te sentís grande, te sentís un patriota más y es ahí donde empezás a sentirte y a ser ciudadano de tu país.

Pero sigamos hablando de nuestro crecimiento como seres humanos, nuestros derechos y los sentimientos hacia el país de origen. Vale la pena recordar mínimamente los artículos uno y dos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos:

**Artículo 1**

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

**Artículo 2**

1. Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta



Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición.

2. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona, tanto si se trata de un país independiente, como de un territorio bajo administración fiduciaria, no autónoma o sometida a cualquier otra limitación de soberanía.

Si. Nacemos libres pero no somos iguales en dignidad ni se respetan nuestros derechos y tampoco nos comportamos fraternalmente los unos con los otros. Y, además, pese a lo que reza el párrafo segundo del artículo 2 de esta Declaración Universal a la que están adheridos casi todos los países del mundo, se nos discrimina a los extranjeros o inmigrantes cuando llegamos en condición de exiliados o refugiados a determinados territorios de países “hermanos”.

O sea basta ser de una potencia blanca o roja para poder discriminar, para menospreciarnos a los latinos por una u otra razón pero cuando se trata de explotar nuestras riquezas o nuestras mentes con ideologías foráneas, entonces no les importa un carajo nuestra condición de latinoamericanos.

Y eso exactamente sucede también con los exiliados políticos solo que en este caso la violación a nuestros derechos se da primero en nuestros propios países que nos obligan a exiliarnos y luego en los países que nos acogen donde nos niegan el derecho a trabajar, a vivir con dignidad y en libertad como lo demuestra el caso de Juan Saucedo Cortez.

Este boliviano que vivió cinco años en el exilio, donde estuvo a punto de ser asesinado y que ahora a través de este relato denuncia esta situación ante el mundo para evitar que sigan habiendo personas extrañadas de su tierra y de su medio por razones políticas e ideológicas cualquiera sea su tendencia o doctrina.

-----o-----

La secretaria informó al Director de la radio que había una señora con dos niños, una nena y un varón, que pedía hablar con él. Hágalos pasar ordenó. Era la hermana de un compañero de estudios en la facultad de Derecho, Ciencias Sociales y jurídicas de la Universidad “Gabriel René Moreno” de Santa Cruz.

La dama explicó que los niños eran los hijos de este amigo que estaba asilado en la embajada de Venezuela junto a su esposa y que los cuatro hacinados en un solo cuarto sufrían del encierro y necesidades propias de una familia apenas satisfechas por las autoridades de ese país. Finalmente pidió al Director que visitara por favor a su hermano en la embajada.

El Director subió las escaleras, pasó el portal y luego de solicitar el permiso correspondiente accedió a la habitación donde su amigo y compañero de estudios lo esperaba con el cabello muy crecido, muy delgado por la dieta obligada y acompañado de su esposa. Se trataba de Carlos Fernández González y

Rosmery Salek Dabdoub. A la sazón, el director era nuestro amigo Juan Saucedo, con quien me encontraría años más tarde y me contaría los detalles de este encuentro que tuvo consecuencias inesperadas.

Herman Antelo era cara conocida para Juan, pues igual que él había estudiado el ciclo secundario en el histórico colegio “Nacional Florida” de Santa Cruz que entonces contaba con un gran plantel de profesores como el historiador y geógrafo Hernando Sanabria Fernández, el matemático Carlos Kissling, los profesores Elva Antelo de Ciencias Naturales, Mister José Roca de inglés, Messié Garrido de Francés, de Física “Niño” Salvatierra, de Instrucción Cívica Aure Terán, de Educación Física el profesor Parada y otro singular elenco en la Sección Industrial del colegio, la cual era dirigida por el profesor Nelson Mercado e integrada por Noel Alderete en electricidad, un profesor Camacho en Mecánica, Giacomani en carpintería, Lazo en dibujo técnico, etc..

Fueron grandes profesores que formaron decenas de generaciones que hoy sirven a Santa Cruz y a toda Bolivia. El director del plantel era el respetable profesor Reinerio Gutiérrez.

Juan había sido citado por Antelo al Palacio de Gobierno donde funcionaba la Secretaría de Comunicaciones, de la cual Herman era asesor, para conversar con el titular de esa Secretaría, Javier Arce Villalba, un hombre con excepcionales condiciones de simpatía y amplitud. Subió las escaleras hacia la segunda planta,

caminó unos pasos e ingresó a un pasillo que dividía las partes anterior y posterior de dicha planta.

En aquella estaba el despacho presidencial y en esta, la posterior, la Secretaría de Comunicaciones. A mitad del pasillo, Juan se topó a boca de jarro con un hombre de pequeña estatura y mirada franca, vestido de traje civil gris que de inmediato lo abordó diciéndole: Hola Juan ¿qué hace usted por acá?, vine a visitar a Herman y a Javier... ¿cómo está General?, respondió Juan. Ya que ha venido por aquí venga lo invito a tomar un café en mi despacho. Era el presidente de la República, General Hugo Banzer Suárez.

El presidente llamó a su edecán, le pidió un par de cafés y entabló una conversación con su ocasional interlocutor:

“He leído algunos de sus artículos en Hoy –se refería al matutino “Hoy” donde Juan escribía desde unas semanas atrás sobre temas económicos– y me parecen buenos. Leí el que escribió sobre las inversiones del BID en nuestro país”...

“Bueno, estoy a cargo del área económica en el periódico y trabajo con buenos colegas allí”.

“Se están haciendo cosas importantes para el país, hay buenas inversiones y grandes obras con miras al futuro y es bueno que ustedes los periodistas muestren esa realidad”.

“Tratamos de ser lo más objetivos posibles Presidente”, respondió Juan mientras pensaba a mil por hora si plantearle o no el pedido de su amigo Carlos Fernández.

¿Lo tomará a bien o a mal?, bueno igual me arriesgo, concluyó para sus adentros y sin esperar más planteó el tema así: “Mire Presidente, va disculpar pero tengo que plantearle el pedido de un amigo que junto a su esposa han sido mis compañeros de estudios en la facultad de Derecho en Santa Cruz. Está asilado en la embajada de Venezuela, ha vuelto del exterior donde ya estuvo y por la esposa Rosmery Salek y sus dos hijos requiere con urgencia que se le conceda la libertad para salir a buscar trabajo y mantener a su familia”.

Resta relatar que Carlos Fernández era policía de profesión y que en tal condición y como jefe del Comando Departamental de Policía de Santa Cruz fue el que tomó preso al entonces Coronel Hugo Banzer en agosto de 1971 cuando este encabezó el Golpe de Estado que derrocó al General Juan José Torres González de tendencia izquierdista. Lo apresó, lo llevó a su domicilio y allí lo tuvo hasta que fue trasladado a La Paz, donde dos días después asumió la presidencia de la república.

Banzer escuchó en silencio y luego dijo: “Bueno yo no le guardo rencor a Fernández, él cumplió su deber como autoridad policial y me trató bien....pero usted sabe cómo son nuestros paisanos –se refería a los cruceños– son

“fregaus” (de actitud dura quiso decir). Pero usted con hablarme de los niños me ha quebrado...”Luego se inclinó hacia uno de los cajones de su escritorio, lo abrió, sacó un paquete envuelto en papel blanco y se lo alcanzó a Juan mientras decía: “Llévele esto para sus hijos y dígame que le voy a garantizar su libertad pero que no se meta en política. Que trabaje donde quiera, no hay problema en eso”.

Después de entregar el paquete –que Juan no abrió para nada pero que supo después contenía dinero– el Presidente alzó el auricular de su teléfono, llamó a su Ministro del Interior Juan Pereda Asbún y le ordenó dejar en paz a Fernández y no molestar su libertad “mientras no se meta en política”.

De inmediato Juan fue a la embajada de Venezuela en el centro de la ciudad de La Paz, dio la buena nueva a los Fernández que agradecieron la gestión en grado sumo con llanto y abrazos. Carlos fue a trabajar a una fábrica de sombreros, tres años más tarde fue Subsecretario del Interior del Ministro Selum en el gobierno de Lidia Gueiler. Le fue muy bien económicamente y hoy es un abogado exitoso de causas penales en Santa Cruz. Junto con Juan terminaron la carrera de Derecho en la Facultad del ramo en la universidad paceña de San Andrés, pues sus estudios habían sido truncados por el exilio cinco años antes.

Constituyen otros de los daños causados, además de los años perdidos por el exilio que nadie reconocería hasta hoy, pese a existir una ley de indemnización

para perseguidos políticos que ni el gobierno de Carlos Meza ni el de Evo Morales han querido cumplir hasta este 2018.

Suele decirse y con razón que en La Paz se vive y se respira política; mientras que en Santa Cruz se habla y se respira producción. En juicio estricto es así. Aunque una vez un expresidente boliviano que nunca terminó de hablar como “gringo” pese a residir más de 30 años en Bolivia luego de su retorno de Estados Unidos, llegó a decir que mientras la riqueza –el dinero– se generaba en La Paz; en Santa Cruz nos lo gastábamos.

Se trataba de Gonzalo Sánchez de Lozada que nunca llegó a entender nuestra idiosincrasia de característica alegre y festiva y disimulaba muy mal su menosprecio hacia los cruceños y orientales en general.

De un plumazo eliminó las corporaciones de desarrollo que eran el instrumento de planificación y ejecución de obras y proyectos en Santa Cruz bajo el denominativo de CORDECRUZ que luego se replicaron en Cochabamba con CORDECO y en La Paz con CORDEPAZ, en Chuquisaca con CORDECH, en Oruro con CORDEOR, en Potosí con CORDEPO, Tarija CODETAR, Beni con CODEBENI y Pando con CORDEPANDO.

Los profesionales y técnicos egresados de nuestras universidades sobre todo ingenieros, economistas y arquitectos, además de topógrafos y técnicos en

agropecuaria, planificadores, veterinarios y agrónomos y algunos que estudiaron en el exterior, conformaban las plantas de funcionarios que protagonizaban el desarrollo de las regiones con cierto e importante nivel de independencia del poder político de las entonces prefecturas, ahora gobernaciones departamentales, y por cierto del gobierno central.

Los directorios de las corporaciones eran precisamente corporativos pues lo formaban delegados de las instituciones vivas de cada departamento tanto del gobierno como del sector privado e institucional. Por ejemplo las centrales obreras, las cámaras de industria y comercio, los comités cívicos, las prefecturas, las alcaldías y en fin, toda institución que era importante en cada medio. Los resultados no eran perfectos, pero eran mucho mejor que los de hoy porque el control de la planificación primero y luego de la ejecución de las obras, lo realizaba este cuerpo colegiado, compartido y de mucha representatividad.

Hoy ese control fue atribuido a una sola persona: el gobernador de cada departamento –provincia en otros países– que nombra a dedo a sus colaboradores. Este modelo político centralista y estatal del desarrollo ha traído como consecuencia los fenómenos de corrupción y de ineficiencia. Tanto así que el presidente Morales y su ministro de Finanzas han revelado y cuestionado al mismo tiempo la baja ejecución de los presupuestos de algunas gobernaciones. O sea les sobra plata por falta de ejecución, mientras bajo la modalidad de las corporaciones autárquicas, más bien faltaban recursos y los pueblos del interior



hacían cola en espera de obras de desarrollo.

Varios gobernadores del mismo partido oficialista son cuestionados por actos de corrupción. Las excepciones son visibles, el gobernador de Santa Cruz Rubén Costas y el gobernador de La Paz, Félix Patzi. Al primero le iniciaron decenas de juicios pero nunca pudieron probarle nada. Pero muy aparte de estos casos la realidad consiste en que los mecanismos de control del Estado como la Contraloría General de la República en Bolivia son totalmente ineficientes y para colmo no tienen la independencia que es indispensable a todo organismo fiscalizador para cumplir sus funciones.

Por ello es fundamental que el Estado permita que la sociedad civil participe de dichos controles mediante organismos como las corporaciones de desarrollo que ojalá algún gobierno las restablezca.

Los habitantes de la urbe paceña que en buena parte son funcionarios del gobierno en sus distintos estamentos y que son oriundos de distintas ciudades y pueblos del país, están pendientes de lo que sucede en el Palacio de Gobierno y en sus ministerios, de lo que hace y dice el presidente y los ministros, pues sus cargos y, consiguientemente, su status económico dependen de estas estructuras y personas.

Esto era más evidente y patético en la época de gobiernos dictatoriales donde la

estabilidad política dependía, además de los grandes intereses internos y externos, del humor con el que despertaban los militares aspirantes o que creían tener méritos para suceder a su camarada que ocupaba el sillón presidencial.

Juan había retornado a su país bajo las peripecias ya relatadas. Debía reinsertarse en el medio pues expulsado de la Argentina y sin posibilidades de trasladarse a otro país no tenía otra alternativa. Su oficio era el de periodista. Su carrera de abogado quedó inconclusa por el exilio faltándole solo tres materias para egresar.

Debía evitar ser apresado de nuevo y para ello necesitaba apoyo. Orgánicamente no pertenecía a ninguna estructura partidaria, pues cuando estuvo en Salta y organizó a sus compañeros de exilio cercanos para buscarles trabajo, Adalberto, que oficiaba aún de jefe de la Democracia Cristiana Revolucionaria de Santa Cruz pero que ya radicaba en Chile, lo desautorizó y dijo al resto de sus compañeros que Juan no tenía representatividad para dirigir ningún grupo.

Esa actitud de Adalberto, a la sazón gran amigo y compañero idealista de Juan, se debía a que éste un año antes del golpe de Estado de Banzer, cuando aún gobernaba Juan José Torres desobedeció la orden de no candidatear a la secretaría general del sindicato de la prensa de Santa Cruz.

El candidato oficial de Adalberto era Hormando Vaca Díez pero Juan tenía mucha ascendencia entre la gente de prensa pues había dirigido la primer huelga

en favor de los trabajadores de radio y había tenido éxito y contra la orden política fue elegido secretario de relaciones de dicho gremio.

En tal condición y como líder universitario de la Democracia Cristiana, recordemos que era presidente de la Organización Nacional de Universitarios DC, tenía excelentes relaciones con el prefecto de entonces, Marcelo Velarde Ortíz, con el ministro de Agricultura de Torres, José Luis Roca García y con toda la cúpula de la Democracia Cristiana Boliviana donde estaban Luis Ossio Sanjinés, Benjamín Miguel, Vicente Mendoza y otros dirigentes.

Roca García, también escritor y de grandes condiciones humanas, compañero y amigo de Marcelo Quiroga Santa Cruz y José Ortíz Mercado, antes que buscar a Adalberto o Guillermo, dirigentes máximo de la DCR, buscaba a Juan y se reunía con él. Eso enardecía a algunos miembros de la cúpula, lo cual se reprodujo en los momentos del exilio y por eso desautorizaron a Juan a constituirse en dirigente en el exterior.

Juan buscó a Luis Ossio Sanjinés que seguía siendo jefe del tradicional Partido Demócrata Cristiano, quien lo recibió con emoción en su casa de la calle Aspiazu en encuentro secreto convenido y finalmente le dio su apoyo y le prometió gestionar a través de Alfredo Arce Carpio que había sido militante demócrata cristiano y que fue también ministro del Interior de Banzer, garantías para poder transitar y trabajar libremente en el país.

En Bolivia había algunos valiosos compañeros en la llamada resistencia en la clandestinidad como Oscar y Guillermo que eran del grupo de Juan en Santa Cruz, pero también había otros delirantes como el cochabambino Iván que sin conocer la realidad de las condiciones y peripecias que sufrió Juan, entre ellas, el peligro inminente de ser asesinado en Argentina, se atrevió a escribir en un panfleto que era un vendido al gobierno de entonces. Extremo que colmó la paciencia de Juan, quien pidió una reunión con Guillermo, uno de los jefes en la clandestinidad, le explicó todo, se quejó de la injusticia del criterio vertido por Iván, de la desautorización de su trabajo en Argentina y finalmente, por esas razones, decidía renunciar al vínculo con el movimiento y le comentó que con el respaldo de Ossio y otros amigos, empezaría a trabajar nuevamente en el periodismo desde donde ayudaría al restablecimiento de la democracia en el país.

Los colegas del periódico “Hoy” eran magníficos. Miguelito Velarde, Víctor Toro, Guido Pizarroso, María Angélica Kirigin, nuestro director Jaime Humérez Seleme y muchos más que escapan a la memoria. Rápidamente Juan se ganó el afecto de sus colegas que lo recibieron y lo trataron con cariño. Luego de cada intensa jornada, el grupo más cercano entre sí, sobre todo los viernes, acudía casi infaltablemente a un local nocturno en el famoso paseo llamado “El Prado” en la urbe paceña.

El local era de un cruceño afincado 30 o 40 años atrás en La Paz. En una especie de subterráneo a media luz, servía unos tragos excelentes como el “Chufly” fabricado con Singani “San Pedro” y limón y servía también unos deliciosos pollos a la canasta que Juan aseguró no haber probado nunca un pollo más delicioso que este. Eventualmente aparecían por allí unas morenas de figuras curvilíneas, algunas de las cuales, aprovechaban muy bien la penumbra para ocultar sus primeras arrugas. Cariñosas y resueltas, las más audaces se convertían en acompañantes de la noche de algunos de los circunstantes.

En esta ciudad llamada la ciudad del Illimani, por tener a este hermoso pico nevado como centinela eterno e histórico de su población, los periodistas y los políticos tenían y tienen sus refugios o guaridas para hablar de mil y un cosas; pero sobre todo de la política criolla diaria, mordaz, traicionera a veces, inteligente en otras ocasiones, pero siempre salpicada de anécdotas, dichos y hechos made in Bolivia inigualables unas veces por su torpeza; otras por su sabiduría.

Juan recibió una llamada de Palacio de Gobierno de parte del presidente Jaime Paz Zamora que había sido posesionado como Presidente de la República de Bolivia el día 6 de Agosto de 1989 a sus 50 años de edad.

El motivo de la llamada era invitar a Juan para que acompañe al presidente a la posesión de Fernando Collor de Melo como presidente de la República Federativa del Brasil , acto que se realizaría en el Palacio de Planalto de Brasilia el 15 de Marzo de 1.990.

Collor de ingrata recordación para los brasileños por su defenestración del poder por hechos de corrupción antes del término de su mandato, era a la sazón el presidente electo más joven de América del Sur. Tenía apenas 41 años pero fue, al mismo tiempo, el presidente joven más corrupto en la historia de Brasil, enjuiciado dos veces, incluso hasta hace un año (2016).

Historia Aparte la de Juan en esta ocasión junto al presidente boliviano Jaime Paz Zamora, pues resulta que también era invitado al acto el Jefe de Estado cubano, Fidel Castro Ruz, toda una leyenda política mundial, quien llegó precedido de toda una estructura militar aérea de protección y luego en tierra por manzanas enteras de militares armados hasta su lugar de alojamiento en una estructura semi subterránea en un barrio de Brasilia.

En la cena que dio la Embajada de Bolivia a la delegación oficial del presidente Paz Zamora, estaban algunos ministros, periodistas y líderes del MIR.

A los postres, el presidente se acercó a Juan y le susurró lo siguiente: ¿“Voy a entrevistarme con Fidel enseguida, querés venir ? ...

Ni corto ni perezoso Juan salió detrás del presidente y su guardia personal, subieron a un automóvil, seguido de otros dos y se fueron tras Fidel, el líder de la Revolución Cubana.

Luego de que Jaime y Fidel conversaran unos 40 minutos en un rincón del gran salón, mientras Juan tomaba un amargo café cubano en el otro extremo con un periodista boliviano de Canal 7, ambos se levantaron y se aproximaron a la gente de prensa que finalmente se limitó a Juan y a su colega del Departamento de Prensa del canal oficial.

Recordemos que Juan representaba a Cristal de Televisión, Canal 2 de Santa Cruz y había sido invitado a este viaje por su amigo Jaime Paz.

“Bueno muchachos conversemos un momentico porque tenemos mucho que hacer todavía...” dijo Fidel con su típico acento cubano y empezó así lo que resultaría en un diálogo muy breve y accidentado:

“Comandante -empezó Juan- ¿ a qué le teme más usted a la agresión del imperialismo norteamericano o al abandono de la Unión Soviética? ...”

Visiblemente molesto Fidel se volvió hacia Juan y le respondió: “Chico, Rusia nunca abandonará a la revolución cubana, cómo se te ocurre pensar semejante cosa. Estamos unidos por el comunismo, por la revolución, por el destino de

nuestros pueblos”.

Era el 14 marzo de 1989, solo 8 meses más tarde, el 9 de Noviembre del mismo año el Muro de Berlín que dividía las Alemanias del Este y del Oeste, occidental y comunista, fue derribado y con él ,más tarde, la Unión Soviética y sus aliados, llegando totalmente la Perestroika que, a su vez, acabó con el apoyo económico a Cuba y a toda la órbita de países comunistas orientales.

La glasnost permitió una apertura hacia los medios de comunicación y una transparencia de los actos públicos. Se modernizó la economía, se abrieron las puertas a la inversión privada y por último se disolvió la Unión de Repúblicas Socialistas (URSS) dando paso a la Rusia que se mantiene hasta hoy pues varias de las naciones que la integraban se independizaron.

La segunda pregunta de Juan fue la siguiente a Fidel: “¿ Cuando cree usted que podrá haber en Cuba una fiesta democrática como la que hoy se vive en Brasil con elecciones libres ?...

Esta pregunta enardeció más a Fidel Castro que sin dudar casi gritó: “nosotros tenemos una fiesta democrática permanente en Cuba, no es temporal como ustedes que no saben cuánto les va durar. Lo de Cuba es una fiesta real, efectiva con la participación del pueblo en elecciones libres...”



En ese momento el periodista de Canal 7, cuyo nombre no recuerdo, interrumpió y afirmó ante la cara del líder cubano: ...”Pero es una fiesta con un solo anfitrión, usted”.

Ahí acabó la entrevista, Fidel se molestó al extremo, gesticuló fuerte en su estilo habitual, corrieron los guardaespaldas metralla en mano pensando en algo peor y ahí intervino Jaime Paz que estaba a su lado, lo tomó del brazo y lo llevó del lugar.

Los ánimos se calmaron, Jaime luego de unos minutos dijo a los periodistas vámonos y todos salieron del recinto.

¿Qué le pareció señor presidente la reacción de Fidel, preguntó el periodista de Canal 7 al mandatario boliviano a lo que este lacónicamente respondió: “A nadie le gusta que le doblen la cola..”

La entrevista fue publicada por Juan en Cristal de Televisión de Santa Cruz y llegó vía agencias a varios países del mundo. Se publicó en El Deber con un interesante comentario de Pedro Rivero Mercado.

En Santa Cruz apareció un defensor de Fidel que debatió con Juan a través de la revista semanal “Reflejos” que dirigía Fernando Prado. El observador molesto por lo que consideró una afrenta a Fidel el comentario de la entrevista era Carlos Hugo Molina que para entonces era un admirador incondicional de Fidel y de su Revolución tanto así que Juan le sugirió que vaya a vivir a Cuba si tanto

admiraba el sistema. A lo que el connotado y prestigioso profesional, le respondió que entonces Juan se vaya a vivir a Estados Unidos.

No correspondía la respuesta. Juan no defendió a Estados Unidos en la entrevista, solo criticó la forma de reaccionar de Fidel ante preguntas tan claras, cuyas respuestas se encargó de dar la historia como todo el mundo saber al conocer la Cuba de hoy luego claro del abandono soviético pero también de la agresión económica norteamericana.

A propósito de visitas Juan había llegado a París a mediados de 1978 luego de estar en Alemania invitado por el estamento comunicacional del gobierno federal alemán denominado “Inter-Naciones” . Estuvo en Londres unos días y finalmente recaló en París un sábado a medianoche. Buscó en la Agencia France Pres a un colega de Salta con el que trabajó en El Tribuno de esa capital provincial argentina, Daniel, que más tarde sería ministro del gobierno salteño. No lo encontró de turno y siguiendo el consejo de un colega francés se dirigió al barrio latino de la ciudad Luz donde amaneció en un bar cantando zambas con argentinos que encontró al azar, al igual que a una boliviana natural de Cochabamba como no podía ser de otra manera.

Pero el objeto de su viaje era visitar nada menos que al escritor Augusto Céspedes, célebre personaje fundador del histórico Movimiento Nacionalista Revolucionario que protagonizó la revolución de 1952 en Bolivia. “El Chueco”, así le decían a Céspedes sus íntimos, era a la sazón pariente político de Juan pues estaba unido en matrimonio con Graciela “Chela” Postigo, tía carnal de su esposa Yasmín. Augusto Céspedes había sido designado embajador de Bolivia ante la UNESCO con sede en París y se ofreció a ser guía de Juan en su visita a París, a sola condición de viajar solo en metro (tren subterráneo).

Fue una hermosa experiencia relata Juan. Pues “El Chueco” en tres días de visitas a museos como “El Louvre” o la torre “Eiffel” o los Champs Elissés, contó a Juan la historia misma de la revolución y mil anécdotas. Entre ellas, aquella en que acudió a visitar al líder del movimiento Víctor Paz Estenssoro y le relató las torturas sufridas por unos compañeros a manos de los represores del régimen imperante, ante lo cual al mirar a Paz para ver su reacción –relataba “El Chueco” a Juan– vi que brotaban lágrimas pero no de sus ojos, sino de sus anteojos...”, ironizó el personaje.

Paz tenía fama de ser frío e impertérrito ante las más difíciles situaciones. Además de tener la dosis necesaria de cinismo para ser líder político en Bolivia.

Cuentan que en una ocasión acudieron varios dirigentes de su partido, el MNR, a quejarse de que un dirigente departamental de Santa Cruz era un inconsciente,

no obedecía las órdenes y era inclinado a abusar de su poder y otras cosas más negativas. Tiene que sacarlo del cargo compañero Jefe, le dijeron a Paz Estenssoro. Y el respondió:

No lo removeré del cargo porque lo necesitamos y además, será medio maleante pero es nuestro maleante“.

Otro refugio de los periodistas paceños o residentes en La Paz era “El Giorgissimo” en pleno centro de la ciudad a media cuadra de la avenida Camacho sobre la calle Loayza. Allí se juntaban reconocidos hombres de prensa como Alfonso Prudencio Claire alias “Paulovich”, humorista de pluma exquisita al igual que Manfredo Kempf, escritor y periodista de reconocida calidad en sus escritos y que últimamente firmó con el popular seudónimo de “Tacuara”. Se sumaban al ruedo algunos políticos de distintas tendencias pero todos amigos del poder o ansiosos por recuperarlo si eran de la oposición.

Pero Juan tuvo amigos entrañables y en base a los cuales formó la Asociación de Productores Independientes de Radio y Televisión, ellos fueron Mario Bayá, Luis Terrazas Alborta, Carlos Palenque Avilés, quien posteriormente fuera un prominente líder político malogrado prematuramente, el mismo Paulovich y el inefable Eduardo “Lalo” Lafaye, además de otros grandes amigos paceños y no paceños que vivían en la urbe que ostentaba una mezcla de indígenas, mestizos, blancos, gringos y ciudadanos del mundo. De este grupo, Lucho Terrazas fue y sigue siendo un amigo a toda prueba de lealtad y consecuencia con Juan en las

distintas lides que les tocó enfrentar.

Había también en esa época –década del 70– y se mantiene aunque en distintas situaciones políticas, económicas y periodísticas, una clase de personajes ambiciosos, egocentristas “diplomados”, intrigantes otros, envidiosos del éxito ajeno casi todos que se ajustan perfectamente al modelo altooperuano que patentaron en los albores de la República luego de las cruentas luchas por la Independencia de Bolivia, gente como José Joaquín Casimiro Olañeta y Guemes.

Este personaje entre 1813 y 1825 protagonizó las mayores acciones de intrigas y subterfugios tanto contra los realistas como contra los patriotas, traicionando a su tío el general Pedro Antonio Olañeta, el último gobernador realista del Alto Perú de quien fue su secretario. A quien abandonó en 1825 cuando se fue a Puno para ingresar victorioso con Sucre a las ciudades del Alto Perú y logró que este lo habilite para conformar la Asamblea Nacional para fundar la nueva república.

Olañeta que quería la separación del Alto Perú del virreinato del Río de la Plata, convenció a la asamblea nacional que la nueva república se llame Bolívar para que el Libertador que era partidario, según los historiadores, de mantener los antiguos límites virreinales, acepte dicha separación. Fue pues firmante de la Declaración de la Independencia, prácticamente autor del nombre de la República. Un auténtico manipulador de situaciones y personas en esa época. Bueno, en los años 70 del siglo anterior y en la actualidad existen varios

“olañetas” en Bolivia.

Muchos, casi todos, de estos personajes así como sus ascendientes y descendientes han conformado casi siempre el stablishment –élite que ostenta el poder– que directa o indirectamente han manejado los gobiernos en Bolivia, ya como asesores, ministros, diplomáticos o simplemente allegados al poder.

Se las ingenian para llegar a los primeros mandatarios o líderes de turno y los ensalzan, les mienten, los adulan y los sirven hasta convencerlos de “su” verdad.

Salvado está por cierto el estamento formado por excelentes intelectuales dedicados a la política o a la historia que nunca vivieron del poder o que si pasaron por el él, lo hicieron con mucha dignidad y sin traicionar ni dañar a nadie. En los últimos 50 o 60 años una muestra elocuente de estos inolvidables personajes fueron Luis Ossio Sanjinés, Marcelo Quiroga Santa Cruz, José Luis Roca García. Luis Adolfo Siles Salinas, José Ortiz Mercado y otros que quedan sin nombrar, de gratísima recordación por su aporte al país.

Algunos de los elementos indeseables mencionados fueron enemigos de Juan que ya, entre fines de 1976 e inicios de 1980 había llegado a manejar la opinión pública nacional ayudado, por cierto, por la existencia de un solo canal nacional, el 7 que era visto en todo el país y en el cual produjo y difundió con singular éxito primero el programa “Así Marcha el País”, una revista que mostraba las

actividades productivas y culturales de distintas zonas de Bolivia.

Este programa, primero y único en su género, logró integrar sociológicamente a la población del norte, centro y sud del país y de Oriente y Occidente. Gentes que en muchos casos, nunca habían visto y solo habían oído de pueblos y culturas diferentes a las propias.

Más tarde, al avecinarse las primeras elecciones de retorno a la democracia que, luego de un fallido intento con un delfín de las dictaduras, finalmente se consolidó con el triunfo de la Unidad Democrática y Popular de Hernán Siles Suazo y Jaime Paz Zamora en el 1980 y su ascenso al poder en 1982, Juan produjo primero el programa **Debate nacional** y luego **De cara al país**.

El primero lo hizo solo, logrando entrevistar a grandes personalidades como el líder sindical Juan Lechín Oquendo y los políticos Víctor Paz, Marcelo Quiroga Santa Cruz, Jaime Paz, Hugo Banzer, Juan Pereda y todos los que protagonizaron el proceso de retorno a la democracia.

El programa De Cara al País donde se entrevistó a los candidatos a la presidencia de la República a fines de los años 70 , lo realizó junto a los reconocidos periodistas nacionales Oscar Peña Franco, Mario “Cucho” Vargas y Mario Marañón Zárate. Este programa igualmente tuvo un resonante éxito de audiencia y fue motivo de comentarios en todo el país.

La entrevista con Lechín Oquendo trajo repercusiones. El gerente de Canal 7, Edmundo Araúz y Juan como productor del programa fueron citados a una reunión del Alto Mando Militar en el gran cuartel de Miraflores. Araúz se lavó las manos y dijo en la reunión que él no sabía que Juan había realizado la entrevista y que, por lo tanto, él no la autorizó.

En realidad Juan no tenía obligación de pedir permiso para sus invitados. Era el productor y el contrato no decía nada al respecto. Lechín había estado proscrito hasta poco antes igual que muchos políticos de izquierda u opositores de otras tendencias que también fueron perseguidos.

Juan usó la misma declaración del gobierno de libertad de expresión y de actividades para todos los políticos en la época pre eleccionaria.

Los militares, sin embargo, estaban muy molestos: Lechín dijo en la entrevista con Juan que los militares eran unos parásitos que estaban amurallando La Paz y todas las ciudades en lugar de estar en las fronteras protegiendo el territorio nacional “como manda la Constitución”, dijo.

Preguntaron a Juan en qué casa de seguridad se realizó la entrevista. Edmundo Araúz escuchaba en silencio. Juan dijo la verdad: fue en la sede de la Central Obrera Boliviana en la avenida Mariscal Santa Cruz y fue a puertas abiertas. Lo



dejaron ir y el programa cobró más fama y audiencia que antes y, por supuesto, elevó las acciones de Juan como periodista y personaje público.

Esto era lo que no soportaban algunos periodistas envidiosos que se creían lo máximo y no podían admitir que “un cambia” maneje la situación de esa manera. Uno de ellos, monitoreó un comunicado en contra de la organización que Juan había creado como la de los productores independientes y les endilgó ser propagandistas de los gobernantes militares. Nadie le hizo caso. Era público que no había tal situación. Al contrario Juan y sus colegas cercanos abrieron las puertas de la televisión nacional a los políticos proscritos de la época.

No puede uno ante estas demostraciones y realidades que extrañar la calidad humana y periodística de los Huáscar Cajías Kauffman, Pedro Rivero Mercado, José Gramunt de Moragas, como lumbreras del periodismo contemporáneo, honesto, imparcial, sacrificado y exento de intereses secundarios.

En fin que el éxito periodístico de Juan estuvo también salpicado de pasajes de amargura pero fue irrefrenable hasta que Juan por decisión propia y sugerencia de algunos líderes cruceños como Rodolfo Roda Daza, a la sazón presidente del Comité Pro Santa Cruz, decidió retornar a su tierra natal donde emblemáticamente fundó de inmediato el programa ¡HOLA SANTA CRUZ!

¡Santa Cruz es una ciudad fenomenal!, ayer, hoy y siempre seguirá siendo así a

juzgar por la naturaleza de sus gentes, es decir, su idiosincrasia, su manera de ver y vivir la vida, de aceptar la muerte y de construir su destino.

Juan, inquieto y audaz, en cuanto retornó a Santa Cruz fundó una empresa: Centro Zoom Producciones SRL. Compró equipos modernos de televisión y armó la primera productora de programas para la pantalla chica que daba sus primeros pasos con Canal 11 de Televisión Universitaria a fines de los años 70 y más tarde con Canal 13 y Canal 5 que nació como canal de cable y terminó siendo abierto.

Fue en el canal 11 donde se estrenó el programa “Hola Santa Cruz”. Una revista que marcó historia y que aún hoy la recuerdan los televidentes porque expresó culturalmente al pueblo cruceño, rescató sus tradiciones, alentó sus expresiones artísticas y sociales y empujó el desarrollo económico de la región.

Llegaron de uno en uno y fueron ocupando sus respectivos asientos. Se saludaron de manera cortés pero sobriamente sin muchos alardes porque la asamblea lo ameritaba y las normas lo establecían. Tenía que haber solemnidad porque se trataba de una logia y, pese a que algunos miembros novatos les parecía un tanto ridícula la capucha, todos se sometían a la rigurosidad establecida para estos eventos.

Se habló de política y de los vientos populares que soplaban en el país con el

advenimiento de la democracia. Los militares habían entregado el poder hacia un par de años pero los civiles de izquierda que asumieron, inexpertos en el manejo de la economía maltrecha que dejaron sus antecesores, generaron con la desdolarización fracasada de la economía, una inflación del 25 mil por ciento, nunca antes sufrida por Bolivia.

Algunos opinaron en la reunión que era inminente el peligro del descuelgue de vastos grupos humanos del Occidente al Oriente a raíz de la crisis y económica que había hecho más ricos a los ricos –los que poseían dólares o créditos en dólares– que los pagaron con unos cuantos miserables pesos bolivianos. Y más pobres a los pobres que para comprar pan tenían que llevar billetes desvalorizados en bolsas de propileno o cestas de palmas aquí conocidos como canastos.

Adelantadas las elecciones y ascendido al poder el legendario Paz Estenssoro en 1985, se cumplieron sobradamente los vaticinios de las logias.

. Con su política de shock, el gobierno relocalizó a 25 mil mineros, cerró decenas de empresas y empezó a mirar al Oriente para enviar campesinos y mineros a “colonizar” esas vastas llanuras tan fértiles y despobladas.

La preocupación de estos grupos resultó insuficiente. Primero porque ellos representaban solo a una parte de la población y, además, por auto delegación

como sucede con todo grupo secreto corporativo como son las logias.

Inicialmente los componían gente que verdaderamente era cruceñista de tradición y esfuerzo, otros excelentes profesionales y finalmente algunos burgueses veteranos que empezaron a dejar la responsabilidad de sus empresas a sus hijos y descendientes en general que fueron los verdaderos protagonistas de las logias que también tuvieron sustento de clase.

Una logia –de las conocidas– estaba formada por gente más de clase media media y otra, por gente de clase media alta... La primera más agresiva y sañuda con los que consideraban sus enemigos. La segunda más cauta en sus decisiones y, generalmente más acertada al definir sus propósitos y acciones, aspectos que se conocieron en los últimos años de boca de varios “arrepentidos” que abandonaron estos grupos.

Algunos se desencantaron pues sus líderes abandonaron los ideales que las originaron y se dedicaron a hacer negocios y volverse ricos desde la cima, entregando pedazos de poder y migajas a los de abajo que no habían acumulado méritos para ascender en la pirámide logiera.

Sus principios de defensa de la tierra cruceña y de sus tradiciones, valores y riquezas se fueron desvaneciendo cuando las cúpulas decidieron intervenir en la política partidaria pero no solo para influir en los partidos que usufructuaban del poder en los años 80,90 y siguientes del siglo anterior, sino para convertirse en

líderes de esos partidos y acceder luego a los cargos públicos. O sea los cegó la ambición desmedida.

Ya no solo querían dinero esos capos sobre todo de la logia agresiva que irónicamente se hacían llamar “caballeros”, también querían poder político. Protagonismo público ya no secreto.

Pero en homenaje a la verdad los que tomaron estas actitudes fueron los jefes de esa época. La mayoría no participó de tales acciones pero las permitió hasta que en determinado momento, por razones y movimientos internos, fueron pasados a la reserva y aparecieron nuevos líderes, más abiertos a la realidad del país llegando incluso a negociar con otros grupos y gobiernos de turno para mantener su poder, aunque cediendo espacios al interior de las estructuras que dominan.

Partidos de entonces como la Acción Democrática Nacionalista (ADN) y el mismo histórico Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) fueron perforados por las logias y, de alguna manera, los desvirtuaron en su esencia al imponer candidatos a las alcaldías, gobernaciones y hasta ministerios soslayando a los verdaderos líderes de estos partidos que emergían desde las bases o capas medias.

En su desenfrenada carrera hacia el poder no tuvieron ningún reparo en intentar destruir personas y familias civil o políticamente, sean periodistas como los

casos de Pedro Rivero Mercado o Luis Soruco Barba, a los que dicha cúpula de la logia agresiva, consideraba, al parecer, serios enemigos para las aspiraciones políticas de sus jefes; también políticos o líderes regionales de instituciones.

Son emblemáticos los casos de estos periodistas y abogados. A Rivero le organizaron una campaña feroz de desprestigio hasta con la publicación de un libro por supuestos actos ilícitos del pasado y testigos falsos que recibieron mucho dinero. El prestigio de Rivero Mercado pudo más y ganó la contienda, aunque quedó visiblemente marcado por el dolor de la agresión e ingratitud de esta gente.

Con Soruco Barba fue peor porque las encuestas lo daban por ganador absoluto al cargo de Alcalde de Santa Cruz para las elecciones de 1997, pero uno de los capos de Los Caballeros del Oriente había decidido ser candidato a como diera lugar al mismo cargo y, por lo tanto, había que eliminar como sea “a la amenaza” como llamaban ellos a sus enemigos supuestos.

Fue una verdadera conspiración que juntó a la cúpula de esa logia, los dueños de una red de televisión y un canal regional. Los logieros del MNR, todos los fiscales que obedecían a ese partido y algunos de la ADN y tomó parte activa el Ministerio de Gobierno a cargo de Sánchez Berzain.

De un incidente menor de faldas, al parecer organizado con fecha y lugar por

estos grupos según el informe de inteligencia de la Octava División de Ejército que obtuvo el médico militar Oscar Román Vaca, amigo de Soruco, estos grupos armaron un escándalo de proporciones gigantescas. El propósito era decretar la muerte civil de Soruco para que no pueda ser candidato a Alcalde.

No hubo tal juicio porque no hubo acusación judicial. El acusador desistió y firmó un documento –que está en manos del periodista en donde denuncia que fue manipulado por estos grupos para hacerle daño al posible candidato. Fue testigo de esta declaración y reconocimiento, el padre Kris de la iglesia de La Mansión, reconocido líder de la iglesia católica, hombre santo que bendijo a las dos familias afectadas por la conspiración. Juan nunca olvidó la lealtad incondicional y desinteresada conducta que tuvo para con él en estas ingratas circunstancias su amigo el doctor Limberg Gutiérrez Carreño. Otros profesionales amigos destacables son los abogados Máximo Burgos y Mario Orlando Parada.

Consiguieron, sin embargo, que el periodista no sea candidato. Pero la Justicia Divina que nunca falla ha ido castigando sin pausas y sin prisas a los autores de semejante infamia y Luis Soruco Barba ha olvidado por completo el incidente, sigue disfrutando de su prestigio como periodista y como titular de una familia noble y decente y, sobre todo, sigue disfrutando de la gracia de Dios como creyente y vasallo del único rey que reconoce, el Supremo Creador.

Como anécdota paradójica, mencionaremos que el candidato de este grupo logiero fracasó rotundamente logrando votos para un solo concejal perjudicando al partido que lo patrocinó a la fuerza.

Pero las logias cumplieron una finalidad importante. Protegieron a las estructuras cooperativas de servicios públicos del avasallamiento que siempre pretendieron los gobiernos de turno y sus partidos acólitos. Quisieron tomarlas, invadirlas unos y otros.

Algunos para intentar democratizar y transparentar su manejo, pero la mayoría para satisfacer los apetitos personales de sus bases.

Afortunadamente no lograron hacerlo. Diez años más tarde el país entero se ha percatado gracias a la crisis del agua en La Paz que la politización y toma de las empresas de servicios públicos, solo ha provocado un verdadero desastre de carencia del líquido y vital elemento ante la improvisación, negligencia y ceguera con que se han manejado estas estructuras tan fundamentales para “el vivir bien” que pregona el gobierno de Evo Morales.

En Santa Cruz gracias a la existencia de estas tres cooperativas como son SAGUAPAC, CRE y COTAS, la población disfruta casi en un 100 % de excelentes servicios de agua, luz y teléfonos en todo el departamento. Con creces el sistema cooperativa superó al estatal e incluso a la empresa privada.



Ni duda cabe que la población está satisfecha y que ante cualquier agresión que pudiera intentarse, defenderá con uñas y dientes las cooperativas que considera su único y legítimo patrimonio colectivo.

Finalmente sobre las logias habría que decir que tienen una gran capacidad de reinención y que han sabido sobrevivir con éxito ante todos los gobiernos desde que existen a fines de la década del setenta. Superados y separados los antiguos caudillos o jefes de estos grupos, sus miembros actuales se modernizaron, crearon equipos de negociación con gobiernos y ministerios en las distintas instituciones que manejan y al parecer les va muy bien.

Solo su estructura cerrada e inaccesible en sus beneficios para los que no pertenecen a ellas seguirá siendo motivo de cuestionamiento de su existencia. No ha faltado quien les sugiera que al igual que ha sucedido con estructuras cerradas y secretas como las guerrillas en otros países, estos grupos puedan abrirse y ser abiertamente públicos con sus propuestas, fines y objetivos. De pronto les resulte mejor en cuanto a captación de simpatizantes y militancia.

Al fin y al cabo sus antecesores no necesitaron este tipo de grupos para alcanzar sus nobles objetivos. Los pioneros de la Santa Cruz de hoy, los que llegaron de fuera a principio del 900 o los que nacieron en esta tierra fueron grandes forjadores de la industria, el comercio y la agricultura. Muchos de ellos se

asentaron en las provincias, sobre todo chiquitanas y en la extensa provincia de Cordillera y de la mano de la iglesia fundaron o ayudaron a fundar pueblos, a producir azúcar, arroz, cueros y otros productos que a lomo de mula o en carretones eran llevados a la ciudad capital cruceña y también al Puerto Seco de Salta pasando por el extenso y árido Chaco.

Es obligatorio mencionar entre esos grandes pioneros a principios y de mitad de siglo a

Ramón Darío y Osvaldo Gutiérrez, ganaderos primero e industriales del azúcar después, a Erwin y Oscar Gasser, Abelardo Suárez, la familia Barbery, los Landívar y otros grandes y nuevos empresarios del norte integrado como los Eguez, Roda, Rojas, Costas y muchos más que “pusieron las rieles” para la gran locomotora económica de Bolivia en que se ha convertido el Departamento de Santa Cruz.

Después de la Guerra del Chaco – 1932– 1935–, habían llegado a San Cruz los primeros transportistas del sur como los Camargo, Soruco, Torres, Del Rio, trayendo mercadería argentina, desarrollando el comercio y también creando y sosteniendo pueblos. Muchos de ellos, como el padre de Juan habían trabajado en la Standard Oil y luego pasaron a YPF. En Santa Cruz aparecieron también los ex combatientes que habían formado en la contienda una sólida conciencia nacionalista inexistente hasta entonces y sumaron emprendimientos para desarrollar el transporte, el comercio y la ganadería pese a que los caminos eran

un desastre.

Allí hay que mencionar a don Miguel Velasco Soruco, a Soljancic, luego Klisnky, los Urenda, los Monasterio, el emblemático mecánico don Ricardo Bowles pionero en la maestranza igual que Juan Anglarill y muchos otros que sería largo enumerar.

Primero ganaderos, luego transportistas, estos hombres valientes que venían de generaciones de migrantes de Argentina y España también dejaron su descendencia que habrían de formar el grueso de los estudiantes de colegios como el Nacional Florida que nació como Escuela de Artes y Oficios en 1918 y que tuvo el mejor plantel de profesores del siglo veinte. También fueron, junto a los hijos de los habitantes ciudadanos, los primeros estudiantes de la Universidad “Gabriel René Moreno”.

De allí emergieron los primeros abogados y economistas, así como veterinarios y agrónomos que se sumaron al trabajo por el desarrollo cruceño. Sus profesores habían sido grandes juristas y profesionales formados en Sucre en el caso de los estudiantes de leyes y de economía.

Pero el fenómeno Santa Cruz es mucho más grande que todo eso. Santa Cruz hoy por hoy, ya estamos en el umbral del 2018, es un fenómeno demográfico (4

% anual), económico: aporta casi el 40 % del Producto Interno Bruto de Bolivia, o sea de todo lo que produce el país en su conjunto. Contiene en su territorio de 370.621 km.2 una población cercana a los tres millones de personas.

Ejecuta el 42.5 % de la actividad agropecuaria, el 40 % del comercio, el 35 % de la manufactura, el 50 % de los créditos y genera el 62% de las divisas por exportaciones, tiene importaciones productivas por un 75 % y exporta productos no tradicionales en un 67.1 por ciento y tradicionales un 36%. Tiene una inversión extranjera del 50% y aporta a impuestos internos y por IEDH un 48.5 por ciento de todo el país.

Socialmente Santa Cruz es, asimismo, uno de los mayores fenómenos sudamericanos de fusión étnica y cultural tanto con gente del resto del país como con migrantes de todo el mundo.

Este es el pueblo donde nació y se crio Juan y donde piensa dejar sus restos.

Este es el pueblo desde el cual nadie debió ni debe ser nunca obligado a abandonarlo en razón a sus ideas, doctrina que abraza o ideología que practique.

En esta Santa Cruz noble y generosa por su naturaleza, por la idiosincrasia de su gente, por su pasado y por su futuro, no debe nunca más haber exiliados políticos ni debemos permitir que este duro castigo de entrañarte de tu tierra y de tu gente se vuelva a repetir en la historia de Bolivia.

.....—.....

La avioneta se balanceó peligrosamente, Juan miró a sus acompañantes que iban en los asientos traseros cuyos rostros de pronto se tornaron blancos color papel. Pipo al mando de la aeronave estaba tranquilo pese a su enojo anterior con el alcalde de San José de Chiquitos y se dispuso a aterrizar.

La avioneta se lanzó en picada, abajo los amigos de Puerto Suárez encabezados por David “Chuncho” Maldonado, gran amigo y colaborador de nuestro piloto, esperaban nerviosos el resultado del intento.

Es que eran entre las 7 y 7.30 de la noche y las sombras cayeron lenta pero inexorablemente primero sobre Puerto Suárez, luego Quijarro en la parte boliviana y minutos después sobre Corumbá en el lado brasilero. Siiii, era ya de noche y el aeropuerto no tenía luces para aterrizar... ¡el desastre parecía inminente!

Maldonado había convocado a todos los vehículos posibles, taxis y particulares, para que se coloquen en ambas cabeceras de la pista con las luces encendidas para orientar al piloto que no era otro que Arturo Cronembold Parada, entrañable amigo y viejo luchador por las nobles causas de Santa Cruz desde las épocas de la Unión Juvenil Cruceñista.

Ya como presidente de la Corporación de Desarrollo de Santa Cruz,” Pipo”, como le llamábamos sus amigos, junto a un grupo de colaboradores había visitado San José ese día y luego de un malentendido con el alcalde decidió volar a Puerto, sin percatarse de la hora.

El primer intento de aterrizaje falló. Nuestro amigo observó a tiempo que la nave se dirigía vertiginosamente hacia la casa aeroportuaria y logró reimpulsarla hacia arriba no sin antes tocar levemente la antena del equipo de radio del aeropuerto. Fue una especie de candela (Chandelle o maniobra aérea acrobática) sui géneris ¡de noche, sin luces y coqueteando con la muerte en base a coraje!

Pero los nervios de nuestra única dama acompañante Diana Bendeck estallaron y se abrazó desesperada y temerosa al gordo “Chichi” Canelas que intentaba mantenerse en calma.

Pipo y Juan que iban adelante, observaron por última vez desde arriba la pista y la avioneta fue lanzada por segunda vez en busca de la cabecera de la misma. Abajo “Chuncho” y otros amigos rezaban hincados pidiendo a Dios que no suceda lo peor.

Las ruedas de la avioneta tocaron tierra un tanto bruscamente en mitad de la pista y la nave carreteó por el centro y luego a un costado del terreno hasta detenerse completamente ante el estupor y el aplauso de la gente del pueblo que

ya había colmado las instalaciones.

“Chichi” Canelas corrió al baño alertado por sus intestinos que se le aflojaron por los nervios. Diana sollozaba consternada. Los abrazos de los viajeros con los penitentes amigos que esperaban se sucedieron intensamente. El susto había pasado. Sin embargo, ninguno quiso cenar esa noche. Juan comentó que en el momento crítico llega la resignación, pues eso había sentido cuando se intentó por segunda vez el aterrizaje y se temía el desastre.

Este grupo de amigos se hizo entrañablemente unido desde entonces y siempre intentan estar juntos para celebrar la vida que salvaron milagrosamente esa noche en el aeropuerto de Puerto Suárez, en un punto de la extensa frontera boliviano– brasileña.

Por su parte, Juan hizo un rápido recuento y recordó que salvaba su vida por tercera vez. La primera cuando con solo 11 años sufrió un accidente en la ruta Cochabamba– Santa Cruz en la flota “Galgo” retornando de visitar a su tía Mireya en La Paz . Fue en Punata, hubo muertos y heridos y él solo tuvo contusiones.

La segunda cuando los miembros del grupo paramilitar de las tres “A” o Alianza Anticomunista Argentina, intentaron asesinarlo en Salta, invadió su departamento pero no lo encontraron. Él observaba todo desde una casa de

enfrente. Y esta cuyas circunstancias acabo de relatar.

En niño, joven y adulto, fueron duras experiencias que le permitieron forjar un espíritu firme para resistir los embates que da la vida a quienes de una u otra manera se diferencian del resto luchando por un mundo mejor y saliendo de la comodidad del conformismo.

Los caminos de la vida son imprevisibles, inimaginables a veces y sin duda su trajinar conllevará innumerables circunstancias a veces de alegría, a veces de dolor. Acaso lo importante como en el caso de Juan sea llevar siempre la frente en alto, la constancia como norma y la lealtad como conducta irrenunciable ante los propios ideales y ante el prójimo.

Juan supo de ellos en gran medida por haber sido un exiliado de su patria pero fundamentalmente por ejercer su derecho a exponer sus ideas libremente, a decir lo que su racionalidad le demandaba precisamente desde que tuvo uso de razón.

Cuán difícil es aún hoy en pleno siglo veintiuno que se respeten las ideas de las personas y su derecho a expresarlas por cualquier medio de difusión. Las estructuras de poder público y privadas, manejadas por personas insensibles, ignorantes y abusivas, impiden que el hombre de hoy sea libre.

Y esto es una paradoja porque la ciencia y la tecnología han dado saltos tan



gigantescos que se supone que tales adelantos deberían estar al servicio de la persona humana y no en contra de ella como sucede hoy en día con una inversión absoluta de los valores fundamentales a todo ser que existe con vida sobre la tierra, como el derecho a la vida, a la salud, a la educación, a la libre expresión y, por último al amor como uno de los sentimientos más sublimes.

Juan caminó nuevamente por las calles de su pueblo, sobre todo en horas en que estaban vacías, recordó su infancia por las 7 Calles, El Espino Blanco y la calle Cordillera. Sus años juveniles con sus primos Saldías y Barba, Seoanes y Sorucos, sus compañeros de colegio tan queridos y tan dispersos...sus hijos tan queridos y nobles todos “gracias a Dios” se dijo para sus adentros. Recordó sus amores de ayer, hoy y siempre.

Y claro hoy sus grandes amigos fraternos “Choris”, su Viejo Almacén de gente tan amable, su club 24 de Septiembre con tanto linaje. Su querida Concepción, a la que el obispo Eduardo Bols , el obispo nadador que era amigo de Juan, llamó con acierto “La Tierra Prometida” ,Allí Juan sembró solidaridad y liderazgo y cosechó grandes y leales amigos como “Nuco” Hurtado, “Piluco” Castedo, Alfredo Vargas. Los miembros del grupo “Los Guapos” y muchos más.

Juan caminó escaleras abajo de esa planta alta extensa donde había fundado su primer empresa comunicacional al frente de la iglesia de San Andrés y antes de bajar pasó su mano izquierda sobre los balaustres que adornaban el ingreso a su

oficina como acariciándolas y agradeció estremecido a Dios por haberle permitido tener su propio medio después de tanto trabajo y sufrimiento.

Allí podría decir su verdad y sus sentimientos sin temor a censuras o presiones de ninguna naturaleza como había sucedido en casi todos los medios privados o públicos donde trabajó como periodista.

También entonces comenzó un largo camino de esfuerzo y de compensaciones sobre todo de carácter moral. La empresa que fundó Juan se convirtió en una auténtica escuela de comunicadores y técnicos que a lo largo de 32 años habría de formar muchos periodistas, camarógrafos, realizadores y productores tanto en radio como en televisión.

Al cabo de tres años, debió hipotecar los pocos bienes que tenía y los de su familia y vender su automóvil para comprar un local propio para su empresa, montar un estudio televisivo que sería luego admiración de todos por su amplitud y comodidad.

Más tarde sería una torre de 60 metros para las antenas y luego otro y oro transmisor que exigía el crecimiento del sector.

“Para mí y mi familia nada fue fácil. Todo logro significó un esfuerzo singular”, resumiría Juan en su discurso en el aniversario de los 30 años de su canal de

televisión.

Y en el otro rubro, dado su amor por el campo Juan conseguiría construir también paso a paso “el amor de sus amores”: su propia estancia ganadera en plena chiquitanía en un verdadero paraíso verde.

Pero el camino nunca fue fácil ni estuvo siempre expedito:

Mentalmente Juan repasó la historia 51 años atrás de 2018:

“Te diré la verdad Adalberto, yo quiero estudiar Geología. Y me han hablado muy bien de la Facultad que hay en Oruro, la famosa Universidad Tecnológica”, dijo Juan a su interlocutor y líder del grupo.

Ese deseo del joven bachiller nunca se cumpliría. Adalberto y los demás compañeros lo convencieron de quedarse en Santa Cruz y estudiar abogacía o más bien Licenciatura en Derecho, Ciencias Sociales y Políticas, la cual luego de un examen de grado te permitía optar al título de Abogado en provisión nacional.

Había terminado de estudiar Abogacía en la Universidad Mayor de San Andrés al volver del exilio y obtuvo su título en 1984 mediante examen de grado ante severo y prestigioso tribunal en la Universidad “Gabriel René Moreno”, donde tuvo que abandonar sus estudios en 1971, para iniciar su lastimoso peregrinaje de exiliado en Buenos Aires primero y en Salta después.

Ya abogado en 1984 y periodista desde ese lejano 1967 en radio “Amboró”, diarios “La Crónica”, “Los Tiempos”, “Presencia” y otros medios Juan ha recorrido 32 años con su canal de televisión y este 2018 cumplirá 51 años de oficio periodístico, 5 de ellos en el exterior y 5 años más en la ciudad de La Paz.

Esa fue la profesión de Juan que ejerció muy poco, pues su pasión por las causas sociales y políticas le llevaron al ajetreado, fascinante y peligroso mundo del periodismo donde luego de ser reportero de base, escalaría posiciones con capacidad y decisión hasta llegar a ser empresario de Comunicación instalando sus propias radio y canal de televisión, pese a las piedras que le pusieron en el camino como siempre los mediocres del propio oficio y los políticos que nunca aceptaron la idea de contar con periodistas empresarios y menos aún si tenían el defecto de ser libre pensadores.

Las anécdotas son múltiples. Los amigos son miles pero al final es tu entorno familiar, los más íntimos son tu refugio, son los que te quieren sin nada a cambio, los que en desgracia o en fiesta son tus aliados. Los que no se olvidarán nunca de tu persona aunque estés muchos años en el exilio. Y, claro, si está con vida la única, verdadera e incondicional aliada es tu madre. Si ya se fue, igual de arriba te ayuda y te guía.

Melania y Josafat, sus padres, serán siempre invaluableles en la vida de Juan.

Tu casa, tu familia, tu prestigio, tu vida, tus ideales, tus recuerdos, tus amores, tu escuela tu colegio, tu universidad. Si todo eso son tus circunstancias, es tu entorno, son el origen y fines de tu existencia.

Por eso cuando te exilian y te echan de tu medio, de tu país, de tu sociedad, ese hecho se convierte en el peor castigo para vos. Yo quiero dedicar este intento de novela política a todos los exiliados del mundo, pero sobre todo a los de mi pueblo, cuyo calvario ojalá termine pronto.

